

**ANDRÉS
BURGO**



**LA
FINAL
DE NUESTRAS VIDAS**

La final de nuestras vidas

La final de nuestras vidas

Andrés Burgo

Índice de contenido

Portadilla

Legales

1. La eternidad

2. La rivalidad

3. La previa

4. El país

5. La empatía

6. El empate

7. El desastre

8. La interna

9. El hartazgo

10. El escritorio

11. Madrid

Imágenes

Burgo, Andrés

La final de nuestras vidas / Andrés Burgo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2019.

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-49-6594-7

1. Fútbol. I. Título.

CDD 796.334

© 2019, Andrés Burgo

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Todos los derechos reservados

© 2019, de todas las ediciones:

Publicado bajo el sello Planeta®

AV. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: febrero de 2019

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-6594-7

1

La eternidad

Cuando el Pity Martínez se largó a correr, todos los hinchas de River —los miles que estábamos en el Bernabéu y los millones que seguían el partido en Argentina y el resto del mundo— ya habíamos perdido el eje.

No soy de los que lloran por su equipo, ni por triunfos ni por derrotas, pero algunos minutos antes, después de haber gritado nuestro gol de todos los tiempos, el de Juanfer Quintero, como si se tratara de un exorcismo —y en cierta forma lo era—, una fuerza espasmódica había empezado a sacudirme, como si dos corazones bombearan dentro de mí: moqueaba lágrimas, giraba en el lugar, respiraba agitado. Desde los 4 minutos del segundo tiempo suplementario, y por primera vez en la serie más larga del mundo, habíamos quedado muy cerca de ganarle a Boca la Copa Libertadores, tan increíblemente cerca que, lo advierto ahora, ya de regreso en Buenos Aires, mientras comienzo a escribir esta crónica apresurada y visceral, sentí que estábamos por parir un tipo de felicidad que desconocíamos.

Una felicidad atemporal, sin fecha de vencimiento.

En la cuarta bandeja del fondo norte del estadio del Real Madrid, detrás de los bombos que agitaban los chicos y chicas de las filiales de Madrid, Barcelona, Málaga y Valencia, había intentado recobrar cierta calma en algún momento de los 13 minutos que pasaron entre el zurdazo ácrono de Quintero y la aceleración de velocista keniano del Pity Martínez. Creo que había quedado en blanco durante algunos segundos: ya de madrugada, festejando en una taberna de Tirso de Molina, le preguntaría a uno de los amigos que había viajado desde Buenos Aires, Nico, si el gol del colombiano más influyente en mi vida (perdón, García Márquez) había sido en el primer tiempo del alargue o en el segundo.

Cuando al fin pude respirar hondo, reacomodarme y levantar la cabeza hacia el tablero electrónico, vi que el reloj señalaba 118 minutos de un partido que, además, llevaba 40 días de previa, la misma duración de un Mundial de 32 equipos (en cierta forma, River y Boca jugaron un Mundial de dos países). Calculé que el árbitro uruguayo añadiría algún minuto y le grité a Poko, colega y compañero de tribuna en el Bernabéu, otro de los miles que habían viajado a Madrid a último momento: «¡Tres minutos, faltan tres minutos! ¡Hay que aguantar, carajo!».

Lo soporté de la única manera que era posible: como un holograma de mí mismo. Ya en el entretiempo, sobrepasado por la tensión de un partido que valía cientos de partidos, había pensado en ir a caminar por los pasillos del

Bernabéu. Me quedé, pero a medias: cada vez que Boca se acercaba al arco de Franco Armani me ponía en cuclillas, hecho un ovillo. Lo había hecho por primera vez sobre el final del segundo tiempo reglamentario, cuando el árbitro cobró indirecto a favor de Boca en nuestra área, por una supuesta jugada peligrosa de Javier Pinola. Entonces no tuve resto para mirar cómo terminaba el tiro libre y preferí agacharme, ocultarme entre las piernas de los hinchas de River y prestarles más atención a mis oídos que a mis ojos: rogué que no escuchara un grito de gol desde la tribuna de enfrente. En cada córner o centro de Boca del alargue volví a hacer lo mismo, o sea que dejé de ver el espectáculo para el que había pagado una pequeña fortuna, hasta que Poko me dijo de repente, cuando el partido ya debía terminar, «¡Palo, pegó en el palo, tenemos el culo de campeón!». Mi reacción fue no tener reacción, como si me hubiesen dicho algo en árabe o en chino: no entendía nada.

Pero el asedio continuaba. «Córner», agregó el Chino Tortolini, otro de los amigos, excompañero de la Centenario, ahora viviendo en Barcelona. Me levanté, pispeé qué ocurría allá abajo, en el arco más cercano a nosotros, vi los preparativos del tiro de esquina, volví a agacharme, supliqué de nuevo que la tribuna de Boca se mantuviera en silencio a la distancia, no entendí por qué el córner se demoraba tanto, pasaron 35 segundos que me parecieron 35 días y escuché que alguien al lado festejó «¡Vamos, carajo!». Interpreté que debía ser un rechazo nuestro —en efecto, el puñetazo de Armani como si tuviera que desinflar una piñata—, así que me erguí y vi que, ya con la pelota fuera del área, Juanfer Quintero habilitaba al Pity Martínez.

Una final tan larga debía terminar con una corrida larguísima. La ventaja de quienes estábamos en el estadio fue que advertimos que Pity se proyectaba al vacío, sin rivales por delante. Sé de amigos frente al televisor que recién confirmaron que Boca se había quedado sin guardianes protectores cuando Martínez ingresó al área, un segundo antes de patear al 3 a 1.

En lo simbólico, todos los hinchas de River, los miles que estábamos en el Bernabéu y los millones que seguían el partido en Argentina y el resto del mundo, corrimos junto al Pity, escoltándolo contra el esfuerzo final de Carlos Izquierdoz. En la práctica, su guardia pretoriano era Pinola, uno de nosotros, una figura que en este caso es literal: un joven Javier, de 13 años, estuvo en las tribunas del Monumental la noche de 1996 en la que le ganamos al América de Cali y fuimos campeones de la Copa por segunda vez.

Cada uno le dará al *sprint* de Martínez su propio significado: para algunos, cada zancada que daba nos acercaba a una suerte de justicia divina, al punto

final de la malaria que sufrimos entre 2000 y 2011, con las cuatro Libertadores de Boca y nuestro descenso, e incluso podríamos agregarle la racha maldita en el superclásico desde 1991, cuando pasamos a quedar por debajo en el historial. Los más grandes también habrán expulsado los demonios de otro 9 de diciembre, el de 1962, cuando uno de los nuestros, Delém, erró un penal que nos podría haber dado un título en la Bombonera.

Para el 9 de diciembre de 2019, algún productor debería estrenar un documental en el que los hinchas reconstruyamos cómo vivimos la carrera del Pity, esos 75 metros recorridos en nueve segundos y dos toques de zurda, uno de control y otro de definición. Mi aporte sería que, antes de caer en una avalancha de platea —como la mitad del Bernabéu—, alguien a mi lado se anticipó al gol y comenzó a gritar «¡Dale, campeón, dale campeón!» a medida que Martínez avanzaba en territorio comanche y a cada paso suyo purgábamos para siempre nuestras heridas del pasado.

Como el Pity, la gente se volvió loca, y tenía todo el derecho del mundo. No solo acabábamos de ganar el partido de los siglos por todos los siglos: Boca acababa de perder el partido de los siglos por todos los siglos. Entonces comenzó el festejo en Madrid, en el Obelisco, en el Monumental, en el resto de Argentina y en el lugar del mundo donde hubiera un hincha de River que, como los buenos vinos, cuanto más añejo será mejor.

Sabíamos que River era nuestra alegría diaria, pero no imaginábamos que podía hacernos tan felices.

2

La rivalidad

Más de 100 años antes de la corrida del Pity Martínez, es notable cómo River y Boca parecieron haber nacido para configurar un clásico, y ni siquiera entre los jugadores, sino entre los hinchas. La rivalidad comenzó en la calle y recién después se trasladó al campo de juego, como si el fútbol solo fuera un catalizador.

En 1911, el diario *La Mañana* lanzó una encuesta a sus lectores sobre qué club tenía —según la terminología de la época— más seguidores. Apenas se habían enfrentado un par de veces en la cancha, amistosos perdidos de los que ni siquiera se pudieron reconstruir las formaciones de los equipos (el primero, en 1906, fue empate), pero ya se olfateaban, se miraban de costado.

Eran clubes vecinos, del barrio de La Boca, con estadios precarios en la Dársena Sud (más o menos cerca de donde ahora está el Casino Flotante) y sin campañas especialmente destacadas: River había ascendido a Primera, aunque todavía no le peleaba el título a Alumni, el gran campeón de entonces, y Boca aún reptaba en Segunda. Y eran, además, instituciones muy jóvenes, fundadas hacía menos de 10 años, tal vez con influencia genovesa compartida: a los hinchas de Boca les decían «los zeneizes», «los genoveses», porque Génova, en su dialecto de origen, se escribe Zena, aunque no está claro que River haya comenzado a jugar de rojo y blanco por la bandera de esa región italiana. De los 600 clubes-equipos que fundaron los jóvenes criollos de aquella época, hijos de las nuevas olas de inmigrantes, la mayoría jugó un puñado de partidos antes de desaparecer en la historia, pero River y Boca sobrevivieron, se hicieron fuertes y pronto se convertirían en leyenda (y en superrivales).

De aquella encuesta de 1911 se reconstruye que, a la espera de que sus equipos se enfrentaran oficialmente en la cancha, los hinchas ya se medían entre ellos: una de las consecuencias del concurso de *La Mañana* fue «una terrible pelea» callejera entre 15 o 20 mujeres, según informó el diario. Una hincha de River, consignada como «la patrona de un café», gritó «Viva el River» al leer que su favorito estaba en ventaja. Siete mujeres de Boca le respondieron «Viva el Boca», a lo que la partidaria de River le gritó en genovés a su perro, que estaba en la puerta del café: «Malaspín —el nombre de la mascota—, dágales u tarascun». Más de 100 años después, el traductor de Google no incluye palabras en genovés, pero no parece difícil traducir la palabra «tarascun». La crónica de *La Mañana* detalló, en efecto, el tarascón del perro: «Un enorme perro salió al instante y mordió en mal estado a una de las más entusiastas defensoras del Boca. Las damas sacaron fuerzas de

flaquezas, después de vencer al perro, y entraron al café. La patrona se había atrincherado detrás del mostrador y prodigaba palos a diestra y siniestra, mas casi siempre solo tocaba al aire».

A finales del año siguiente, 1912, los futbolistas de River y Boca se enfrentaron por otro amistoso, que además incluía una causa benéfica, ayudar a un compañero lesionado (la jornada, según consigna Diego Estévez en *320 superclásicos*, fue organizada por la Sociedad de Asistencia Caldereros y Anexos), pero el partido entre los guapos del barrio no terminó: los jugadores de Boca se fueron de la cancha 10 minutos antes del final, en disconformidad con los fallos del árbitro. El premio al ganador, que eran 11 libras esterlinas y había sido exhibido en la avenida Almirante Brown, una de las principales de La Boca, quedó para River, a pesar de que el partido estaba 1 a 1. Algo fuerte se estaba gestando y terminó de entrar en combustión cuando Boca debutó en Primera en 1913.

El 23 de agosto de ese año se enfrentaron por primera vez en un torneo oficial y el anuncio que el diario *La Argentina* publicó ese día suena místico, como si su redactor hubiese escrito desde el futuro: «Boca-River, los dos elencos poderosos de La Boca, se encontrarán por primera vez en esta temporada, y quizás también por primera vez en su vida deportiva, como instituciones ya definitivamente instaladas. El *match* despierta un interés tal que no es exagerado afirmar que concurren a él un número de espectadores como posiblemente no hemos presenciado jamás en nuestros campeonatos».

En el fútbol cambiaba una época. Los campos de juego comenzaban a llenarse de apellidos españoles e italianos, a diferencia de los ingleses y escoceses de la década anterior. En abril de 1913 se había disuelto Alumni, el equipo fundado por Alexander Watson Hutton, el iconoclasta que había traído las pelotas de fútbol al país, y de los hermanos Brown. También Belgrano y Lomas, los clubes que, junto con Alumni, habían ganado todos los títulos entre 1893 y 1911, decidían dejar el fútbol y dedicarse al rugby, mucho más señorial y menos plebeyo (el CASI se sumaría pronto al cambio). No solo quedaba un hueco para ser ocupado por los clubes más jóvenes, sino que también faltaba un partido que despertara mayor atención. Hasta entonces, el clásico había sido Alumni-Belgrano, más tradicional que popular, anglófilo, repleto de apellidos británicos, a contramano de la argentinidad que trasuntaría el nuevo fútbol, más criollo, más «nuestro». Y aunque el primer club que aprovechó la flamante acefalía fue Racing, que en diciembre de 1913 ganó el primero de los siete títulos seguidos que festejaría hasta 1919, River y

Boca tuvieron la suficiente fuerza propia como para convertirse en una de las primeras antinomias patrias, un país que también estaba en construcción.

La Ley Sáenz Peña había establecido el año anterior el voto universal, secreto y obligatorio, aunque solo para los hombres (las mujeres deberían esperar casi cuatro décadas para poder votar, en 1951), mientras que tres meses después del primer clásico oficial, el 1° de diciembre de 1913, se inauguraría el primer subte de Buenos Aires, del hemisferio sur y las naciones hispanas, la actual línea A, entre Plaza de Mayo y Once.

La historia de River-Boca es también una historia argentina: debería enseñarse en los colegios primarios.

* * * *

River ganó 2-1 el primer partido en torneos de la AFA, pero el resultado fue lo de menos. Era un fútbol tan embrionario que Boca jugó como local en la cancha de Racing porque había sido desalojado de su estadio y el árbitro, un tal Bergalli, nunca apareció en Avellaneda, por lo que después de 45 minutos de espera fue reemplazado por uno de los espectadores, Patrick McCarthy, un irlandés que había llegado al país en 1900 y muy pronto se convirtió en un padre para el deporte argentino: introdujo el boxeo, participó en la primera pelea del país, trabajó como profesor de educación física (tres de sus alumnos fundaron Boca) y fue futbolista de otro de los clubes fuertes de la época, Estudiantes de Buenos Aires. McCarthy también era árbitro de fútbol y de boxeo, pero no le habrá resultado sencillo dirigir el Big Bang del superclásico: producto de la tensión que ya acumulaban los dos equipos boquenses, los jugadores desataron una fuertísima pelea a golpes de puño durante el segundo tiempo. Aquel fútbol parecía tener mucho de artes marciales mixtas.

La mayoría de los futbolistas —o todos— eran vecinos del barrio, a tal punto que Alberto Penney, el delantero de River que dio el puntapié inicial del clásico de 1913, había jugado el primer partido de Boca en 1905. Pero el clásico naciente no era un escenario para cultivar la amistad. Para *La Nación*, los incidentes en la cancha de Racing se trataron de «un borrón, un espectáculo ingrato que demuestra que no se hallan depuradas las malas prácticas», mientras que el cronista de *La Mañana* recopiló más detalles: «La violencia degeneró en escenas de pugilato. En un entrevero frente a la valla de los Juniors, Virtú (Juan, arquero de Boca) arrojose al suelo para rechazar el *ball*,

pero de inmediato lanzáronse sobre él varios *forwards* riverplatenses, golpeándolo brutalmente. Con las protestas de Virtú, caldeáronse los ánimos de varios jugadores, no tardando en trenzarse y repartiéndose buen número de golpes por puñetazos. De la trifulca salió Ameal (Antonio, delantero de River) algo contuso, por lo que desistió de seguir jugando».

En realidad, las secciones deportivas de los diarios abrieron al día siguiente sus páginas de deportes con otro partido de la fecha, el CASI 2- Estudiantes de Buenos Aires 0, pero la cobertura del choque entre los rivales de La Boca también fue destacada. «El anuncio del *match* despertó en el público mucha expectativa, por contar ambos cuadros con elementos de cierta valía, por sus posiciones en el torneo, y más que todo por el conocido antagonismo que media entre ambos clubes», publicó *La Nación*. «El ansiosamente esperado primer partido de la A entre Boca y River, antiguos y fuertes rivales del sur de Buenos Aires, llegó ayer y todas las esperanzas buenas y malas se cumplieron. Las buenas de un *match* brillante, por el entusiasmo de los jugadores y del numeroso público que lo presenciaba, todo lo cual contribuía a hacerlo único en los actuales campeonatos argentinos», agregó *El Nacional*. Y un tercer diario, *La Mañana*, bajo el título «Un *match* notable», hizo referencia a la convocatoria de público, 7000 personas. Cuatro fotos de la cobertura, con River vistiendo su camiseta tradicional entre 1909 y 1931, la tricolor roja, blanca y negra, a rayas verticales, muestran un fondo con tribunas bajas pero repletas.

Los diarios eran clave para hiperbolizar los enfrentamientos: no solo no había fútbol televisado, sino que no había televisión (el primer partido en pantalla chica podría verse 38 años después, un San Lorenzo-River de 1951) y ni siquiera existía la radio (recién una década más tarde, en 1924, se podría escuchar la primera transmisión en vivo de un partido, un Argentina-Uruguay). Las pulseadas entre River y Boca son antediluvianas.

* * * *

El clásico sumaría otros 12 capítulos en lo que quedaba del amateurismo, hasta 1930, pero en el medio dejó de jugarse durante más de 8 años, entre julio de 1919 y diciembre de 1927, cuando el disenso entre las dirigencias de todos los clubes dividió en dos a la AFA, y River y Boca pasaron a participar en diferentes ligas. La rivalidad también podría haber entrado en un estado vegetativo porque en ese lapso River dejó el barrio original y se mudó al norte

de la ciudad, a Recoleta, pero ocurrió lo contrario. Como dos compadritos que se la tenían jurada, la distancia en el tiempo y el lugar aumentaría las ganas de volverse a ver: River y Boca ya se recelaban tanto que en el primer enfrentamiento del profesionalismo, en 1931, rozaron la tragedia.

Ya era más que un clásico de barrio. Lo era de la ciudad y también del país. En 1923 se había fundado en Bell Ville, Córdoba, el curioso River que juega con la camiseta de Boca. Los socios fundadores, divididos entre hinchas de River y de Boca, pusieron un papelito de cada equipo dentro de un sombrero: el primero en salir se ganaría el derecho a elegir el nombre del flamante club y el segundo aportaría los colores. Boca había multiplicado su popularidad durante la gira a Europa en 1925 y River se masificaría en aquel 1931: la compra del delantero Carlos Peucelle a cambio de una fortuna le valió el apodo de «los Millonarios» y un notable aumento en sus convocatorias. El espectáculo debía comenzar a las 15, pero las tribunas ya estaban colapsadas desde las 10. «Intentaron incendiar las tribunas» y «una tradición empañada» tituló *La Nación* al día siguiente. Las discordias comenzaron durante el partido de Reserva y los equipos de Primera debieron adelantar media hora su ingreso al campo de juego para que el público se calmara.

El superclásico ya alteraba a hinchas, futbolistas y árbitros: River se puso en ventaja, Boca empató con un penal protestado y el réferi expulsó de palabra a tres futbolistas de River, que desafiaron su autoridad y se negaron a salir de la cancha. El que terminó retirándose fue el árbitro y el partido finalizó a los 25 minutos. La revista *El Gráfico* editorializó con un párrafo cuya vigencia está a punto de cumplir 90 años: «Los desmanes de los hinchas son amparados por los dirigentes. De la impunidad ha nacido el ambiente de desagrado, de acritud, de intolerancia y desborde, que hace crisis en los *fields* y determina la irregularidad en la marcha del fútbol, de la que todos se quejan, pero sin que nadie se sienta culpable ni piense en corregirla».

Pero los que se odian también se aman, y cualquier rivalidad implica un reconocimiento de la grandeza ajena: nadie acepta ser el clásico de un equipo menor. Cuando River salió campeón en 1947 festejó primero en el Monumental, donde ya jugaba desde 1938, y a mediados de semana siguió celebrando en su barrio original. Lo que hoy parece fábula no fue a un costado o a escondidas de su viejo rival, sino en su compañía, invitado por el propio Boca.

«Hermosa fiesta de confraternidad brindó Boca a su adversario clásico,

River», encabezó *La Razón* su crónica del 21 de noviembre de 1947, un título parecido al de *Crítica*: «Celebró Boca con cordial alegría de hermano».

Aunque River y Boca siempre vivieron en combustión —no es cuestión de edulcorar el pasado—, hubo una época en que la bravura se daba la mano con la camaradería: en la cobertura periodística se ven las figuras de Boca y de River compartiendo mesa e instrumentos musicales para festejar el título de uno de los clubes del barrio. «La calle Almirante Brown, típica de la Ribera, orgullo de la barriada, se vistió con las galas de Boca y de River, el hermano que un día se dio cuenta de que allí no cabían los dos y buscó nuevos horizontes —escribió un periodista—. Algo grande y hermoso quedó en el lugar de nacimiento: el afecto entrañable de quien, siendo rival, es también, y sobre todo, amigo de ley. El xeneize y el millonario, unidos del brazo, pasearon bajo el aplauso de una multitud. Si no supiéramos de antemano que Boca cumplimentaba a River, hubiéramos creído que celebraba un acontecimiento propio. Qué hermoso el grito que unió los nombres gloriosos de River y de Boca, “hermanos más que nunca”».

* * * *

Los cazadores de datos perdidos recuerdan que dos años después, cuando Boca estaba cerca de volver a la B por su demacrada campaña de 1949, River puso a varios jugadores de su plantel a disposición de su viejo vecino, aunque al parecer no se trató de futbolistas de real calidad, lo que habría valido el rechazo de Boca, que finalmente evitó el descenso en la última fecha. A medida que en las tribunas comenzaban a colgarse las primeras banderas y nacían las canciones, el trato que River y Boca se daban en los 50 y los 60 era un tributo a la ingenuidad. «Zapallo, verdura, Boca a la basura», gritaban los de River, y los de Boca les respondían «River tenía un carrito, Boca se la sacó, River salió llorando y Boca fue campeón». De a poco se filtró el ingenio y la picaresca: cuando River sufrió entre 1958 y 1975 sus 18 años sin salir campeón, los de Boca se burlaban «River y Balbín, segundos hasta el fin», en mención al viejo líder radical, cuatro veces candidato a presidente de la nación, y los de River recurrían a las complicaciones del sur de la ciudad, al grito de «La Boca, La Boca se inundó, y a todos los de Boca la mierda los tapó».

Cuando Boca empató 2 a 2 en el Monumental en la última fecha del Nacional 69 y dio la vuelta olímpica en rodeo ajeno, los dirigentes de River

encendieron los grifos del campo de juego para entorpecer el festejo de los jugadores visitantes, pero no dejó de ser un desacato tímido, casi una estudiantina: los flamantes campeones corrieron por la pista atlética y fueron aplaudidos por los plateístas de River ubicados en la San Martín y la Sívori, entonces Brown. «Caballeros del deporte, qué gesto destacable», dijo el relator, en referencia a la tribuna local, en un video disponible en YouTube. Todavía estaba fresca la camaradería que había unido a los clubes el año anterior, después de la matanza en la Puerta 12 del Monumental, cuando la policía del dictador Juan Carlos Onganía provocó la muerte de 71 hinchas, la amplia mayoría visitantes, pero no todos, como suele decirse (una revista partidaria de Boca publicó una desgarradora foto de una madre despidiendo a su hijo en un ataúd embanderado con los colores de River, en la capilla ardiente realizada debajo de la Bombonera). «No había puerta, no había molinete, era la cana que daba con machete», se unieron las dos hinchadas a dúo en los partidos siguientes.

Hasta que la relación entre River y Boca, como la de la Argentina, se jodió en algún momento de la segunda mitad del siglo XX, y no pocos señalan el personalismo del presidente de Boca entre 1960 y 1980, Alberto José Armando, como uno de los elementos que ayudó a enturbiar la atmósfera. A comienzos de la década del 70, además, empezaron a aparecer los primeros grupos organizados en las tribunas, denominados «barritas bravas». También hay registros fotográficos de la Gorda Matosas, icónica hincha de River, tratando de robar banderas de Boca, pero la violencia en el fútbol todavía era más figurada que física.

En el Metropolitano 1976, al final de una extraña rueda decisiva en la que los clubes jugaban de local en la cancha de su clásico rival, Boca podía volver a salir campeón en el Monumental, esta vez no contra River sino ante Unión, pero no dejaba de ser simbólico. Un par de días antes del partido consagratorio, un grupo de hinchas de River entró con sigilo en su cancha y removió con palas el césped de las áreas y excavó los arcos para lanzarlos al foso. «Entiendo que se trata de una protesta para que el partido entre Boca y Unión no se juegue en River, pero los daños no tienen demasiada importancia y ya están reparados», dijo el vicepresidente del club, Plinio Garibaldi, en un texto de *La Nación* titulado «Desconocidos intentaron dañar la cancha de River» (y Boca, en efecto, daría otra vuelta olímpica en el Monumental).

Unos meses más tarde, en diciembre de 1976, River y Boca jugaron la primera final de su historia ante 90 000 personas, en la cancha de Racing, y un

operativo de seguridad compuesto por... 350 policías.

* * * *

Las dirigencias todavía empatizaban en los 80, como cuando River le alquiló gratis a Boca el Monumental para que en 1984 se jugara el superclásico más particular de todos (hasta que llegó a Madrid): Boca tenía parcialmente suspendida la Bombonera y fue local en la cancha de River. Eran tiempos en que la hinchada de River le cantaba —en lo que debe de ser la última canción ingenua del fútbol argentino— a un rival en crisis: «Ole le lé, ola la lá, a Boca no lo salva ni la Brigada A», en referencia a la serie televisiva de moda. Pero también eran años en que las barras bravas comenzaban a reconfigurar el mapa del fútbol argentino y al paisaje del clásico entraron armas de fuego, cuchillos y drogas. En 1983 murió a balazos uno de los líderes de la barra de River y en 1994 mataron a dos pibes de los llamados «hinchas normales», Ángel Vallejos y Walter Delgado, quienes salían de la Bombonera sin saber que se dirigían hacia un matadero.

No habían pasado muchas horas cuando un simpatizante de Boca dijo en televisión «empatamos 2 a 2, River ganó 2 a 0 y nosotros les matamos a dos», a la vez que en un poste de luz en Carabobo y Avenida del Trabajo también podía leerse «Boca 2-River 2». Un par de años más tarde, la mamá de uno de esos chicos se dejaría morir de tristeza.

Solo faltaba que los dirigentes comenzaran a comportarse como hinchas, y eso también ocurrió. En su campaña para ser presidente de Boca, en 1995, Mauricio Macri decía «los innombrables» para aludir a sus rivales y Alfredo Davicce, ya al frente de River, hablaba de «bolivianos y paraguayos» para referirse a los hinchas de Boca. Macri volvería en 2006 a cruzar el límite del folclore al hablar del Monumental como «una heladera espantosa», pero no dejaría de ser una anécdota en comparación con el punto de fuga que distanció a las dirigencias, el «expediente gas pimienta», la agresión de un grupo de hinchas de Boca a jugadores de River dentro de la Bombonera durante el cruce por los octavos de final de la Libertadores 2015. Fue la noche en que el superclásico pasó a rosarinizarse como un Newell's-Central.

* * * *

Del ideólogo del ataque, el Panadero Adrián Napolitano, se supo enseguida

que era algo más que un fiel seguidor de su equipo. En sus travesías por Brasil, Colombia, Chile, Venezuela y Japón —fue cuatro veces— había desarrollado una relación de cercanía con agrupaciones internas, dirigentes del club y algunos barrabravas. En un partido de la primera fase de la Copa 2015, en Barinas (Venezuela), pocos meses antes del ataque a los jugadores de River, no había estado en las tribunas sino detrás de los carteles de publicidad, a un metro del campo de juego, como si fuera un auxiliar del club. Si tirar gas pimienta fue una idea individual o un ataque coordinado nunca se sabrá, pero resulta difícil imaginar que un hincha —por más conocido que sea— se anime a lanzar gas pimienta sin el consentimiento de los dueños de la tribuna, la barra, mientras un dron con el fantasma de la B era manejado desde otro lugar del estadio en forma coordinada. A uno de sus cómplices en la agresión, Federico Blanco —también expulsado del club—, lo favoreció permanecer casi en el anonimato detrás del Panadero, como si se intentara silenciar el dato que repetían varios hinchas de Boca que suelen viajar con su equipo por el país y el exterior: que Blanco era cercano de un exvicepresidente del club, Juan Carlos Crespi, uno de esos dirigentes que no necesitan cargo para mantener el poder.

Una vez que la Conmebol descalificó al club agresor y ratificó el resultado al momento de la suspensión, el empate 0-0 (que se sumaba al 1-0 en el Monumental en la ida), la dirigencia de Boca comenzó a manifestar su enojo con la de River por lo que entendía era una doble falta entre pares. Primero, por el ingreso al tranco del presidente Rodolfo D'Onofrio al campo de juego, azuzado por los «bajemos, bajemos» que le había lanzado uno de sus vices, Matías Patanian, cuando desde uno de los palcos de la Bombonera intentaban decodificar una situación que no entendían. Pero sobre todo, más ofendió a Boca que el encargado legal de River, Ignacio Villarroel, viajara a Asunción a las 9 de la mañana del día siguiente para presentar ante la Conmebol las certificaciones médicas de las lesiones sufridas por los jugadores, después de haber pasado casi toda la noche redactando el informe. No es cierto que River haya pedido los puntos, pero también está claro que su abogado no viajó para rogar que el partido continuara jugándose.

La Conmebol ya había actuado de oficio por la agresión, el calendario apretaba y el fallo habría sido el mismo si ningún representante de River viajaba a Paraguay, pero Boca creía sentirse con derecho a reclamar una vieja ley futbolera: que los partidos se ganan en la cancha. Si la Conmebol —una organización que decide por la

voluntad política de su presidente y no por los escritos y folios que los clubes le presenten a su Unidad Disciplinaria— hubiese dictaminado que debían jugarse los 45 minutos restantes, River tendría que haber acatado, pero esa resolución nunca se tomó y la relación entre los dos equipos quedaría marcada con una cicatriz que volvería a sangrar tres años y medio más tarde, cuando se encontraron en las finales de la Libertadores 2018.

Una de las víctimas del gas pimienta, curiosamente, fue el propio Villarroel, una de las figuras del PRO en Núñez —apoderado del partido en su provincia, Entre Ríos, y coordinador de campañas electorales—. En la dirigencia de River contaron azorados cómo Macri, enterado de su viaje a Asunción en 2015, mandó a hacerle la cruz dentro de su partido, como si para el futuro presidente de Argentina en algunos temas primero estuviera Boca y después su espacio político. D’Onofrio llamó a Macri y le dijo que fuera la última vez que diera órdenes a un dirigente de su club.

3

La previa

En una esquina de Buenos Aires, hace algunos años, leí una pintada que hice mía de inmediato: «No son 90 minutos, es toda una vida». Como el grafiti estaba escrito con aerosol negro y sin la firma de ningún club, interpreté que todos los hinchas podíamos apropiárnoslo. La frase no hacía referencia a un partido sino a la condición del fanático, pero me llevó a preguntarme si era posible mensurar la duración de los partidos más taquicárdicos de mi equipo, River, en especial los que jugamos contra Boca. ¿Cuántos años puede vivir un superclásico en nuestra memoria? ¿Cuántos días o semanas antes comenzamos a imaginarlos en nuestras afiebradas mentes? ¿Cuántos meses o años después dejamos de recordarlos? Hay cruces contra Boca que sigo jugando desde hace 33 años. Y ya cumplí 44.

Tenía 11 una tarde primaveral de 1985 en la que salimos a gritar con mi hermano al patio de casa cuando la radio anunció «¡Gool de Riveeer!». Enseguida, el viento nos acercó el tronar de los hinchas que gritaban en el estadio: vivíamos en Núñez, a veinticinco cuadras del Monumental, y la multitud se escuchaba en las grandes jornadas. Con ese gol que imaginé durante algunas horas y miré por primera vez aquella noche, en *Fútbol de Primera*, ganamos 1 a 0. ¿O debería decir que seguimos ganando 1 a 0? Volví a ver unas 50 veces ese derecho bombeado de Alejandro Montenegro —de pantalón blanco corto— a las espaldas de Hugo Gatti —de vincha y camiseta rosa—, y es posible que lo vuelva a ver otras 50. El primer póster de fútbol que pegué en mi habitación fue uno que *El Gráfico* publicó esa semana, «Ruggeri corazón», con el Cabezón en andas, ganador particular de su duelo contra un jugador de Boca al que, a mis 11 años, había jurado no estrecharle la mano si me lo cruzaba en la calle, un afilador de huesos rivales llamado Romualdo Pasucci, o Passucci, o Pasuci.

Los superclásicos pasaron a ser mi fruta prohibida. Me parecían algo tan propio de los adultos, como el cigarrillo, el alcohol o las primeras chicas que me gustaban, que habría quemado años de juventud para emanciparme y asistir al siguiente duelo contra Boca. Mi viejo, hincha de River, ya nos llevaba con mi hermano al Monumental desde hacía un puñado de años, pero siempre a partidos menores. Años después, cuando vi *Apocalypse Now*, comparé la fascinación que los clásicos rezumaban en mi infancia con la jungla en la que se había recluido el coronel Kurtz: una geografía inaccesible, mitificada, irracional.

En 1989 era un adolescente de 14 años cuando descubrí la taquicardia en

las finales que jugamos (y ganamos) contra Boca por la ronda de perdedores de una Liguilla clasificatoria a la Copa Libertadores. No menosprecio ningún partido de mi equipo, menos un clásico, y menos aún una definición mano a mano con Boca, pero haber terminado con el pecho oprimido frente al televisor por —repito— «las finales de la ronda de perdedores de una Liguilla clasificatoria a la Copa Libertadores», cuyo ganador encima debía jugar contra San Lorenzo, el vencedor de la fase de ganadores, para recién entonces clasificar a la primera ronda de la Copa del año siguiente, fue el bautismo final con el que terminé de ingresar a la tribu de los superclásicos: los River-Boca nos humanizan, nos deifican, nos idiotizan. Lo digo sin jactancia, pero también sin autoconmiseración, refiriéndome a algo tan evidente como los ojos rasgados de un oriental o el anillo de matrimonio en los casados. Y por cierto, me cuesta memorizar la letra de las últimas canciones de nuestra hinchada, aunque todavía recuerdo el himno de aquella Liguilla de 1989, cuando le recordábamos a Boca su reciente doble fracaso en la Libertadores y el torneo local, y sacábamos chapa de nuestra paternidad de entonces: «Te quedaste sin la Copa, el campeonato donde está, y ahora en la Liguilla te va a coger tu papá».

* * * *

Me zambullí en la comedia y el drama de los superclásicos en orden creciente. Mi primera vez en vivo fue en una función de pretemporada, un 0-0 amistoso en Mar del Plata en enero de 1990, que le valió a Boca levantar la Copa de Oro y los títulos de «campeón del verano» en los diarios del día siguiente. A las pocas semanas estuve en el Monumental para otro empate, 1-1, pero ya oficial, una noche de diluvio monzónico en la que un maderazo voló 50 metros como una jabalina olímpica y estuvo a punto de impactar en Diego Latorre, que había venido a festejar su gol a nuestra tribuna. Un año después, en marzo de 1991, debuté con mi hermano y otros amigos en la Bombonera, épocas en las que las entradas se podían comprar en las boleterías del estadio un par de horas antes del partido. La de aquel día la guardo en casa: tenía una publicidad de Salicrem en el frente y el reglamento del sorteo por un auto cero kilómetro en el dorso. Aquella tarde volvimos caminando hasta el Correo Central, rodeados de bosteros que nos sacaban la ficha de gallinas y nos miraban fiero. Habíamos perdido 1-0 en el exordio de una racha maldita que se acentuaría en los años y décadas siguientes (de hecho, Boca nos pasó en el

historial general después de esa derrota, incluidos todos los partidos, también los amistosos), hasta que comenzamos a erradicar la malaria en 2014 y terminamos de pagar el libre deuda el 9 de diciembre de 2018.

Desde aquel primer clásico que sigo jugando en la memoria de mi infancia, el 1-0 de 1985, se jugaron más de 100 River-Boca. Los recuerdo a todos y fui a muchos. Cuando no trepé nervioso por las escaleras hasta lo alto de las tribunas, los escuché por radio o los miré por televisión. También cubrí varios desde el palco de prensa, anestesiando con profesionalismo las simpatías que todos los periodistas deportivos cultivamos, incluidos quienes no revelan de qué equipo son. Pasaron 26 años y todavía me asusta el piedrazo furibundo que pasó a centímetros de mi cara, lanzado desde el sector de socios de la Bombonera hacia la segunda bandeja, en la que nos apretujábamos los hinchas de River una tarde de 1992. Me sigo sorprendiendo, todavía, del día de 1994 en que dejé mi habitual moderación y saqué medio cuerpo del auto en el que íbamos a la Bombonera con mi hermano y otros amigos, a la altura de Leandro N. Alem y Corrientes, para levantarle el dedo mayor a Navarro Montoya, apenas lo detectamos en el asiento delantero del colectivo que trasladaba al plantel de Boca (y un par de horas después ganamos 3-0, con goles de Francescoli, Ortega y Gallardo, porque el Mono seguía amedrentado por mi gesto).

Mi recuerdo favorito del día de 1997 en que empatamos 3-3, después de ir perdiendo 3-0, no es el cabezazo al gol de Celso Ayala, sino cuando volví a mi casa desde el Monumental y encontré a mi vieja, que nunca me preguntaba de fútbol, genuinamente emocionada por la remontada. Algunos triunfos, como el de 2010 con gol de Jonatan Maidana, fueron una inyección de adrenalina que pensé que me serviría para solucionar problemas domésticos que atravesaba. En 2012, cuando peleábamos en la B, manejé 2000 kilómetros para poner el cuerpo en un amistoso estival en Chaco, y es como si todavía estuviese en la ruta. Cada tanto me vuelvo a sobresaltar con jugadas sin historia, como una pelota que se le quedó atascada en un charco a Marcelo Barovero, sobre el final de un 1-1 bajo la tormenta, en 2014. Nunca olvidé la liberación en el festejo de las semifinales de la Sudamericana, también ese año, después de un partido en el que miré el reloj cada 30 segundos y con nuestro grupo de la Centenario alta terminamos vociferando palabras inentendibles en castellano, como si regurgitáramos los gemidos de un Gollum.

Hace poco enganché en televisión la repetición del clásico de la Libertadores 2015 y volví a gritar «gol» en el penal de Carlos Sánchez. Mi

mujer, Estefi, pasaba por el living y se mordió el labio inferior y meneó la cabeza, como diciendo «pobrecito». No le dije que, en secreto, sigo lamentando el gol que Lucas Alario erró en 2016, cuando estábamos 2-1 y podríamos haber rematado un partido que terminamos perdiendo 4-2, pero ya no pude disimular mis nervios frente a ella en la final de la Supercopa Argentina 2018: estábamos de vacaciones en México y, en vez de sentarme en uno de los bares turísticos de la Riviera Maya que transmitían el partido, fui a caminar y volví a las dos horas. Los partidos contra Boca me marcan el año.

Detalle reconstruido más, jugada olvidada menos, todos esos clásicos continuarán reapareciendo en nuestra memoria de hinchas. Y a los 371 que se habían jugado hasta noviembre de 2018, entre partidos de liga y de copa nacionales, competencias internacionales y simples, o no tan simples amistosos, en noviembre de 2018 se le agregaron dos capítulos con una fuerza tan poderosa que, en el lenguaje medido y sin dramatismo que solemos usar en el fútbol, podrían haber sido llamados «la bomba atómica de las finales».

Si bien desde 2005 la Conmebol ya permitía que dos equipos de un país se enfrentaran para definir al campeón, que la Libertadores terminara con un River-Boca parecía tan exagerado que nunca lo había escuchado en el amplio menú de posibilidades que consideramos los fanáticos: de tan extraordinario, era un partido que no parecía posible.

Pero ocurrió, acaba de ocurrir, y fueron los dos superclásicos que, como todos, pero como ninguno, jamás dejaremos de jugar. De Tierra del Fuego a Jujuy, o en la puerta del Bernabéu, o donde haya un hincha de River, cualquiera podría escribir un nuevo grafiti: «No fue una final: será toda una vida».

* * * *

La final de la Copa Libertadores 2018 no comenzó a corroer mi sistema nervioso el domingo 11 de noviembre, el día de la ida en la Bombonera, sino dos meses antes: faltaba tanto que la semana siguiente recién visitaríamos a Independiente por el partido de ida de cuartos de final de la Copa. A la recurrente pregunta de qué estabas haciendo cuando derribaron las Torres Gemelas, o cuando murió Néstor Kirchner, agrego el instante en que advertí que River y Boca se encaminaban a definir la Libertadores.

Fue a eso de las 11.30 del miércoles 12 de septiembre, a la salida de la casa de un amigo de River, Patricio Nogueira, en el Bajo Flores. Ya nos

despedíamos después de haber hablado del superclásico que jugaríamos cuatro días más tarde por la Superliga, el que terminaríamos ganando 2-0 en la Bombonera con los latigazos del Pity Martínez y Scocco, cuando Pato me preguntó en la vereda, mientras subía a mi auto, con el tacto con que se revelan las noticias sensibles: «¿Te diste cuenta de que, si River y Boca llegan a la final de la Copa, la revancha sería en el Monumental?». Entendí enseguida lo que quería decirme. Desde entonces oímos a azufre durante casi tres meses.

En realidad, ya un par de semanas antes de la pregunta de Patricio, apenas River y Boca habían sorteado con paso marcial sus cruces de octavos de final, mi sismógrafo de superclásicos había detectado un primer movimiento. El 31 de agosto, pocas horas después de que Boca y River eliminaran a Libertad de Paraguay y Racing, y en medio del momento más agitado de la presidencia de Mauricio Macri, con el dólar disparándose, los sueldos recortándose, las universidades tomando la calle y Mercedes Ninci llorando los aumentos de precios, tuiteé: «Para lo que seguro no está preparado el país es para una final River-Boca en la Libertadores».

No era el único que allá a lo lejos oteaba una superfinal. Algunos respondieron refiriéndose a la situación social y económica del país: «Y encima casi en diciembre» (@isbaraglia), «Dólar infarto» (@espina), «Semana picante, porque a los dos días es la cumbre del G-20» (@EmilianoKndanga) y «Es el deseo del gobierno, tapar todos los quilombos» (@chupe124). Pero aunque faltaban casi tres meses para la todavía más que hipotética definición, los hinchas de River y Boca que interactuaron en el tuit coincidieron en que ese partido sería un incordio. «Qué estrés» (@belcornaglia), «Nooo, dejame disfrutar estos últimos años... no quiero darles revancha tan rápido» (@lucchinini), «Con la semifinal del 2004 me alcanza para toda la vida» (@NachoGarioni), «El país no está preparado ni yo tampoco» (@gigievagarcia), «De solo pensarlo me agarra algo en el pecho» (@Maxigonza73), «Infartante: antes de sufrir de semejante manera, preferiría sedarme y despertarme cuando haya terminado» (@iboteinelli) y «Sería bueno para que todos los hinchas de River y Boca terminemos muertos por los nervios y nos salvemos de la crisis (?)» (@floral10).

Como los animales que perciben infrasonidos, los fanáticos tenemos desarrollado un sexto sentido para detectar los partidos que pueden alterar nuestra rutina de fines de semana contra Lanús, San Martín de San Juan o

Argentinos. Cuando sale el fixture de cada temporada, lo primero que escudriñamos, junto con el rival del debut, es la fecha del superclásico.

A inicios y mediados de septiembre de 2018, la posibilidad de que se concretara La Final todavía era menor, un 12,5% —quedaban 8 equipos en la Copa, y River y Boca debían avanzar dos casilleros por sus respectivas llaves, cuartos de final y semis—, pero terminé de sobresaltarme aquella mañana en que Patricio remarcó el orden de las localías.

En lo personal, y sé que no era el único, ya de entrada quería evitar el clásico. River venía de ganar las últimas tres definiciones mano a mano, semifinales de Copa Sudamericana 2014, octavos de final de Libertadores 2015 y final de Supercopa Argentina 2018: ¿por qué debía prestarse a una cuarta velada, si ningún campeón de boxeo ofrece tantas revanchas inmediatas ni, mucho menos, una tan concluyente, con todos los cinturones en juego? Ni Sugar Ray Leonard-Roberto «Mano de Piedra» Durán pasaron de la tercera pelea entre sí. Perder una final de Libertadores no habría tachado los triunfos anteriores, pero sí les habría bajado el valor: de cotizar en dólares habrían pasado a pesificarse. Encima, que además la serie se definiera en el Monumental, un asunto al que hasta entonces no le había prestado atención, lo convertía ya en el exceso de los excesos.

Si el fútbol suele exagerar la vida, ¿qué quedaría para estos River-Boca en el contexto más recargado posible? Los hinchas de todos los clubes estamos curtidos de ver eliminaciones de nuestros equipos, pero esa sería la primera vez que tendrían que presenciar la consagración de su máximo rival en el máximo torneo posible. No pensé en la (relativa) ventaja deportiva que implicaba una definición en casa, sino en la multiplicación del riesgo simbólico. En la lógica cada vez más tribal del fútbol argentino, los estadios de nuestros equipos son territorios que no deben ser profanados: no solo importa el resultado, sino también el lugar. Tampoco habría elegido una final contra Boca si se hubiese definido en la Bombonera, pero seguro la habría aceptado con más garbo. Que la premiación y la vuelta olímpica se realizaran en Núñez significaba dejar nuestra cabeza servida en bandeja: en mi alarmismo, no vislumbré el zurdazo de Juanfer Quintero en el arco del fondo sur del Bernabéu, sino a Carlos Tevez colgándose la medalla y levantando la Copa.

* * * *

Me desentendí del resto de los partidos, incluso del superclásico que River debía jugar el domingo siguiente por la Superliga. Entre la final que habíamos ganado en Mendoza y la que veía crecer como un hongo atómico en el horizonte, el partido en la Bombonera pasó de largo como si fuera un amistoso. Celebré el 2-0 con el freno de mano puesto y en los días siguientes no me subí a la ola del Pity Martínez qué loco que está. Estaba contrariado, más pendiente de lo que podía ocurrir que de lo que estaba ocurriendo, en un escenario que me descolocaba por primera vez en mis 40 años de hincha.

Por encima de mi pasión por River había un estado superior: mi pulsión por que no se jugara esa final era más fuerte. Me hice fanático del CASFRiBo: Club Atlético Sin Final River-Boca. Cada vez que me cruzaba con hinchas de River, y también de Boca, les exponía mi situación: la mitad —de ambos equipos— coincidía en que ese partido no debía existir ni siquiera en la imaginación.

No hace falta aclarar que prefería que Boca quedara eliminado, pero hasta llegué a considerar la negociación más resignada: si Boca tenía que ser campeón de América, que lo fuera, pero no en nuestra cancha. Los hinchas creemos que el destino de una pelota depende de nuestras cábalas o nuestros pensamientos. También hubo momentos en que estaba dispuesto a pagar el doloroso precio de la eliminación previa de River, algo así como el autosequestro de mi equipo. Seguí yendo a la cancha porque nunca dejo de hacerlo, pero en algunos tramos de los partidos contra Independiente por los cuartos de final, y en especial ante Grêmio en las semifinales, mis contradicciones internas quedaron en evidencia: no hacía fuerza para que perdiéramos —ni grité los goles rivales— aunque no me hubiese molestado tanto si quedábamos afuera de la Copa. Me habría dolorido una eliminación, pero al menos —o al fin— habría cortado de raíz con la paranoia que crecía dentro de mí.

Después de que Grêmio nos ganara 1-0 en el Monumental, les dije a mis compañeros de cancha en voz baja, mientras salíamos por Lidoro Quinteros: «Ustedes saben lo que yo quiero». Para la revancha en Porto Alegre, a diferencia de los partidos de visitante de la Copa, decidí no juntarme con mis amigos más fanáticos para verlo por televisión. Preferí encontrarme con Emiliano, también de River, pero mucho menos radical. Pasé los últimos minutos de la hazaña en Brasil caminando por mi casa como un perro educado a patadas, sin gritar el gol del Pity Martínez, uno de los más liberadores de tensión de los 114 años de River. Estaba absorto, con las manos en la cabeza

en gesto de incredulidad, asumiendo que los planetas se terminaban de alinear para confluír en el dios de todos los partidos, las finales más hiperbólicas en una atmósfera ya de por sí desmesurada, la argentina, pero en este caso en un contexto insuperable desde lo competitivo.

Más de una vez intenté preguntarme qué era lo que me sacaba del eje. Sin soslayar los caprichos del fútbol (un gol traicionero, una pelota en el palo, un error del árbitro), claro que confiaba en este River. Incluso, aunque no lo decía en voz alta, creía íntimamente que le íbamos a ganar a Boca. «Podemos ganar o perder, pero tenemos un equipazo», le había dicho a Abel, en medio de la serie abierta contra Independiente, cuando estábamos 0-0 en el Monumental. En realidad, quería evitar la final contra Boca porque desconfiaba de mí mismo, de mi salud: ¿cómo soportaría el clásico de los todos los clásicos, el partido más importante entre los miles de la historia del club? Más que de cómo Franco Armani se las arreglaría contra el poder de fuego de los delanteros de Boca, que no era poco, recelaba de cómo sobreviviría yo a las finales. Y no me refería únicamente a la taquicardia propia de los partidos, sino también a las previas mediáticas que se hacen larguísimas, con polémicas disparatadas e histerias multiplicadas.

Recuerdo que *El Gráfico*, en la semana previa a los superclásicos de la década del 80, solía anticiparse con cuatro o cinco páginas de lo que podía esperarse del partido —el duelo táctico, los mejores partidos del pasado—, y eso era todo. Con las redes sociales y los canales veinticuatro horas se volvió inviable. Algo de eso hablamos con Pato, al pie del auto, aquel 12 de septiembre, cuando me advirtió lo que podía venirse: «Entre que terminan las semifinales y se juegue el segundo partido va a pasar un mes insoportable».

Se quedó corto: el Juicio Final del superclásico duraría 40 días.

4

El país

Si a comienzos del siglo XX River y Boca rivalizaron primero en la calle y después en la cancha, la final de las finales de la Copa Libertadores 2018 llegó primero a la Casa Rosada y después al césped. Como miles de argentinos, Macri ya maldecía la posible final antes de que arrancaran las semifinales. En lo que debía ser una entrevista radial del ministro del Interior, Rogelio Frigerio, con una FM de Malanzán, un pueblo riojano de 1300 habitantes, el presidente utilizó un momento de distensión en la Casa de Gobierno para tomar el teléfono sin aviso y saludó a los oyentes disculpándose porque el funcionario «estaba ocupado». El periodista —Rodrigo Vera— reconoció su voz y quedó sorprendido. Era la mañana del martes 23 de octubre, horas antes de que River jugara por la noche contra Grêmio en el Monumental —y el día previo a que Boca fuera local ante Palmeiras—, y el conductor de radio La Meca mostró cintura profesional para apelar al territorio en que Macri se siente más cómodo. «¿Ya estás nervioso por lo que va a pasar esta noche?», le preguntó. «¿Vos sabés la presión que va a ser eso? —respondió Macri, pispeando lo que podía ocurrir en una final entre Boca y River—. El que pierde va a tardar 20 años en recuperarse. Es una final que se juega mucho, demasiado. Sería mejor que uno de los dos que vaya a la final sea brasileño, al que le toque, pero así no tenemos esa final, que nos quedamos de cama todos los hinchas de Boca y de River durante tres semanas».

Si algún día se recopilaran los diez tuits más imprevistos de esta final, no debería faltar el que el delantero de Platense José Vizcarra le dedicaría a Macri ese mediodía: «Veinte años, comparados con los 200 que va a tardar el país en recuperarse de tu gobierno, no es nada. Pasa volando».

* * * *

Pero el cruce que Macri y muchísimos otros hinchas preferían evitar quedó a punto de concretarse la semana siguiente. Con la (ante)última exhibición esquizofrénica del Pity Martínez, el penal que pateó con la sangre fría de los reptiles a los 49 minutos del segundo tiempo, River revirtió en Porto Alegre una serie en la que había estado en desventaja o igualado durante 184 minutos. Las estadísticas en el fútbol a veces dicen poco, pero el invicto histórico que Grêmio mantenía como local en la Copa, una vez que convertía el primer gol del partido, amedrentaba como si un equipo de rugby tuviese que dar vuelta un

resultado contra los All Blacks en Nueva Zelanda: de las 64 veces que se habían puesto en ventaja en Porto Alegre, los campeones vigentes de la Copa habían ganado 62 y empatado 2. Incluso River perdía 2-0 en el global en el minuto 171 de la serie.

Los hinchas que habían viajado hasta el Arena do Grêmio no entendían por qué el árbitro Andrés Cunha se demoraba en analizar una jugada que el encargado principal del VAR, su compatriota Leodán González, le había sugerido que revisara. Iban 41 minutos del segundo tiempo y algunos de los argentinos que ocupaban la segunda bandeja visitante llegaron a pensar que Cunha consideraba anular el gol que Rafael Santos Borré había convertido hacía 3 minutos. Nadie intuía que, en realidad, se aprestaba a sancionar lo que ningún jugador había reclamado, la imperceptible mano con la que Bressan había interrumpido el remate de Ignacio Scocco.

Todas las épicas se construyen de pequeñas casualidades: Gallardo estaba camino a Rosario para firmar con Newell's cuando Ramón Díaz renunció a River, en 2014. Asimismo, si el delantero Jael no se hubiese desplomado sobre el césped para robar unas decenas de segundos antes de que River lanzara el córner que le correspondía por el rechazo de Bressan, González no habría tenido tiempo de revisar la jugada con los monitores y de acudir a Cunha. El triunfo fue tan cardíaco que en uno de mis grupos de whatsapp de River, La Trezeguet, algunos temieron por la salud de un viajero, Mariano, que entre 2011 y 2015 había tenido un triple ataque al corazón y que después del partido no respondió el celular hasta el mediodía siguiente. «Si se murió, se murió feliz», intentaba consolar su esposa a quienes se preocupaban por él, que recién recargaría la batería del teléfono al cruzar la frontera, al mediodía siguiente.

* * * *

Cuando a la noche siguiente, la del miércoles 31 de octubre, Boca eliminó a Palmeiras y también se clasificó finalista, una noticia surgida desde Argentina trascendió las fronteras y comenzó a recorrer los portales deportivos de América, Europa y, en menor medida, Asia, Oceanía y África. Si el boxeo recurre cada tanto a «la pelea del siglo» para promocionar sus grandes noches, al fútbol argentino no le hacían falta anabólicos para anunciar su siguiente duelo: el River-Boca que definiría la Copa Libertadores 2018 sería «el partido de todos los tiempos».

Los arqueólogos de duelos históricos comenzaron a rascar en el pasado definiciones antagónicas similares pero ninguna terminaba de cuajar. En la Champions League, lo más parecido había sido Milan-Juventus en 2003, Bayern Munich-Borussia Dortmund en 2013 y Real Madrid-Atlético de Madrid en 2014 y 2016, todas rivalidades fuertísimas, pero no medulares dentro de sus países. Si el auténtico clásico del Real Madrid es el Barcelona, el rival atávico del Dortmund es el Schalke 04 y la Juve compite localmente contra el Torino. Tampoco en la Libertadores existía un registro comparable: los brasileños San Pablo-Atlético Paranaense e Inter-San Pablo habían definido la Copa en 2005 y 2006 pero sin rivalidades ancestrales mediante. Como dijo Eli Mengem, el conductor del documental de la Copa 90, «Días de clásico, el partido más grande de todos los tiempos»: «¿Se imaginan a Real Madrid y Barcelona definiendo la Champions League? Bueno, esto es cien veces más».

Comenzaban 40 días hasta la carrera final del Pity Martínez, el 9 de diciembre, en los que el trazo grueso y el trazo fino del clásico pasarían a ser interpretados, discutidos y sospechados. El maniqueísmo entre River y Boca es nuestra grieta futbolística. Cualquier declaración o gesto pasaba a judicializarse en los despachos de los clubes, en los micrófonos de los medios (que a veces son lo mismo) y en los teclados de las redes sociales; por ejemplo, el asterisco con el que la Conmebol aclaraba («Sujeto a decisión de la Unidad Disciplinaria respecto al reclamo de Grêmio») su anuncio original de «Boca y River se enfrentan en histórica final de Libertadores». Recuerdo haber pasado 25 minutos escuchando y leyendo análisis de lo que el tuit de la Conmebol supuestamente había querido decir: algunos descifraban que era un guiño al reclamo brasileño por el ingreso antirreglamentario de Marcelo Gallardo al vestuario del Arena do Grêmio, en el entretiempo de la revancha, y otros sostenían —y el fallo del sábado 3 les daría la razón— que se trataba de un formalismo jurídico y que la finalísima argentina no estaba en duda.

Para los futboleros, el país entró en colapso emocional: fue como si en la atmósfera sobrevolaran únicamente partículas de River y de Boca. La crisis económica, la inflación y la devaluación del peso dejaron de ser los mayores temas de conversación en las calles, los bares y los grupos de whatsapp en perjuicio de lo extraordinario. En Apóstoles, Misiones, una discusión futbolística entre dos amigos de Boca y de River derivó en que uno de ellos prendiera fuego la casa de madera de su compadre. «Estaban discutiendo cuál era el mejor y se armó el incendio», dijeron fuentes policiales al diario *El*

Territorio. Algunos medios siguieron equivocadamente la pista del «crimen futbolístico» por el asesinato de un joven, Emanuel Ojeda, que festejaba en la avenida 9 de Julio la clasificación a la final de su equipo, Boca. La versión de un ataque de hinchas de River aceleró con la velocidad de un Fórmula 1 en los *graphs* de televisión, la patria zocalera, sin prestar atención a que uno de los pocos testigos de la agresión, el hermano de Emanuel, nunca se refirió a cuestiones futbolísticas en su declaración policial. Pero a las pocas horas, un hincha de Boca escribió en Twitter: «Ya arrancamos la final 1 a 0 abajo, tenemos tres semanas para darlo vuelta», y el mensaje fue utilizado por un artículo del *New York Times* como ejemplo del discurso del odio y la violencia que inunda las redes sociales en el mundo.

* * * *

Tan peligroso como sobrestimar el fútbol es también subestimarlo. Algunas horas después de la victoria global 4-2 de Boca sobre Palmeiras, o sea de la final confirmada, el presidente de la Fundación Cardiológica Argentina, Jorge Tartaglione, escribió: «Boca-River, final de Libertadores: se triplica el riesgo de infarto. Disfrutalo, no lo sufras, y si tuviste un problema cardíaco y con el fútbol no la pasás bien, no dejes la medicación y consultá con el médico». Algunos de sus colegas confirmaron que las consultas aumentaron durante esas horas. Roberto Peidró, cardiólogo a cargo del Instituto de Ciencias del Deporte de la Universidad Favaloro y exmédico de la Selección argentina, declaró: «Esta mañana recibí mensajes de pacientes que me pidieron que les adelantara los chequeos programados para antes de la final, porque estaban muy nerviosos, y es normal. En los grandes partidos, el número de ingresos por infarto es mayor».

También algunos DJ quedaron en el centro de la escena. Las parejas que tenían programado su casamiento para el 10 o el 24 por la tarde, de repente debían lidiar con un competidor inesperado. Algunos novios se contactaron con los musicalizadores para encargarles una pantalla gigante para que los invitados pudieran ver el partido, y las novias llamaban de inmediato para cancelar ese pedido. El tema se volvía más confuso cuando estadísticamente quedaba demostrado que los dos novios tenían más chances de volver a casarse con otra pareja que de asistir a otro River-Boca por la final de la Libertadores.

La cuenta regresiva hacia la final de finales parecía consumirse en una

espiral en la que cabía toda la sociedad. También se desató un reclamo religioso porque los partidos, entre la comercialización de los derechos televisivos de la Conmebol para Europa y la llegada del G-20 a Buenos Aires, se reprogramaron para los sábados 10 y 24 por la tarde. «Somos respetuosos de la colectividad judía y Boca no quiere jugar el sábado por respeto a la cantidad de socios que no podrán estar en la cancha», declaró Daniel Angelici, a la vez que Rodolfo D’Onofrio también decía estar sorprendido de los pedidos que llegaban a River para evitar que los partidos se jugaran durante el Sabbath, el tiempo de introspección y descanso que los judíos se reservan hasta la aparición de tres estrellas en la noche del sábado.

A la religión siguió la política cuando, menos de cuarenta y ocho horas después de las clasificaciones de Boca y River, Macri convirtió el clásico en una cuestión de Estado y también de fe, como si un tuit bastara para erradicar la violencia y los hinchas visitantes, prohibidos en partidos de Superliga desde 2013, pudieran regresar a los estadios. «Lo que vamos a vivir los argentinos es una final histórica —dijo el presidente el viernes 2 por la mañana—. También una oportunidad de demostrar que estamos cambiando, que se puede jugar en paz. Le pedí a la ministra de Seguridad que trabaje con la Ciudad para que el público visitante pueda ir».

Que se trataba de una corazonada individual de Macri y no de un acuerdo con su equipo de gobierno quedó en evidencia cuando el ministro de Seguridad porteño, Martín Ocampo, declaró en televisión a los pocos minutos: «No están dadas las condiciones para que vuelvan los visitantes, no es factible». Cronistas designados en Balcarce 50 escribieron que los dirigentes de River, Boca y el jefe de Gobierno porteño, Horacio Rodríguez Larreta, se enteraron del anuncio por las redes sociales. «Fue una decisión de Macri. De nadie más», puntualizó el periodista Guido Carelli Lynch en *Clarín*, en un artículo en el que además transcribió un textual del presidente a su ministra de Seguridad, Patricia Bullrich: «Tratándose de una copa internacional que será televisada en todo el mundo, sería una postal muy mala que el partido no tuviera visitantes».

Se trató de una decisión tan sanguínea de Macri que nunca se sabrá si fue un impulso razonado como presidente, inspirado como futbolero o, por qué no, alentado como hincha de Boca. Poco antes del mediodía, el presidente ratificó su apuesta en radio La Red: «Hoy me levanté y dije “Vamos a hacer que esta final tenga el condimento del fútbol argentino”. Vamos a tener una final histórica». Macri también hizo referencia a las semifinales de la Copa de

2004, el triunfo de Boca en el Monumental sin su público: «Acordándome de aquella semifinal con River que ganamos... y un estadio en silencio. No escuchar nada cuando el visitante mete un gol... eso no es el fútbol», agregó.

Mientras Ocampo debía desdecirse en cuestión de minutos, Bullrich salía a justificar la resolución presidencial. «Si vamos a tener el G-20, lo de Boca-River parece algo bastante menor. Y además, sinceramente, estamos preparados. El que no arriesga, no gana», dijo la ministra de Seguridad de la nación. Pero el intento de Macri duraría menos de un día.

Esa misma noche, la del viernes 2 de noviembre, el presidente retrocedió y aclaró que, aunque insistía en que el Estado garantizaba la seguridad, los clubes tomarían la decisión. Como D'Onofrio y Angelici todavía tendían puentes en común, muy pronto acordaron la negativa.

De todas maneras, tampoco faltaba tanto para la próxima referencia de Macri al superclásico. Al término del fin de semana, el lunes 5 por la mañana, el presidente visitó un laboratorio y les preguntó a los empleados cómo estaban para el sábado. «La mayoría somos de Boca», le respondieron. «Esta vez se nos tiene que dar. Este culón de Gallardo...», respondió el presidente.

* * * *

La espera del partido de clubes más grande de la historia también se alimentó de polémicas mínimas y desperdicios mediáticos. Muchos portales sufren el síndrome de Diógenes: acumulan basura en forma de noticia. El lunes 5 la mujer de Lionel Messi, Antonella Rocuzzo, publicó una foto de su hijo Mateo con una camiseta roja con tiras blancas y eso llevó a los medios a sugerir, con mucha imaginación y necesidad de clics, que se trataba de un guiño a River: «La particular vestimenta que revolucionó las redes», «la foto que despertó la simpatía de los hinchas de River» y «el superclásico alteró a la familia del mejor jugador del mundo». Antonella debió confirmar, con otra imagen, que se trataba de una prenda roja y blanca que no aludía a la final.

Al día siguiente, martes 6, dirigentes de Boca anunciaron que no permitirían que River decorara el vestuario visitante de la Bombonera, como lo había adornado en las últimas visitas de la Superliga, y desde algún micrófono se explicó que la medida evitaba la incitación a la violencia.

El ruido mediático del miércoles 7 por la mañana fue que desconocidos pintaron una de las puertas del Monumental: «Tu gente no quiso visitantes, Boca sí». El jueves 8, la AFA lanzó un video en el que se colgaba del

superclásico con el lema «A los argentinos nos pasan cosas inexplicables» y algunos hinchas de River se quejaron porque, en el reparto del guion, a Darío Benedetto le tocó decir «festejala».

Y así el resto de los días, contando las horas como si se tratara de la llegada del hombre a la Luna, hablando de la nada y opinando de todo, como por ejemplo de la «polémica» porque Leandro Paredes, exjugador de Boca, se habría hecho expulsar en el último partido de su equipo, el Zenit de San Petersburgo, para viajar a la Bombonera. Más gracioso fue que el partido entre los periodistas que cubren ambos equipos, organizado para mostrar un mensaje de convivencia, terminó... 0 a 0.

* * * *

Los dos clubes confiaban en el triunfo, pero solo uno lo dejó trascender con declaraciones dirigenciales. Ya el día después del triunfo 2-0 de Boca ante Palmeiras en la semifinal de ida, el vicepresidente Royco Ferrari se había mostrado optimista en una entrevista con una FM de Villa Trinidad, Santa Fe: «Estoy convencido de que, si Boca llega a la final de la Copa Libertadores, ni la selección de Francia campeona del mundo le gana».

En el comienzo de la semana de la final, el lunes 5, el asesor presidencial de Boca, Marcelo London, sumó su certeza en radio La Red: «Doy mi palabra de que vamos a ser campeones de la Libertadores». Y el viernes 9, el día previo a la final (no se preveía el diluvio que postergaría el partido al domingo), fue el turno de un exvicepresidente, Juan Carlos Crespi: «Mañana le rompemos el culo, ganamos 2 a 0, olvidate. (...) ¿Cómo nos va a ganar D'Onofrio? Si la Conmebol me autoriza, yo mismo voy en persona a buscarlo a Gallardo y lo pongo en el banco de suplentes para que después no lloren».

También un exfutbolista, Roberto Passucci, declaró con la clarividencia que tenía para jugar: «En la Bombonera, Boca lo pasa por arriba. Veo un 2-0 o 3-0 como diferencia».

Como nadie se libra de lo que dice, menos los protagonistas del fútbol, con el resultado final en Madrid saldrían a la luz viejas y no tan viejas declaraciones. «Yo no pagaría tanta plata por un jugador sin reventa», había respondido Angelici el 4 de enero de 2018 cuando lo consultaron por los 13 millones de dólares que River pretendía pagar por Lucas Pratto, la compra más cara del fútbol argentino. El presidente de Boca había declarado algo parecido en julio de 2017 sobre las incorporaciones de Enzo Pérez (31 años),

Javier Pinola (34) e Ignacio Scocco (32): «Buen promedio de edad». El archivo también les pasaría factura a algunos jugadores del plantel. Darío Benedetto le había dicho en agosto a Sebastián Vignolo, en Fox Sports: «Me decís (que River es) copero y a mí me agarra risa». Y Mauro Zárate hizo una declaración que se le volvería un búmeran: «Una final River-Boca sería una locura, es un sueño jugar una final así a pesar de que, si perdés, te tenés que ir del país. Para el que pierde es terrible, porque le queda para toda la vida».

* * * *

El superclásico de todos los tiempos también era una oportunidad para leer magníficas piezas periodísticas. El escritor español Enric González, corresponsal del diario *El País* en Argentina, publicó desde Buenos Aires el día previo al partido: «Los futbolistas saltarán al campo boqueando por la responsabilidad y es posible que no ofrezcan su mejor juego, porque lo que está en juego no es la gran victoria, sino la derrota definitiva. Y, como se sabe, las derrotas duran más que las victorias. La gran final será Argentina en estado puro: el exceso, para lo bueno y para lo malo. ¿Cómo no disfrutar loca, absurda, ciegamente de este placer insano, del que los europeos nos privamos hace tiempo?».

Martín Caparrós escribió para *La Repubblica*, de Italia: «Ser hincha es morir de miedo y tener que disimularlo».

Y Jorge Valdano planteó desde España: «Ya que estamos, ¿usted a quién quiere más, al fútbol o a su equipo? No es lo mismo. Es como la diferencia entre amar a la humanidad o amar a la patria. Hay más patriotas que filántropos, porque necesitamos acotar para identificarnos y porque las emociones cada vez mandan más. En Argentina, el amor a los equipos ha puesto al juego en un lugar secundario. Para hacerlo más gráfico: ¿pelota o escudo? La pelota quiere jugar, el escudo solo quiere ganar».

Hasta que finalmente el sábado 10 de noviembre, Argentina —siempre un país de exageraciones— esperaba la final del mundo y se despertó con el final del mundo: a la previa atravesada por la política, la religión y la sociedad se le sumó la llamada de la naturaleza, como si se hubiese contagiado de la atmósfera excesiva del superclásico. El cielo se descargó y en un día llovió la misma cantidad de milímetros —108— que el promedio histórico de noviembre. Los equipos ni siquiera llegaron a los estadios. El de River se quedó en el Monumental y los jugadores de Boca debieron bajar del colectivo

al que se habían subido. En un último intento, el árbitro chileno Roberto Tobar salió a recorrer el campo de juego para comprobar en persona lo que desde la mañana había empezado a quedar claro: que lo más normal sería postergar el partido, aunque no le causara gracia a Isamu Kato, un japonés de Boca que viajó 33 horas para asistir a la Bombonera y debió regresar en la mañana del domingo sin haber visto el partido.

Isamu no sabía que el mundo había vuelto a girar alrededor de River.

5

La empatía

Hubo un día, a la espera del partido de ida en la Bombonera, en que me sorprendí compartiendo con un amigo de Boca confidencias futbolísticas que, en situaciones normales, solo hablaría con gente de River. El viejo mandato de no mostrar debilidades ante los rivales, aparentar fortaleza aunque no las haya, en este caso no tenía sentido. La situación era tan excepcional que los hinchas de River y de Boca nunca habíamos sido tan rivales y, a la vez, nunca habíamos sentido tanta empatía: compartíamos un espacio en común, el de un partido tan pesado que para muchos era como arrastrar un grillete. «No puedo dormir», «esto es increíble» y «voy a pedir ansiolíticos» se convirtieron en súbitas confesiones.

Joaquín, compañero de trabajo, de Boca, un día me preguntó si prefería ganar la final o 5 millones de dólares. «La final», le respondí sin pensarlo, aunque diez segundos después empecé a replanteármelo. «Si te quedás con los 5 millones —me dijo—, te vas a vivir a una isla de Grecia y qué te importa el partido». No se puede hablar mucho tiempo de fútbol sin caer en la estupidez.

Algunos de esos diálogos con amigos de Boca me hicieron muy bien. «Los primeros días la pasé pésimo, pero ahora prometí relajarme y disfrutar todo lo que pueda. Y si perdemos, mala suerte», me dijo Germán, también colega y habitué de la segunda bandeja de la Bombonera que da al Riachuelo, y me ayudó a recordar —aunque sea por unas horas— los secretos que aprendimos en el laberinto de la B: que suele ser peor el miedo a la derrota que la derrota en sí, y que no somos hinchas de un equipo para festejar sus triunfos sino para identificarnos con una causa. Siempre estaremos jugando, siempre seremos River.

Más allá de esos lazos de cofradía excepcionales, que se irían espaciando a medida que se acercaba el primer partido y cada hincha volvía a agruparse en su colectivo, es posible que estos River-Boca hayan sacado lo peor de muchos y lo mejor de muy pocos —y me incluyo en el primer grupo—. En el larguísimo trayecto que faltaba hasta el final de una final que por momentos parecía no tener final, fuimos más egoístas, elementales y patriotas: cultivamos lo que debería llamarse el nacionalismo deportivo. Si el de Argentina es un fútbol en el que sus hinchas se distancian cada vez más de la Selección y se refugian en sus clubes, y en el que el miedo a la derrota es superior al placer del triunfo, el superclásico se convirtió en una cuestión de supervivencia: nunca un segundo puesto tendría semejante sabor a derrota. Importaba más ganar para zafar de las burlas que para levantar la Copa. O dicho de otro

modo: el clásico era la prioridad y la Libertadores, un magnífico premio extra.

En lo personal, por momentos estuve tan insoportable que ni yo me toleraba. Pasé a ser un individuo a disgusto consigo mismo. En mi casa era un zombie desde antes de que los dos equipos llegaran a la final. La noche en que Boca jugó la semifinal ante Palmeiras, me fui a dormir a las 21 para evitar seguir el minuto a minuto del partido. Estefi volvió a casa a las 23 y me anunció: «Los vecinos acaban de gritar un gol». Era de Boca, claro, y quedé desvelado.

Si ya estaba irascible, desde que se confirmó la final entré en modo superclásico: dormí mal, dejé de leer libros y me costó engancharme con algo que no fuera el River-Boca. Una noche fuimos al cine a ver la película de Freddy Mercury y me encantó porque, por primera vez en el último mes, pasé dos horas sin pensar en fútbol. «Superclásico, devolveme la vida», escribí en un tuit. «Entre las víctimas del superclásico hay que incluir a las miles de neuronas que estamos perdiendo por minuto», agregué en otro. Escuchar a compañeros cuyo pálpito oscilaba como un electrocardiograma tampoco ayudaba a distenderme: «Les ganamos», decían un día. «Tengo un mal presagio», dudaban al otro. «Los pasamos por arriba», volvían al siguiente.

Como los partidos se juegan en la cancha y en las afiebradas mentes de los hinchas, y también en los medios y en las redes sociales, cuando mejor la pasaba era en los pocos momentos en que conseguía aislarme de la televisión y los grupos de whatsapp de River. En La Trezeguet, un día escribieron 900 mensajes. Podían alternar, por ejemplo, entre la recuperación de Ignacio Scocco, la nominación del chileno Tobar como árbitro del primer partido y el recuerdo de qué jugadores estaban en peligro de perderse la revancha por exceso de amonestaciones.

El humor negro —infaltable— vendría algunos días después, cuando alguien creyó ver un buen augurio en la muerte del expresidente David Pintado porque «la mamá de Gallardo murió antes de la semifinal con Boca en la Sudamericana 2014». En mi alienación, me aferré a lo que nunca había hecho en mi vida de hincha, una promesa si ganábamos: tatuarme —también por primera vez— el nombre, las iniciales o algo referente al autor del gol del eventual triunfo.

También le comenté a un amigo la encuesta que había escuchado en un programa de radio, respecto de si los hinchas aceptaban ganar el clásico a condición de no tener relaciones sexuales en los próximos dos años, y Esteban redobló la apuesta: «Por los próximos diez». Sumé a mi hijo de dos años y

medio, Félix, al universo de las cábalas gallinas: para acortar la espera, nos juntamos en un bar con Eduardo y Joaquín antes de la primera final y, como llevé a Félix —dormido en el cochecito— y luego interpretaríamos el 2-2 en La Boca como positivo, los cuatro volvimos a reunirnos antes de la frustrada revancha en el Monumental y de la definitiva del Bernabéu. Estefi me decía: «Es tarde, no lo llesves», pero le hice entender que la presencia de Félix era importante para todos.

También tuve raptos filosóficos y reflexioné ante Emiliano —el amigo que me había visto desorientado por el triunfo ante Grêmio— sobre por qué nos obligamos a ganar siempre, por qué no nos llevamos mejor con la posibilidad de la derrota. Ser hincha, y más en estos partidos, también es permitirse cierta idiotez, un acuerdo tácito con uno mismo para consentirse un comportamiento púber.

Por la tensión acumulada —como si la final fuera un chip insertado en mi cerebro o una piedra enquistada en mi pecho—, hubo un día en que salí a correr para despejarme, y guardé el DNI en el bolsillo del pantalón, como si temiera descompensarme en el camino. Otra tarde, llevando a mi hijo al jardín de infantes en bicicleta, se me endureció el cuello de repente: no estaba pensando en los reclamos de los chalecos amarillos en Francia sino en el River-Boca al caer.

Sé que otros la pasaban peor: Mariano, un amigo con antecedentes cardíacos, estuvo siete horas en un hospital haciéndose chequeos (aunque la psicóloga le dijo: «Una cosa son los infartos y otra el dolor de corazón por River»), mientras que Pipo, un habitual compañero de la Centenario alta, de asistencia perfecta en la Superliga, me dijo que no iría a la revancha en el Monumental porque es hipertenso y temía un desastre.

Una tarde tuve que salir a comprar un sedante natural y la farmacéutica me habló de las bondades del producto, de cómo debía tomarlo para que me regulara el sueño, y hasta me recomendó un té de Oriente que optimizaría mi descanso, mientras yo solo quería decirle que era un hincha de River al borde de un ataque de nervios por el partido de todos los tiempos.

Uno de los grupos de whatsapp se convirtió en un rejunte de cuarentones buscando una ayuda a la que no solemos recurrir: ansiolíticos. Alguien le pidió una receta a un familiar médico y se encontró con una negativa: «Te doy tranquilizantes pero para algo importante, no para un partido de fútbol», como si no supiéramos distinguir entre lo trascendente y nuestra pasión. En muchos de esos momentos, más que el triunfo de River, lo que realmente quería era

que la final se terminara de una vez y para siempre. Sabía que estaba siendo injusto con mi familia y que mi conexión con el mundo había quedado arrasada bajo la ola del tsunami de aguas rojas y blancas.

Hasta que, ya a pocas horas del partido en la Bombonera, aun ratificando mi rechazo al delirio de definir una Libertadores contra Boca —y cerrar en casa—, preferí ver el lado lleno: «Estuve pensando —les escribí a mis amigos—. Si perdemos, al menos por varios años no habrá discusión: Boca nos habrá superado. Pero si ganamos, se revierte lo que pasó entre 2000 y 2011, nos sentamos en la misma mesa e incluso volvemos a presidirla. Si el descenso es una mancha que no se borra, esta final tampoco. Nosotros arriesgamos los últimos cuatro años maravillosos, pero ellos arriesgan paternidad, sus Libertadores y hasta nuestro descenso. En ese sentido, aunque sea a riesgo de un “hasta nunca”, nos conviene. Tenemos que ganar». Y por primera vez después de mi desesperación inicial, ya aceptando que la final era un hecho consumado, me permití imaginar un final monumental.

6

El empate

Un especialista en gestos y lenguaje no verbal habría decodificado enseguida que River pisó la Bombonera confiado en su autoridad: fue notable cómo el Pity Martínez caminó en paralelo a la platea baja de Boca, mientras se dirigía hacia la manga por la que los dos equipos y la terna arbitral debían ingresar en conjunto, mirando a los ojos de los hinchas locales. Desconfíen de los planteles que entran a los saltos o con arengas desmesuradas: la del Pity fue la estampa de quien controla la situación y mira de frente al peligro, no por los hinchas en sí —de impecable comportamiento— sino por lo que Boca y la Bombonera representaban en ese momento: una final de Libertadores.

Aunque las estadísticas ubican al Monumental como ligeramente más infranqueable (en todas sus presentaciones como local, por campeonatos locales e internacionales, River tiene un 62% de triunfos, 23% de empates y 15% de derrotas en su casa, contra el 61%, 24% y 15% de Boca como anfitrión), de las tribunas verticales y cercanas al campo de juego de la Bombonera se suele decir que actúan como una escenografía intimidante para los visitantes. Pista de atletismo mediante, 32 metros separan a los arcos del Monumental de sus tribunas cabeceras, mientras que en la cancha de Boca hay solo 7 metros de distancia. Respecto al banderín del córner, lo más cercano que un hincha puede estar en el estadio de River son 19 metros, contra apenas 4 de la de Boca. Y en mitad de cancha, un plateísta del Monumental se ubica a 30 metros del campo de juego, mientras que en la Bombonera lo hace a 4 (en el lado de los palcos) o a 11 metros (en la platea).

Por el protocolo de la Conmebol para un partido diferente al resto, los jugadores de River salieron de la manga visitante, caminaron hacia el sector de las plateas y desfilaron a un par de metros de los hinchas locales: el Pity mantuvo la mirada hacia la tribuna, firme pero sin gestos provocadores, como diciendo «acá estoy de nuevo». Un domador de leones debería mirar el video en YouTube. En la Bombonera no lo respetaban por su currículum sino por su prontuario: llevaba

2 goles en sus últimas dos visitas, el 3-1 de 2017 y el 2-0 de septiembre de 2018, pero además había convertido el penal que abrió la Supercopa de Mendoza, en marzo, y en los octavos de final de la Copa 2015 había sido la víctima del penal que le cometió Leandro Marín y que convirtió Carlos Sánchez para el 1-0 que antecedió al gas pimienta.

Cuando los dos planteles se unieron debajo del inflable por el que debían entrar al campo de juego, la voz del estadio de la Bombonera anunció: «El

partido más esperado, el que quedará marcado en la historia del fútbol mundial».

* * * *

En realidad, la primera imagen del domingo 11 de noviembre había quedado registrada puertas adentro del estadio, un par de horas antes, junto con el ingreso de los utileros de River. La escena, que recién se divulgaría por la noche, fue sugestiva: como si se tratara de la versión argentina de CSI La Bombonera, cuatro efectivos de la Policía de la Ciudad, con sus chalecos celestes, requisaron baúles en los que se ven perchas, calzoncillos, camisetas y pantalones que utilizarían los jugadores, mientras otros policías custodiaban la puerta del vestuario visitante. Si buscaban cotillón rojo y blanco —las banderas, los carteles y las gigantografías con las que habían ploteado el lugar en el partido anterior—, parecían desconocer las medidas de aquellos adornos. «Tratar el vestuario como si fuese un reducto de delincuentes es fuerte», se quejó el secretario general de River, Ignacio Villarroel, quien aceptó que había conformidad en que su club no decorara el vestuario visitante, pero negó que se hubiera acordado el ingreso de la policía, «y de semejante manera», redobló.

Fue tan minuciosa la revisión que no solo llevó al jefe de Gobierno porteño, Horacio Rodríguez Larreta, a pedir disculpas «por si alguno lo tomó a mal y se sintió sensibilizado», sino que muchos interpretaron que el personal de seguridad estaba buscando algún tipo de dispositivo electrónico que facilitara la comunicación durante el partido entre Marcelo Gallardo, impedido por la Conmebol para ingresar a la Bombonera, y sus colaboradores. No encontraron nada.

Cómo hizo el Muñeco para estar en contacto con Matías Biscay y Hernán Buján son infidencias que recién se divulgarán con el tiempo, en un relato más reposado y menos urgente que este. ¿Algún reloj conectado con un iphone? ¿Un empleado de seguridad como posta informativa?

* * * *

En la terraza de un edificio de Del Valle Iberlucea y Brandsen, a 30 metros del estadio, una chica vestía una de las camisetas alternativas de River, la tricolor a rayas verticales. Desde su posición, arriba de un séptimo piso, aprovechaba

la baja altura de los palcos para pispear una porción del césped de la Bombonera. Hasta que los jugadores salieron a la cancha, era el único pedacito rojo y blanco en comarca ajena. Se llama Marisol Borda y, si algún día se hiciera el monumento a las hinchas de River, no habría que olvidar su nombre.

* * * *

River salió a la cancha con cinco defensores por primera vez en la Copa: Gonzalo Montiel, Lucas Martínez Quarta, Jonatan Maidana, Javier Pinola y Milton Casco como custodios de Franco Armani. Los jugadores sabían la formación hacía algunos días, pero se habían juramentado, junto con el cuerpo técnico, no dejarla trascender: los últimos Boca-River habían estado signados por las variantes tácticas de Gallardo que Guillermo Barros Schelotto no pudo contrarrestar. Sin embargo, algunos periodistas —por fuera de los que cubren River— tuvieron acceso a esa novedosa línea de cinco un par de días antes de la final y la divulgaron en sus medios. Dentro del club entraron en cólera: ¿cómo se había filtrado ese dato que debía ser una sorpresa para el entrenador de Boca hasta minutos antes del partido? ¿Quién lo había dejado trascender? Las miradas apuntaron a un representante con jugadores en los dos equipos.

* * * *

Desde su estreno en 1904, un triunfo 1-0 como local contra General Mitre, fugaz club de Palermo que pronto se desmembraría, River jugó 6156 partidos. La suma, a cargo del historiador riverplatense Marcelo Petrone, incluye presentaciones oficiales y amistosas, de ligas y de copas locales, y de torneos internacionales en vigencia y ya desaparecidos. Decenas de esos partidos valieron títulos, hazañas indelebles e ídolos atemporales. También hubo empates perdidos en el tiempo, jugadores random y cicatrices que primero dolieron y después ahondaron la identificación. Además, cada hincha podría armar su lista de 100 partidos preferidos y posiblemente priorice algunas tardes de mayor valor personal que deportivo, como su primera vez en el Monumental o el día en que se abrazó con su padre después de un gol olvidado por la mayoría. Pero en el momento en que Ramón Ábila tocó para Wilmar Barrios y comenzó la final de las finales, no solo al fin se comprobaba que el Boca-River de la Libertadores era cierto y no una ficción argentina, sino que

esos 6156 encuentros anteriores, incluida la reciente hazaña en Porto Alegre, quedaban minimizados frente al partido que acababa de comenzar y su segundo capítulo, la revancha prevista para el Monumental el sábado 24. Los libros de la historia de River no desaparecerán pero deberían reescribirse alrededor de lo que estaba por ocurrir.

* * * *

A veces los equipos reflejan en el césped la doctrina de sus técnicos y la gestión de los clubes, y algo de eso ocurrió desde el primer minuto.

Aun sin el cacicazgo de Leonardo Ponzio, lesionado, River se desenvolvió en la Bombonera con un intento de juego más colectivo, una suerte de cooperativa, bajo el lema de Los Tres Mosqueteros: uno para todos y todos para uno. También sus delanteros defendían como hienas si debían hacerlo (en el partido de la Superliga, Pratto se había inmolado por la derecha y abandonó la cancha sin haber pateado al arco, pero cumpliendo una función grupal). River era más espontáneo, tenía la pelota, la hacía circular por Exequiel Palacios y el Pity Martínez, generaba una búsqueda. Sus jugadores rotaban, se reemplazaban a sí mismos: en el viejo esquema del fútbol, con el 8 como volante derecho y el 10 como enganche o volante por izquierda, ¿cuál sería el puesto del Pity y cuáles serían los de Juanfer Quintero y Nacho Fernández, quienes ingresarían en el segundo tiempo?

Del otro lado, Boca se desplegaba como un plantel de mercado: si se le rompe un jugador sale a comprar otro, la individualidad como respuesta a los problemas que le genera el rival, la figura antes que el equipo y una acumulación sideral de delanteros que al habitual debate de quiénes serían titulares se sumaba el inusual dilema de quiénes quedarían afuera del banco de suplentes. El local también se mostraba algo más replegado en el planteo, prescindiendo de la pelota y apostando al contragolpe para el pie asesino de sus delanteros, tipos en estado de gracia que se rascan el ombligo y convierten un gol.

Si el fútbol se valora con juego, pero se mide con goles, el Boca-River se presentaba como un simposio abierto: ¿qué es más determinante, el juego o los goles? Casi por decantación, River generó más —el arquero Agustín Rossi fue la figura del primer tiempo—, pero Boca pegó antes con un doble estiletazo de Ramón Ábila, primero de derecha y después de zurda. Fue a los 35 minutos y 12 segundos, aunque no le sirvió de mucho. Enfrente tenía como rival a uno de

esos muñecos de feria de diversiones a los que hay que derribar a pelotazos para ganarse un premio, y nadie puede tirarlos: rebotan en el piso y se levantan de inmediato. A los 37 minutos y 2 segundos, 110 segundos más tarde, Pratto recibió un pase de escuadra del Pity, se llevó la pelota a los ponchazos y empató la serie por primera vez. No sería la única.

* * * *

Whatsapp de Diego, colega y amigo, hincha de Boca: «Tengo un amigo, Carlos, gallina, que en el gol de Pratto se descompuso, tiró a la mierda al perro que tenía en la falda y la mujer le dijo que si seguía jodiendo le apagaba la tele y lo llevaba al hospital. Este tarado de mi amigo salió como un animal a gritarle el empate de Pratto al vecino, que es de Boca y le prende la alarma vecinal cada vez que Boca hace un gol».

* * * *

Las asociaciones en defensa de los animales deberían tomar medidas en clásicos como estos (si es que vuelven a repetirse). Escribió @sextavirgen en Twitter: «Bueno, chicxs, sus festejos por un partido de mierda le provocaron un infarto a mi perra y se murió en el lavadero de mi casa. Por mí, todos ustedes se pueden ir a la mierda. Ojalá se mueran ustedes la próxima vez que prendan un petardo».

Le respondió @davidpeltu: «Pobre perro, se pierde el partido de vuelta».

* * * *

Mensaje de Nicolás, amigo de River: «Tuve que ver el partido en el casamiento de mi prima, que el sábado a la tarde, cuando el partido se postergó un día, se quería matar. Encima la fiesta era en un salón del hotel Intercontinental, donde se concentraba Boca. A último momento pusieron pantallas gigantes. Había más de 400 personas, en un lugar enorme. Los hinchas se gritaban los goles de mesa a mesa. Estuvo picante».

* * * *

En la historia de los clubes hay entresijos que se conectan con hilos imperceptibles. En 1986 y en 2015, River se consagró campeón de América con el aporte medular de dos delanteros de área que, a pesar de sus diferentes estilos de ataque (Juan Gilberto Funes lo basaba en su fortaleza física y Lucas Alario, en su calidad técnica), quedaron unidos por una serie de coincidencias. Si bien lo central es que convirtieron goles en las definiciones ante América de Cali y Tigres de Monterrey, la referencia colateral es que, antes de llegar a River, en algún momento de sus carreras habían declarado que de chicos eran hinchas de Boca: Funes en San Luis y Alario en el límite entre Santa Fe y Santiago del Estero. A los 37 minutos del partido de ida, Lucas Pratto golpeó la puerta de ingreso al exclusivo salón de centrodelanteros, autores de goles en finales de Copas, campeones de Libertadores con River y, de niños, hinchas de Boca. Aún a la espera de la revancha, su carta de presentación tenía un valor agregado insuperable: en la simbología de River, golpear la Bombonera es hacerlo en la Estrella de la Muerte.

El comienzo de la canonización de Pratto —una miscelánea entre la potencia de búfalo de Funes y el retroceso de Alario fuera del área— es una buena lección para evitar malos entendidos en la hipérbole del hincha: aunque es lógico sentir mayor empatía inicial hacia Enzo Pérez, Franco Armani o Javier Pinola, tres jugadores que desde chicos «sienten como nosotros», esa identificación termina en el primer minuto en que los futbolistas salen a la cancha. Cristian Fabbiani también era de River y terminó como un emblema del descontrol que llevó al club al acantilado. El profesionalismo de Pratto es similar al de muchísimos otros casos en la historia: Carlos Bianchi hinchaba por River en su infancia, Guillermo Barros Schelotto idolatraba al Beto Alonso y quería jugar en River, el propio Beto era de Racing y Ricardo Bochini alentaba a San Lorenzo antes de entrar en la historia del fútbol argentino como patrimonio de otros colores, a veces los antagónicos de origen.

La otra toma de judo habitual del fútbol son los jugadores rechazados por clubes a los que más tarde convierten en sus víctimas, una especie de justicia retributiva por aquella negativa inicial. Como si fueran enviados por la diosa vengadora de la mitología griega, Némesis, las biografías de Pratto y el Pity Martínez también están construidas de un momento en que Boca los desestimó.

El caso de la compra más cara de la historia de River es el más conocido: llegó desde Cambaceres a las inferiores de Boca, arrancó en Sexta División y

jugó un par de partidos en Primera durante 2009, ninguno como titular, pero pronto entendió que no tendría lugar detrás de Martín Palermo y comenzó a peregrinar. En 2012, cuando llegó a Vélez ya con nombre propio, tenía 24 años y acumulaba rodaje en Noruega, Italia, Chile, Tigre y Unión: su club de procedencia había quedado muy atrás.

El rechazo de Boca al Pity Martínez —hincha de River por su padre, Luis— fue menos divulgado. Goyo Carrizo, el primer compinche de Maradona en Villa Fiorito, lo descubrió en Mendoza y le consiguió un par de pruebas en clubes de Buenos Aires, una de ellas en la Casa Amarilla. Tenía 13 años. Su pierna izquierda ya hacía con la pelota lo que le ordenaba la cabeza, pero le faltaba desarrollar el físico. Los encargados de las inferiores de Boca vieron el vaso medio vacío. «Me dijeron que era buen jugador, pero muy chiquito, y que Boca no esperaba», recordó Carrizo ante el periodista Diego Borinsky, en *El Gráfico*.

Si el 1-1 de River en la Bombonera ya había surgido entre el código compartido por Martínez y Pratto, el segundo empate tuvo una composición similar. Boca ganaba 2-1 desde el último minuto del primer tiempo, cuando en su segunda llegada del partido marcó el segundo gol con un Darío Benedetto en llamas: también había convertido tres veces en sus únicos tres remates al arco en semifinales, en la Bombonera y el Allianz Parque del Palmeiras. El 2-2, a los 15 minutos del segundo tiempo en la Bombonera, se puede dividir en tercios: centro con rosca de Martínez, salto de Pratto sin tocar la pelota y peinada fatal de Carlos Izquierdoz para dejar sin reacción a Rossi. Nunca un gol de Boca le valió tanto a River.

* * * *

«La final de la Libertadores ha servido para que los odiadores del fútbol moderno encuentren una concreción de sus añoranzas —escribió el columnista David Gistau en *El Mundo* de España—. Estadios donde el hincha predomina sobre el turista y donde al ir se asume una cuota de peligro. Odios antiguos, tipos que aplazan su boda o que pasan por el cardiólogo, como hizo el Tano Pasman, para que les certifiquen que están en condiciones de vivir la final. Jugadores a los que el primer plano descubre hirsutos y lombrosianos, en los que el barrio predomina sobre el estilista, no como aquí, donde hay una mutación paulatina hacia el póster en *Superpop*. Es un fútbol adulto y bravío, sin un atisbo de Disney que, como el que conocimos en los 80, es para vivirlo

con los amigos. Esto ya es difícil de ver en España, donde hasta a los golpes de Estado se va en familia. Pero el descubrimiento que nuestros aficionados han hecho, atraídos por el magnetismo de un Superclásico sobre el cual lloró algún dios monzónico, es comparable al de las tribus primigenias e intactas que de vez en cuando detecta y fotografía un avión que sobrevuela el Amazonas. Esto era el fútbol, para bien y para mal. Esto era el hombre cuando bailaba alrededor de la hoguera. Y nos da un pellizco de envidia algún instinto al que no acaba de complacer que nuestras finales hayan ido derivando hacia un espectáculo a lo Superbowl, en el que te sale una moza a cantar en el descanso. Esto era el fútbol y de otro modo no se entiende la fascinación por unos futbolistas que, o no son lo bastante buenos para haber conseguido un contrato en Europa, o son jóvenes y lo están esperando, o ya son tan viejos que regresaron de allí».

El primer comentario de un lector a ese artículo, titulado «Boca-River: el fútbol era esto», fue firmado por Burlesque y hacía referencia a una leyenda argentina, Alfredo Di Stéfano, el único técnico que salió campeón con River y Boca: «Di Stéfano dijo: El fútbol de verdad se acabó cuando entró el primer secador de pelo a un vestuario».

Los centrales de River, Maidana y Pinola, no lo necesitan.

* * * *

Cuando Franco Armani saltó a la Bombonera para ejercitar lo que los relatores radiales llaman «la entrada en calor», la gente de Boca intentó agujerearle la confianza. «¡Borombombón, borombombón, te quedó grande la Selección!», le cantaron al arquero de River, recordándole los cuatro goles que Francia le había convertido en los octavos de final de Rusia 2018. Un año antes, Armani era una referencia lejana en el fútbol argentino: hacía una década había atajado un partido en Ferro y un par de temporadas en Deportivo Merlo, entre la B Metropolitana y la B Nacional. La multitudinaria despedida que los hinchas de Atlético Nacional le habían tributado en diciembre de 2017 era difícil de decodificar a la distancia: ¿un estadio lleno para reconocer a un arquero? Pero sus primeros meses en Argentina aclararon esa duda. El recorrido de River en la Copa no se explicaría sin Armani: fue el arquero con más atajadas del torneo (36) y con más despejes (16). También permaneció 7 partidos invicto, pero lo que quedará en el recuerdo son tres intervenciones prodigiosas, una por serie, en el recorrido final de la Copa: desde el piso a

Emmanuel Gigliotti, por los cuartos de final contra Independiente; aguantando en el mano a mano a Everton, por las semifinales frente a Grêmio, con River 0-2 en el global; y dando tres pasos al frente contra Benedetto en la Bombonera, a los 89 minutos y 39 segundos. Si será la atajada más santificada en la historia de River es un juego al que hinchas y periodistas se prestarán en los próximos años, pero, así como Marcelo Barovero se convirtió en una figura atemporal gracias al penal que le desvió al mismo Gigliotti en el superclásico de las semifinales de la Sudamericana 2014 (de haber sido gol, River habría quedado obligado a descontarle dos goles a Boca), Armani acababa de llenar el formulario para sentarse en la misma mesa que el Pato Fillol, Amadeo Carrizo, Nery Pumpido, el Mono Burgos y el propio Barovero. Sin arquero no hay paraíso.

* * * *

La última final de Copa Libertadores que se había jugado de tarde había sido en 1987, cuando Peñarol y América de Cali desempataron en el Estadio Nacional de Santiago de Chile. Hasta entonces, a igualdad de puntos en los partidos de ida y vuelta, la diferencia de goles no definía al campeón: los colombianos habían ganado 2-0 en Cali y los uruguayos, 2-1 en Montevideo. Peñarol se consagró de tarde y en país neutral, una doble experiencia que ya no se repetiría: en 1988 la cantidad de goles pasó a definir en caso de equidad de puntos —y Newell's sufriría el cambio reglamentario ante Nacional de Uruguay—. Treinta y un años después, la final de la Copa volvió al horario vespertino porque, por primera vez en su historia, el partido tenía impacto global. La Conmebol comercializó los derechos de transmisión a Europa a cambio de ceder horarios centrales para el público mayoritario: los televidentes. El rating fue extraordinario —300 000 personas vieron el partido en España en un canal de pago—, pero la atmósfera en la Bombonera resultó algo extraña.

Lo diría, a la semana siguiente, un excampeón de América, Aníbal Matellán: «No fue la cancha de Boca que es normalmente (...). En el sentido del aliento, no en lo táctico o de juego, me parece que la gente de Boca no usó la cancha en todo su potencial». Es cierto que el público —de cualquier equipo— está más tenso en las finales y que la producción del equipo local no motivó especialmente a su gente, pero no habría que descartar el subjetivo efecto óptico que producen los partidos nocturnos, como si fueran más

dramáticos, con estadios más intimidantes. Más allá de la descomunal tensión y catarsis que se palpaba en el ambiente —como todo clásico, pero más—, es posible que la función vespertina por momentos haya hecho parecer la final de la Copa como un partido de Superliga. Esa impresión también podría alterar la revancha en el Monumental. Era tan cierto que River le había ganado 1-0 a Boca las últimas dos definiciones internacionales, ambas nocturnas en 2014 y 2015, como que en Superliga —siempre de tarde— no le ganaba como local desde 2010.

Cuando el partido terminó 2-2, una amnistía de guerra hasta la revancha, Carlos Tevez olfateó un halo de resignación e intentó levantar a su equipo, mientras algunos hinchas lanzaban en las tribunas: «En la cancha de River vamos a ganar y la vuelta vamos a dar», aunque no prendió demasiado. «Tevez intenta animar a sus compañeros sobre el césped. Sin embargo, algo ha pasado —escribió Enric González, en un texto titulado “Más sufrimiento que fiesta”—. “River, cagón”, berrea un chaval, con una vieja camiseta de Boca y al borde de las lágrimas, a la salida del estadio. Muchos otros salen silenciosos».

* * * *

El futbolista de mirada calma antes del partido fue el hombre de palabras sensatas al final. «Dejame mandar un beso grande a la familia de los chicos fallecidos en la ruta, una noticia muy triste para todos. De parte mía y del plantel (queremos) mandarle un abrazo grande a la familia», dijo el Pity Martínez, en Fox Sports, todavía en el campo de juego, un par de minutos después del partido, en referencia a los cuatro hinchas de Boca que habían muerto el día anterior en un accidente de auto camino a la Bombonera, a la altura de Cañuelas y procedentes desde Rawson.

El periodista que lo entrevistó era Juanky Jurado. «Lo que se vio en televisión fue una parte pequeña de la charla —recapituló Juanky—. Yo le había preguntado por la lealtad que hubo en el partido entre los jugadores. Me refería a que había visto que, cuando estaba por patear un córner, desde un palco le tiraron un vaso de café caliente, un palo de bandera y una botellita de gaseosa con la mitad del líquido en su interior, y el Pity igual pateó el tiro de esquina, no paró la acción. Yo estaba ahí y vi que en el palco de la esquina había plateístas que se peleaban entre ellos e insultaban al que había arrojado las cosas, que se metió para el fondo. Le pregunté esto al Pity y me dijo que se

conocen con los jugadores de Boca y que habían hablado en la semana con la intención de bajar los decibiles para que el partido se jugara con el máximo de lealtad. Y entonces él me pidió de mandarles saludos a los familiares de los fallecidos».

* * * *

A esa hora, en el otro punto caliente de Buenos Aires, los cientos de socios de River que habían visto el partido en las pantallas gigantes de La Máquina, la confitería ubicada en el anillo del Monumental, salieron al playón para desahogarse. Muchos de ellos habían organizado el banderazo que había despedido al plantel rumbo a la Bombonera, a excepción de Marcelo Gallardo, que debió quedarse en el club. Sancionado por haber irrumpido en el vestuario del Arena do Grêmio durante un entretiempo —partido para el que ya estaba suspendido porque en la ida, en el Monumental, River había tardado en volver al campo de juego para el segundo tiempo—, no podía ingresar a la cancha de Boca y el técnico acababa de seguir el 2-2 en la concentración del plantel, en el segundo piso del estadio. Al escuchar los gritos de la multitud, que pedían su saludo, Gallardo salió al balcón. Parecía un líder detenido agradeciendo a la militancia.

En la emoción, el entrenador cantó junto con su gente: «En la cancha de River vamos a ganar y la vuelta vamos a dar», un gesto que a los pocos minutos reabriría la fábrica de falsas polémicas. «Se enojó Boca; el que canta último...» titularía *Olé* el martes 13, con una bajada que hablaba de enfados: «El mundo Boca explotó contra el festejo de Gallardo en el balcón: “¿Qué festejan?”. El plantel cambió el ánimo y se motivó: quiere ya la revancha».

El partido del domingo recién terminaba y comenzaba ya el otro partido, el que se juega de lunes a sábado. Un par de horas más tarde de ese puñado de segundos en los que el entrenador había saludado a los hinchas, el colectivo de River volvió al Monumental y fue recibido festivamente —como también había sido despedido—. Un detalle llamó la atención: faltaba una de las ventanas del piso superior del vehículo. A la altura de Garay y 9 de Julio, una piedra lanzada por hinchas de Boca había roto el vidrio del asiento que ocupaba Germán Lux, aunque la buena suerte y los recaudos del plantel —las cortinas estaban corridas y le sirvieron de protección— evitaron que las astillas lesionaran al arquero.

* * * *

Yo también estuve en la Bombonera: vi el partido en el palco de la prensa, en el sector de periodistas extranjeros, cubriendo el partido para *El País*. Por la diferencia horaria, tuve que escribir el comentario en tiempo real y lo envié a España con suma urgencia, apenas Tobar marcó el fin, para que alcanzara a salir en la edición de papel del domingo. Un par de minutos más tarde, ya más tranquilo, algunos de los enviados especiales me contaron fascinados sus impresiones. Para muchos de ellos era su primera vez en el fútbol argentino y habían retenido imágenes que les parecían muy curiosas. Seguían sorprendidos, por ejemplo, por la «paz de cementerio» que se produce cuando un equipo visitante convierte un gol. «Es como una película de Chaplin: unos muñequitos saliendo a festejar sin que nadie los escuche», decía uno de ellos, cuando alguien desde detrás me tocó el hombro: «Ey, Andrés».

Era Sebastián, un hincha de River que había estado infiltrado en la Bombonera y ya enfilababa para la escalera. A mi pregunta de «¿qué hacés acá?», sonrió y me dijo al oído, como si me estuviera por contar un secreto, la pócima de la felicidad que alegraría a generaciones y generaciones: «Con la Armani acabamos de ganar la Copa».

Y yo también salí de la Bombonera como si River hubiera ganado 2 a 2.

7

El desastre

El sábado 24 de noviembre a las 12, cinco horas antes del horario previsto para el comienzo de la segunda final, me despedí de mi mujer como si partiera a un territorio distópico, a las páginas de una novela de Ray Bradbury. «Te quiero mucho, espero que salga todo bien», le dije con aire alarmista, genuinamente preocupado. No imaginaba que el salvajismo golpearía en un par de horas contra el colectivo de Boca, pero sí sospechaba que, de alguna u otra manera, el día podía terminar mal. Más allá del equipo que ganara, algún desastre se desataría en el Obelisco, en los alrededores del Monumental, en cualquier esquina de Buenos Aires o en el resto del país: una discusión mortal en un bar de Misiones, un auto quemándose en un pueblo de La Rioja.

Le pedí a Estefi que, si por la tarde salía de casa con Félix, de dos años y medio, le sacara la camiseta de River que le había puesto por la mañana.

—Prometeme que termina todo hoy —me dijo mi mujer.

—Me lo prometo a mí mismo. No soporto más esta final —le respondí.

Y era cierto: hacía rato que estaba saturado, con el pecho entumecido. En las dos semanas que habían pasado desde el partido en la Bombonera, apenas había podido distraerme. Todos los días —varias veces— me intoxicaba con el bombardeo de noticias relacionadas con el partido: decenas de subtemas copaban la agenda digital. Cuando no era la visita motivacional al plantel de Boca de un superviviente de la tragedia de Los Andes era la cuenta oficial de Twitter de Boca que reproducía un video de una cuenta partidaria en el que aparecía escrito «Riber» en vez de «River», o la historia de Matías, un socio del club recientemente desocupado que había decidido no revender su entrada sino cambiarla por una oportunidad de trabajo. Y enseguida voceros de River sugerían sospechar de uno de los árbitros asistentes de la revancha y más tarde portavoces de Boca respondían con temores sobre el árbitro, el uruguayo Andrés Cunha. Acaso la única noticia real, el desgarró de Ignacio Scocco, se perdía entre los falsos rumores de la titularidad o no de Carlos Tevez, mientras la dirigencia de Boca dejaba al borde de la tragedia a los miles de hinchas que colapsaron la Bombonera en el último entrenamiento a puertas abiertas, el jueves 22. Si hay momentos en que uno se pregunta si el fútbol vale la pena, la previa del partido en el Monumental fue uno de ellos.

Al menos esa mañana del sábado 24 me distendí cuando un amigo alemán, Jan, líder de la hinchada del Borussia Dortmund, llegó a casa. Hacía cuatro años que no nos veíamos. El viernes había aterrizado procedente de su país, junto con Will, un compañero de trabajo, para ser testigos de la final de la

Copa. Nada los detendría: en la reventa habían comprado dos entradas para la Centenario alta a cambio de 27 000 pesos. Conocía a varios migrantes por 90 minutos, algunos amigos míos —Alejandro había llegado el jueves desde Suiza y el Chino Tortolini desde España—, pero a diferencia de ellos, argentinos e hinchas de River, Jan voló porque es un fanático del fútbol y esta final le parecía una bendición.

Entre 2007 y 2012 había vivido en Argentina y visitado más de 200 estadios de todas las categorías, entre equipos de Primera División, el ascenso y las ligas locales: los 66 de Buenos Aires y el conurbano, y varias decenas más del interior.

Una noche de marzo de 2012, yo estaba en el estadio de Huracán de Corrientes trabajando para *La Gaceta* de Tucumán, en la cobertura de un partido sin historia entre Boca Unidos y Atlético, cuando alguien me gritó desde los escalones superiores: «Hola, Andrés». Me di vuelta y era Jan. Alto, rubio, muy alemán, parecía un alienígena en la B Nacional. Reaccioné con la pregunta obvia, que qué hacía ahí, y se ofendió: «¿Cómo qué hago? Acabo de llegar de Resistencia, a la tarde fui a ver a Sarmiento de Chaco y empalmé con este partido». Al rato le dije que yo volvería por la madrugada a Buenos Aires, en un colectivo de las 5 de la mañana, y me volvió a mirar como si le faltara el respeto: «¿Estás loco? Mañana me voy a Formosa, que juega Sportivo Patria».

Más de seis años después, en la mañana previa al partido de todos los tiempos, Jan le respondió a Estefi con palabras similares cuando ella le preguntó si había llegado a Buenos Aires solo para la final: «Pero claro, ¿cómo me iba a perder un River-Boca por Libertadores? Igual aprovecho y me quedo unos días: el lunes voy a Defensa y Justicia-Tigre y el miércoles al River-Gimnasia de Copa Argentina en Mar del Plata». Pero donde Jan veía fascinación, yo sentía hastío: «Este partido es una puta mierda, lo odio. Que termine ya», le decía, y él y su amigo se doblaban de la risa.

* * * *

Salimos hacia el Monumental. En las 30 cuadras que teníamos que caminar hasta el punto de encuentro con otros amigos, fue como si Jan y Will anduvieran en los jeeps que trasladan a los turistas por los safaris africanos. A los ojos del mundo, somos el Parque Kruger o el Serengeti del fútbol. Aunque no era el caso de Jan, futbolero auténtico, el partido despertó mucho interés en

el extranjero porque era la oportunidad de ver a los animales en su hábitat natural. Los animales, por supuesto, éramos nosotros. Algunos, los fanáticos que no les tiramos piedras a un colectivo ni gas pimienta a un jugador, podríamos ser las cebras o los antílopes, los mamíferos mayoritarios y más desprotegidos, que se mueven en grupos para defenderse, mientras que a los barras, algunos policías y los grupos de desquiciados —hinchas de su club o infiltrados políticos— les cabría el papel de leones, los reyes de la selva.

Cuando cruzamos la avenida Crámer, ya a la par del público que peregrinaba hacia el estadio, un hincha de Boca nos gritó «gallinas de mierda» desde una moto que aceleraba. Un par de River le respondieron y amagaron correrlo. Jan y Will, que vestían camisetas de River que les había prestado para que no sufrieran malentendidos, estaban fascinados: era lo que habían venido a ver.

A diferencia de la ida, en la que mi trabajo había consistido en escribir el comentario del partido desde el palco de prensa, esta vez debía narrar la atmósfera del estadio, lo que suele llamarse «nota de color». Utilizaría la entrada de la tribuna desde la que suelo ver a mi equipo, la Centenario alta, para narrarle a un público internacional, lectores de España y de América Latina, el contexto extraordinario de un partido único: tal vez me tocaba escribir de la resurrección final de River, tal vez de la mayor épica de Boca en su historia. Aunque tendría que teclear el artículo desde mi teléfono en la tribuna, lo que no cambiaba respecto de los partidos previos —no había faltado a ninguna presentación de River como local en la Copa— era el ritual previo de juntarnos con amigos, así que nos encontramos con el resto del grupo en la puerta de un supermercado chino, sobre Monroe, a 15 cuadras del Monumental. A veces —y no pocas— prefiero esas cervezas, sentados en un cordón, hablando de River o de nuestras cosas, que el partido en sí: más de una vez nos demoramos tanto con Esteban que después tuvimos que llegar a las corridas a la cancha, y ese sábado estaba a punto de ocurrirnos algo parecido. Eduardo, otro de los amigos, no podía acompañarnos: llegó con un paquete de Criollitas. Si varios metabolizábamos los nervios de la final con dolores de pecho, había quienes tenían problemas intestinales.

En eso apareció Franco, un viejo colega de redacciones, que repitió en persona la prédica zen que me había enviado la noche anterior por whatsapp. A diferencia de la histeria generalizada, Franco parecía un profeta del Arte de Vivir: «Vengo a vivir un día de fiesta, el día que esperábamos para cerrar el círculo. Lo mejor que podía pasarnos era una final contra Boca por

Libertadores, y en casa», dijo, como un Sri Sri Ravi Shankar del tablón. Le respondí con un abrazo, le hablé de mi teoría de «justicia divina» y me respondió: «Sí, eso».

Enseguida llegó el Chino, otro de los recién aterrizados en Ezeiza. Hasta el año pasado había sido compañero de la Centenario alta, pero partió a Barcelona con su novia Nieves. Más de una vez lo había escuchado enojado con Argentina. «En este país solo me quedo por River», recuerdo que tuiteó hace un año, y ahora estaba de vuelta, tal vez no en su país preferido, pero sí en su patria chica, las inmediaciones del Monumental. Le pregunté cómo haría Nieves para ver el clásico, y de repente me imaginé a toda la diáspora riverplatense pispeando el superclásico en el lugar y el horario del mundo que fuera: «Consiguió que haya un televisor debajo de la barra del bar en el que trabaja, así que cada tanto se va a fijar cómo va», dijo.

La primera tanda de nuestro grupo, entre ellos Jan, partió hacia el Monumental tres horas antes de que comenzara el partido. Con Esteban debíamos esperar a otro amigo, Daniel, y aprovechamos para entrar a un local de comidas por peso. Llenamos la bandeja con lo poco que quedaba, empanaditas chinas y una tarta de verdura, y a pesar de las inquietudes bromatológicas hicimos la broma (¿broma?) de siempre: «Nace una cábala».

Ya enfilábamos hacia la cancha por Monroe cuando Esteban —o Daniel, no recuerdo ahora— leyó en un grupo de whatsapp que alguien informaba de un ataque al colectivo de Boca. Las noticias impactantes suelen llegar de manera confusa. «Parece que entró gas pimienta al micro de ellos», dijo, pero no le dimos importancia. Cinco minutos más tarde, cuando entramos en la diagonal Lidoro Quinteros, a la altura de Monroe y Libertador, nos encontramos con un retén policial mucho más grueso que de costumbre: no sospechábamos que esa esquina acababa de ser el campo de batalla que muy pronto se convertiría en un gigantesco terreno fértil para las suspicacias.

* * * *

Los retenes de seguridad en los estadios, más en los partidos importantes, son opresores. Puedo acumular 40 años de tribunas y palcos de prensa, pero permanecer en esas esclusas humanas, a la espera de que nos dejen avanzar, embotellado entre policías desafiantes e hinchas que sacan chapa de valientes gritando «abran» o «dale que empieza el partido» como si fuesen a desenrollarnos alfombras rojas, es el trance del fútbol que me genera mayor

asfixia: me falta el aire, boqueo como un pez fuera del agua. Y a veces son una trampa. Cuando al fin nos abrieron el paso a los 300 o 400 hinchas que nos apretujábamos y comenzamos a enfilear por Lidoro Quinteros, un policía nos tiró gas pimienta desde tres metros. No tenía ningún sentido, salvo el de la agresión gratuita. O tal vez era la venganza instintiva de quien sabía que el operativo había fallado, adrede o no, de manera escandalosa.

Al ataque más infundado siguió lo de muchas otras veces: gente a las corridas, llorando e insultando, con nenes y mujeres en el medio. Apuramos el tranco como ganado y la situación se fue normalizando a medida que nos acercábamos al Monumental. En un cacheo nos palparon y en otro mostramos el DNI. Nunca mostramos la entrada. Ya al pie del estadio, el ingreso más despejado era el portón de la derecha, pegado a la platea San Martín, pero como lo habíamos utilizado sin suerte antes del partido de la derrota contra Grêmio, le dije a Esteban y a Daniel que fuéramos por un acceso del medio. Las cábalas no se negocian. Ya estábamos a punto de sortear las vallas que anteceden a los molinetes cuando vi a un colega de televisión, de un canal del Grupo Clarín, trabajando en un móvil en vivo sobre Figueroa Alcorta. Lo conozco de años de profesión y fui a saludarlo, pero entonces advertí que estaba ocupado en algo más que en salir al aire: intentaba desprenderse de un hincha que lo culpaba de trabajar en el multimedios más grande de Latinoamérica. Si estas finales de la Copa Libertadores terminarían de profundizar la grieta entre River y Boca, lo que mi colega sufría era la fractura entre kirchneristas y antikirchneristas.

Intenté decirle al hincha algo así como «Flaco, te estás equivocando de enemigo, ¿quierés que elija donde trabaja? Si ya es un milagro que trabaje, y encima de periodista». Entonces se acercó otro hincha que merecería ganar el premio 2018 a las mejores intervenciones callejeras:

—¿Y vos de qué trabajás? —le preguntó al fanático que recriminaba a mi colega.

—En un shopping —le respondió.

—¿Y sabés si el dueño del shopping es macrista o kirchnerista? Dejalo en paz, che.

La pregunta lo enmudeció y el asunto quedó ahí; era hora de subir a la tribuna. De la calle pasé a la vereda, sorteé el vallado metálico en forma de «S», llegué a los molinetes y saqué mi entrada del bolsillo. Esteban, que había avanzado un par de metros, ya ingresaba. Me distraje por anteúltima vez mirando las decenas de tarjetas falsas desperdigadas por el piso (reconocibles

porque en el dorso llevaban la imagen del gol de Lucas Alario a Tigres en la final de 2015, y no del plantel durante la pretemporada en Estados Unidos, en julio de 2018) y por última vez, cuando le mandé un audio a Federico, mi compañero que volcaba la información en vivo del clásico en la web del diario, para contarle que el clima estaba espeso fuera de la cancha. Entonces escuché una estampida por detrás, giré el cuello y vi que unos 20 hinchas venían corriendo hacia la puerta en la que me encontraba, seguidos a pocos metros por cinco o seis policías que blandían palos al aire y al cuerpo. Por imágenes como esas fue que al final de la jornada muchos hinchas compararían el descontrol en los alrededores del Monumental con un recital de los Redondos en los 90.

Todo ocurrió en diez segundos. Los fenólicos cayeron y mis piernas se enredaron contra los metales. Intenté mantener el equilibrio, pero trastabillé y di contra el piso. Mientras guardaba, o eso creí hacer, la entrada en el bolsillo, tuve terror de que la policía me pegara un bastonazo o que uno de los hinchas que desfilaban como toros de San Fermín me atropellaran. La suerte es cuestión de centímetros y esta vez me jugó a favor. Cuando me levanté, abombado por el combo de la caída y el gas pimienta —y tal vez por la tarta de verdura que había almorzado en el chino—, me alejé unos metros del estadio. En el medio de Figueroa Alcorta intenté recomponerme, tomar aire. Me vi las piernas con moretones y manchas de sangre. Llamé a mi mujer, le dije que había bardo, pero que estaba bien, que no se preocupara por si escuchaba de incidentes, y nos consolamos con otros hinchas que la habían pasado mal.

Cuando la situación se normalizó, palpé en el bolsillo para buscar la entrada y volver a ingresar, pero solo encontré algo de dinero, el DNI, el carnet de River y la SUBE. En medio de la caída había perdido, o me habían manoteado, la tarjeta de ingreso a la cancha. La busqué en el piso, aunque sabía que no la encontraría, y como ya no tenía mucho sentido que siguiera ahí, fui para Cabildo en búsqueda de un locutorio. Tenía un par de horas para enviar la crónica de lo que, hasta ese momento, era la suspensión del partido hasta el domingo.

«El mundo esperaba lo extraordinario, la final de las finales, el salvajismo bien entendido, pero fue testigo de lo habitual en los estadios de Buenos Aires y alrededores: el coqueteo con el horror —escribí en *El País*—. Lo que parecía apasionante desde el fanatismo genuino del hincha y del jeep del turista, el parque Kruger del fútbol, aplazó un día el comienzo de la final de la

Copa Libertadores. Si en 2015 un par de hinchas de Boca tiraron gas pimienta a los jugadores de River en el intermedio de los octavos de final de la Copa Libertadores, si hace un mes un hincha de San Martín de Tucumán fue asesinado a causa de los golpes de la barra brava de Boca en Formosa, o si el miércoles pasado los hinchas de All Boys (un equipo de Tercera División) hicieron retroceder a los policías a base de palos y golpes —y son ejemplos al azar—, ¿por qué debería sorprender que un puñado de aficionados de River atacaran a pedradas a los jugadores de Boca cuando ingresaban al Monumental para jugar el partido del siglo?».

* * * *

Más tarde, en casa, podría haber lamentado la estampida y maldecido mi supuesta mala suerte, pero preferí evitarlo: no pasó de un susto y de algunas marcas menores en las piernas, y sé de hinchas que la pasaron muchísimo peor. Uno de ellos fue Diego: «Yo voy a la San Martín alta y ya estaba a 10 metros del ingreso principal, por Figueroa Alcorta, primero delante del cordón —me dijo—. Saqué la entrada y el DNI, cuando agarraron a dos pibes con entradas falsas. Se los llevaban mal, como ganado, y la gente empezó a gritarle a la policía que aflojaran un poco, pero fue al revés, comenzaron a detenernos al voleo, primero a un par, después a cinco, y yo caí porque estaba adelante de todo. Me tiraron al piso, me cortaron la ceja y estuve dos semanas con el ojo negro. Durante diez minutos tuve a un policía con su rodilla presionándome el cuello. “¿Y, por qué no gritan ahora?”, desafiaban otros. Creo que acababa de llegar el colectivo de Boca, así que imagino que era una reacción descontrolada por todo lo que había pasado. Después me tuvieron dos horas con las manos atadas en un camión de traslado y me dejaron toda la noche en la alcaidía».

En las postas médicas que River había desplegado en el Monumental y los alrededores, 400 hinchas debieron ser atendidos. Hubo de todo: un pibe con el pie fracturado por una avalancha, una mujer con descomposición cardíaca que fue trasladada de urgencia a un hospital, decenas de deshidratados por haber permanecido seis horas al sol a la espera del partido que nunca se jugó y muchísimos otros con vómitos y ojos afectados por los gases policiales.

El caso más excepcional fue, a la vez, el más dramático: un intento de suicidio por la postergación de la final. «Cuando no quedaba nadie en la cancha, los médicos encontraron a un hincha subido al muro de la Centenario

alta que amenazaba con tirarse al vacío —reconstruyó Carlos Trillo, excandidato a presidente del club y cirujano, que ese día colaboró en la atención sanitaria a los espectadores—. Decía que le habían sacado la entrada cuando subía a la tribuna y que, si el partido pasaba a otro día, ya no podría volver, y que quería matarse porque la final era el sueño de su vida. Los médicos lo convencieron de acompañarlo hasta el registro de socios».

8

La interna

Ahora bien, ¿todo lo que ocurrió el sábado 24 de noviembre fue lo que vimos, o mucho de lo que ocurrió se tramó en secreto? Una reconstrucción acelerada debería comenzar el día anterior, cuando Norberto Brotto, a cargo de la Fiscalía Penal, Contravencional y de Faltas nº 2, ordenó un triple allanamiento contra la barra brava de River. En la casa del líder, Héctor Caverna Godoy, en San Miguel, y en otros domicilios en Devoto y Moreno, la Policía de la Ciudad secuestró 300 entradas populares para la final, 7 millones de pesos (o eso informaron) y decenas de prendas del club.

A diferencia de una versión pretendidamente naïf surgida desde algún micrófono de River, que indicaba que eran tickets destinados a la reventa con apellidos y documentos de identidad elegidos al azar, por ejemplo, de estudiantes del interior que viven en Buenos Aires, las entradas llevaban impresos los nombres de segundas líneas de barrabravas. El desmembramiento del grupo violento de cualquier club siempre es un hecho aplaudible —por supuesto, también en este caso— aunque no siempre sea traslúcido, en especial cuando su oportunismo político se presta a más de una lectura.

El jefe de Brotto era Martín Ocampo, quien entre el viernes 23 y el sábado 24 de noviembre podía ser presentado de cuatro maneras: 1) ministro de Justicia y Seguridad porteño, 2) fiscal general de la ciudad en licencia; 3) responsable del operativo de seguridad de la final en el Monumental, y 4) compadre de Daniel Angelici, padrino de su hijo y exabogado de algunas de sus empresas. Como el presidente de Boca es además el operador del macrismo en Tribunales, algunas —o muchas— designaciones en el entramado de la Justicia no pasan lejos suyo, como los meteóricos ascensos de Ocampo. «Angelici fue el principal impulsor de la carrera de Ocampo adentro del PRO —recordó la revista *Noticias* en su edición posterior al escándalo—. Primero como legislador, luego como fiscal general de la ciudad y, en diciembre de 2015, ya designado al frente de la cartera de Justicia y Seguridad».

En ese contexto de intimidad con Angelici, Ocampo sacó pecho luego del exitoso allanamiento a la barra de River veinticuatro horas antes de la final. «Esta operación es fruto de un trabajo conjunto entre la Fiscalía y la Policía de la Ciudad y se enmarca en la pelea diaria que estamos dando contra estos delincuentes que se disfrazan de hinchas», festejó Ocampo, a la vez que precisaba que la investigación había comenzado el 5 de abril, cuando River debutó como local por la Copa contra Independiente Santa Fe de Colombia.

Pero la caída del ministro de Seguridad de la ciudad-fiscal general en licencia-responsable del operativo de seguridad-compadre de Angelici sería inmediata. Dos días después, el domingo 25 de noviembre, o sea, a veinticuatro horas del desastre, el jefe de Gobierno porteño Rodríguez Larreta lo responsabilizó de los incidentes en las inmediaciones del Monumental y decidió su salida, a la vez que interpretaba ante el periodismo que había que ser muy ingenuo para no asociar el desmembramiento de la barra con los incidentes callejeros previos a la final.

Lo que el presidente del PRO en la ciudad no dijo fue que, según esa línea de razonamiento, también había que ser muy ingenuo para no asociar que la barra que cayó el día previo era la del equipo rival del compadre del jefe del fiscal que ordenó la detención.

Con el correr de los días, las teorías conspirativas —que siempre son gratis, abonan el victimismo y desvían el foco de atención, pero no siempre tienen razón— saltarían en River con la fuerza de un géiser. Cerca del despacho presidencial recordaron que, dos días antes de la semifinal de la Sudamericana 2014, 150 integrantes de la barra disidente entraron encapuchados y con armas blancas a la confitería del club para atacar a Caverna Godoy y otros líderes. «Y ahora, un día antes de otro partido de Copa contra Boca, le tocan los huevos a King Kong», asoció un dirigente.

En realidad, el estado de alerta por un posible cruce contra Boca ya sonaba desde hacía un mes. Si el miércoles 21 de noviembre, tres días antes de la revancha programada en el Monumental, el secretario del club, Ignacio Villarroel, había compartido su preocupación al salir de Tribunales con otro dirigente —«Nos están embarrando la cancha», le dijo—, no debería pasar por alto un texto que el periodista Maximiliano Benozzi escribiría en *Clarín* en las horas siguientes a la fallida final en Núñez.

«Porto Alegre, lunes 29 de octubre —publicó Benozzi—. Día previo a que River dispute la semifinal de vuelta contra Grêmio. Charla con un dirigente en la que surge la posibilidad de una final contra Boca. “Quiero jugar esa final. Lo único que preocupa son cosas externas”, manifestó ese directivo. Y ante la pregunta sobre qué era lo que perturbaba, respondió: “Que Boca busque una venganza de lo de 2015 y nos embarre la cancha. Hay gente cercana que nos está alertando sobre esa cuestión”. Un mes después esa misma persona volvió a hablar con este diario. “Había algo de eso y los hechos me fueron dando la razón”, aseguró».

Una de las dudas sin respuesta que dejó el 24N en River es por qué

allanaron a la barra local antes de la revancha pero en la ida no hicieron lo mismo con la de Boca, a la que el amigo y jefe de Ocampo debería conocer a la perfección.

* * * *

Ninguno de estos escenarios se habría planteado si D'Onofrio hubiera eliminado a la barra, su deuda pendiente como presidente de River: varios de los líderes de los Borrachos se pasean dentro del club como cualquier socio, no solo en los días de partido. En cinco años de gestión, el presidente no erradicó a los violentos, la misma imputación que —es cierto— les cabe a las autoridades del resto de los clubes, a quienes —también hay que recordarlo— no hace falta que nadie les recuerde que el único dirigente que les puso el cuerpo a los barras, el expresidente de Independiente, Javier Cantero, terminó convertido en un paria.

Cuando el descenso asfixiaba, en 2013, a los hinchas de Independiente les importaron más los resultados deportivos que la remoción de los dueños de las tribunas, el broche de la lógica de nuestras tribunas: para muchos hinchas —de cualquier equipo— es más vergonzante y estigmatizador una derrota deportiva que un acto de violencia. El tema es demasiado complejo como para resolverlo con quijotadas personales. River, Boca y el resto de los clubes no son simples equipos de fútbol, sino una forma de hacer política: los barras actúan como su mano de obra. Que un dirigente excluya a los violentos de sus clubes sería pegarse un tiro en el pie. Basta recordar que hasta diciembre de 2015, cuando Mauricio Macri, primero, y su influyente amigo Angelici, después, estaban al frente de Boca y eran oposición al gobierno kirchnerista —a la vez que «la Número 12» multiplicaba su negocio e impunidad, a tal punto que el club nombró como jefe de seguridad a Carlos Stornelli, un fiscal que había estado en el casamiento de Rafael Di Zeo, su amigo—, su discurso fue que solo podía combatirse a los barras con una decisión del Estado.

Sin embargo, en los tres años que lleva en la Casa de Gobierno, y a pesar de éxitos puntuales como Tribuna Segura —y que los barras no viajaron a Rusia 2018, como sí lo habían hecho «Hinchadas Unidas Argentinas» a Sudáfrica 2010—, el gobierno todavía no realizó medidas estructurales, apenas reacciones espasmódicas, y es posible que tampoco pueda hacerlas: las comisiones directivas de los clubes —ninguna más que la de Boca— están integradas por operadores judiciales, ministros y directores de institutos

estatales, todos ámbitos en los que trabajan los barras.

Aclarada la presencia de las barras como parte del sistema, el episodio central del sábado, el que despertó el resto de las conjeturas —el lanzamiento de piedras y botellas que rompieron casi todo un lateral del colectivo de Boca a su paso por las cinco esquinas de Monroe, Libertador y Quinteros—, no habría ocurrido si: 1) nadie hubiese arrojado los proyectiles; 2) un buen operativo de seguridad lo hubiese evitado.

La primera cuestión remite a quiénes fueron los agresores que rompieron los vidrios del Flecha Bus. La respuesta se enturbió desde el día siguiente porque el gobierno se apuró a lanzar un «operativo distracción» para borrar el foco del segundo punto, el fracaso del operativo de seguridad, su propio fracaso. Incluso antes de informar el despido de Ocampo, Rodríguez Larreta señaló al culpable perfecto, la barra brava, pero también veinticuatro horas después del partido los especialistas en violencia ya decían que los Borrachos del Tablón —esta vez— no habían formado parte de la agresión. Una fracción de los violentos había estado ocupada en rapiñar y robarles a los hinchas comunes, en Libertador y Udaondo, y la otra aprovechaba sus contactos con los empleados del club para suplantar las 300 entradas secuestradas e ingresar al predio del Monumental por un portón de Sáenz Valiente y Figueroa Alcorta.

A medida que pasaban los días y no había detenidos por la agresión, el aparato comunicacional de River abonó la teoría de los infiltrados: el problema del fútbol es que todas las interpretaciones paranoicas pueden ser ciertas. «Si son moneda corriente en movilizaciones nacionales, ¿por qué no podrían extenderse al fútbol?», se preguntaban en River, con presunción de inocencia.

Una referencia similar había esbozado el propio Angelici en TyC Sports, hace un año, cuando dijo que el fallo de la Conmebol en contra de Boca por el ataque con gas pimienta podría haber generado un antecedente para suspender partidos adrede. «Esto te deja de rehén —señaló el presidente de Boca—. Tampoco debe ser muy difícil mandar hinchas con camisetas a otro estadio y hacer algo parecido para que te descuenten los puntos. ¿Si se puede mandar hinchas (infiltrados)? Si la regla de juego es que, cuando pasa algo eliminan al equipo, se puede».

Sin embargo, a pesar de la tentación de apuntar a los complots, a veces el enemigo también está en casa y las cosas suceden sin titiriteros del poder por detrás. El fútbol está lleno de violentos *part-time* con los que convivimos en las tribunas, tipos de un equipo u otro que no son barras pero que en masa se

comportan como si lo pretendieran. Ya lo había sufrido River al volver de La Boca cuando una piedra rompió el micro, o en la semifinal de la Libertadores 2017, antes de ingresar a la cancha de Lanús. Son agresiones que solo se convierten en noticia cuando tienen puntería. Uno de los atacantes —aunque su botellazo no llegó a impactar en el colectivo— sería individualizado algunos días más tarde. Se trataba de Matías Firpo, hincha de River sin relación con la barra que, como todos los partidos, había ido a la cancha con amigos y familiares.

Después de haber recibido una condena excarcelable, de dos años y cuatro meses, y de no poder volver a los estadios, Firpo dijo: «Fue un momento en el que no supe controlar un impulso y me arrepiento. Sé que estuve mal, no soy de hacer eso».

Su caso es uno de los miles que calza en el razonamiento de «La violencia es un mandato», el texto que el sociólogo Pablo Alabarces escribió en *Anfibia* pocas horas después del ataque: «Los hinchas de todos los equipos argentinos agreden al micro de los jugadores rivales. Pasó en Boca con los de River. Pasó hace muchos años con el micro de un equipo boliviano que jugaba un partido de copa contra Gimnasia de La Plata, en el Bosque: hubo heridos, el partido no se suspendió, nadie se preocupó demasiado, apenas se trataba de bolivianos. Pasó con Tigre en San Pablo hace seis años. Nadie se pregunta por qué: sencillamente, porque los hinchas, «empoderados» (como es tan frecuente decir ahora), están convencidos de que su participación es decisiva en el espectáculo futbolístico. Con su aliento, con sus banderas, con su fiesta, con su aguante, con su pasión, con sus insultos, con sus amenazas, con sus promesas de violaciones, con sus afirmaciones letales, con sus piedrazos. Después de todo, apedrear un micro es la forma más eficaz de garantizar la eficacia de esa intervención imaginaria en el resultado. Entonces: para llevar un micro con jugadores, casi sin custodia, al lugar donde lo esperan algunos miles de hinchas rivales, hay que ser un pelotudo o funcionario público».

El propio Alabarces nos lleva a la segunda cuestión: si el operativo falló adrede o fue una contingencia. Debe de ser el único punto en común que tenían los dos equipos antes de que las relaciones terminaran de pudrirse: para desgracia de los jugadores de Boca que fueron agredidos y para maldición de las autoridades de River como coorganizadores del espectáculo, muchas miradas apuntarían a una interna policial, que no habría intentado favorecer ni perjudicar a ninguno de los dos clubes, sino pasar una factura.

* * * *

Aunque el episodio de Monroe, Libertador y Quinteros siempre será un rompecabezas con piezas perdidas, es posible parafrasear al escritor español Javier Cercas, quien en *Anatomía de un instante* investigó un fallido golpe de Estado en su país en 1981. Cercas aclaró a sus lectores en el prólogo que no podía asegurar que su investigación revelaría toda la verdad, pero sí les aseguraba que se había acercado todo lo posible a ella. De la misma manera, algunos textos periodísticos del fin de semana comenzaron a mostrar lo que el gobierno no quería.

«En el caso de la agresión al micro de Boca, lo que falló fue el operativo policial: si fue por negligencia o connivencia, deberá determinarlo la fiscal porteña Adriana Bellavigna, que investiga los incidentes —escribió el periodista Gustavo Grabia en *Infobae*, el domingo 25—. Pero lo que está claro es que no hubiese ocurrido nada —aun si la barra hubiese estado en esa zona— si el servicio policial seguía el protocolo de actuación habitual, que hasta 2016 llevó adelante la Policía Federal y desde el traspaso de la responsabilidad es tarea de la Policía de la Ciudad. El micro con el plantel visitante siempre llega dos horas antes del partido. Para eso, se encapsula desde la salida de su concentración hasta el ingreso al Monumental. Se ubican seis motos por delante, otras seis a los costados y cuatro más detrás del vehículo. Además, van patrulleros acompañando, para tener mayor fuerza disuasiva y un grupo de infantería, que esta vez brilló por su ausencia. El ómnibus de Boca siempre hace el mismo camino y antes de ingresar al túnel de avenida Libertador, en Federico Lacroze, avisa que está al llegar para que se despeje el público desde La Pampa, cuando se sale del túnel. ¿Cómo se hace? Se para el ingreso de los hinchas en la vereda opuesta con un policía cada 5 metros y de esa manera el micro puede circular con una distancia no menor a 50 metros a los hinchas rivales. El punto de inflexión es en la esquina de Quinteros, porque ahí debe aminorar la marcha para ingresar por la diagonal rumbo al estadio. El protocolo que siempre se lleva a cabo implica que el vallado se ubica a 50 metros, y los policías retiran a los hinchas también sobre Libertador para despejar la zona. Tienen, desde que son avisados, entre 7 y 10 minutos para llevar la tarea. Pero esta vez, según admiten en el propio Ministerio de Seguridad de CABA como de la nación, la comunicación no se produjo. Un error de principiantes aumentado por la desconfianza reinante entre fuerzas federales y metropolitanas, que estaban participando

conjuntamente del operativo. Ahora es tiempo de delimitar si fue solo impericia supina o una hipótesis más inquietante de zona liberada adrede».

Esa pista del recelo entre la Prefectura y la Metropolitana como causante del fracaso del operativo fue ahondada en esas mismas horas por Javier Álvarez, periodista de *La Voz del Interior*, que contextualizó «un conflicto subterráneo muy espeso» desde que, en enero de 2016, Macri le firmó a Rodríguez Larreta el traspaso de la Policía Federal a la ciudad y 19 000 efectivos se sumaron a los 6300 que ya trabajaban en capital. «Desde entonces se puso en marcha una “homogeneización salarial” dado que los metropolitanos cobraban sueldos hasta un 30% más altos que los federales — publicó Álvarez—. Ese proceso terminó en noviembre de 2017. Y entonces, estalló un conflicto: hay 5000 agentes que aseguran que no les respetaron la jerarquización, perdieron derechos y hasta les recortaron el salario. Ahora, esos 5000 agentes de la Policía de la Ciudad exigen volver a la fuerza de origen, la Federal. Aseguran que desde que los traspasaron a capital no solo les bajaron los sueldos sino que los recargaron con horas de trabajo. Es un problema muy espeso que viene escalando: el 18 de octubre, unos 150 efectivos de la Federal tomaron el Ministerio de Seguridad porteño que conduce Ocampo. Estaban armados y hubo extrema tensión. Tras casi veinticuatro horas llegaron a un acuerdo, pero el conflicto no se solucionó. (...) Históricamente, el micro visitante transita por Libertador y dobla en Quinteros. Allí jamás hay hinchas de River porque la Policía no los deja llegar. Este sábado había más de 500. “Fue una emboscada” y “hubo zona liberada”, dicen fuentes del gobierno nacional. (...) Ahora se investiga si hubo connivencia de ese sector de la Policía que está abiertamente enfrentado al gobierno».

El analista político Carlos Pagni también sumó preguntas en *Odisea Argentina*, el programa que conduce en La Nación+: «Lo que llama la atención es una cantidad de enigmas que rodean el episodio en sí mismo. Dudas que emergen de una observación sencilla de lo que pasó: Quinteros y Libertador, ¿hay tantas piedras ahí? Si vamos ahora a esa esquina, ¿nos vamos a encontrar con una cantidad de piedras suficientes como para apedrear un colectivo?». «Larreta tenía serias dificultades para controlar el Ministerio de Seguridad, una cartera que estaba a cargo de Ocampo, compadre de Angelici. En el loteo de poder del gobierno porteño, se le había asignado —probablemente por compromisos de Larreta con Macri— el área de Seguridad y Justicia a Angelici. El que tenía que garantizar que el colectivo que llevaba a Boca

pasara por el barrio de River y llegara bien al club era el presidente de Boca, no por su condición de presidente de Boca sino porque es el responsable político de la seguridad de la ciudad, dado que Ocampo era un hombre puesto por él». «Ahora perdió poder frente a Larreta pero, además, tiene otro conflicto que lo debe tener muy nervioso al presidente de Boca: el jefe de Gobierno porteño, al cambiar de ministro de Seguridad, en alguna medida está diciendo que lo sucedido en River le corresponde a él como responsabilidad, es decir, no fue River, fue el Estado quien debió prestar seguridad, y con esta afirmación —que no es explícita, pero que se esconde debajo del cambio de ministro— le desmontan a Angelici su principal argumento frente a la Conmebol, que es que el partido lo debe ganar Boca en el escritorio porque River fue el responsable de los episodios de violencia».

Esa línea fue sintetizada algunos días más tarde por Ezequiel Fernández Moores, columnista de *La Nación*, en un texto escrito para España: «Piedras hacia un autobús han volado y aún vuelan en Ligas de casi todo el mundo. Lo grave en Buenos Aires fue la llamativa torpeza de la policía. Hubo una ciudad sitiada por la cumbre del G-20 pero una esquina que fue zona liberada en el Monumental. Inevitablemente sospechoso para quienes llevamos años sabiendo de qué modo usa el poder al fútbol, que puede ser victimario, pero también víctima».

* * * *

«La custodia del plantel de Boca estaba a cargo de la Policía de la Ciudad y el cuidado del tercer anillo, el lugar del problema, pertenecía a las fuerzas nacionales —sintetizó el periodista Ariel Senosiain—. En materia de seguridad, capital y nación son casi otro River-Boca».

Diez días después del desastre, la ministra de Seguridad nacional, Patricia Bullrich, habló de «un error humano» en el operativo. También dijo que no quería «entrar en detalles» e intentó centralizar los fallos en la Policía de la Ciudad. Pero la credibilidad de su entrevista en Radio Con Vos comenzó a renguear cuando Grabia le puntualizó la presencia de Prefectura en la zona del conflicto, la de Monroe, Libertador y Quinteros. Entonces empezó un contrapunto del que Bullrich salió mal parada: la funcionaria insistió en que a Prefectura no le habían avisado que debía correr a los hinchas para despejar el lugar, y en su defensa acusó de mentiroso al periodista. Pero cuando terminó la entrevista, Grabia compartió con la audiencia las modulaciones internas de

aquel sábado 24. Allí se escucha que los motorizados de la Policía de la Ciudad que escoltaban al colectivo advirtieron el problema y pidieron la intervención de Prefectura: «No va a pasar el micro, señor (...) Mucha gente está ahí, estoy diciendo que corten, Prefectura que corte, y la gente de los cacheos que por favor mande a la derecha a la gente». La segunda modulación repite el pedido de refuerzos: «¡Se desbanda! Manden unidades de contención para el ingreso».

Nunca llegaron.

* * * *

El chofer del colectivo de Boca, Darío Ebertz, declaró: «Jamás pasamos al lado de tanta cantidad de hinchas rivales. Parecía que veníamos a la guerra. Cuando pasé el túnel de Libertador, me di cuenta de lo que podía pasar y le hice señas a un policía de la moto para que aceleraran, porque se iba a poner bravo. Ya estábamos jugados. Me rompieron las ventanillas del costado que estaban cerradas. Me pegó una botella de cerveza en la parte de las costillas. Me quedé sin aire. Fueron unos segundos. Ahí me asusté de verdad porque sentí la dirección dura. Horacio Paolini (uno de los vicepresidentes de Boca) agarró el volante. Los colegas choferes que saben cómo es el tema me dijeron: “Me parece que te regalaron, Gringo”. Para mí, liberaron la zona».

* * * *

La sobreactuación de algunos allegados a la dirigencia de Boca frente a las cámaras de televisión, enfrente del vestuario, por los efectos del gas pimienta lanzados por la policía para dispersar a los hinchas de River no tapa lo central: Boca no podía jugar en el Monumental ese día. Es cierto que los médicos de la Conmebol informaron «daños superficiales», como si existiese una tabla para medir lesiones que permitan o no salir a la cancha, pero a ningún futbolista de ningún plantel se le debería pedir que juegue después de lo que el plantel de Boca acababa de vivir. No solo por las secuelas físicas, múltiples y constatadas, sino por los daños psicológicos: no hubiese existido justicia deportiva. Agustín Almendra y Cristian Pavón vomitaron, Fernando Gago sufrió una reacción alérgica, Esteban Andrada debió recostarse sobre una camilla y Pablo Pérez —el capitán— y el juvenil Gonzalo Lamardo fueron trasladados al sanatorio Otamendi.

En el otro vestuario, Marcelo Gallardo le avisó a D'Onofrio que River no debía presentarse en esas condiciones, pero la Conmebol sí quería jugarlo, aunque, sin el visto bueno de los clubes, lo primero que alcanzó a negociar fue una postergación, de las 17 a las 18.15. De las reuniones también participaron el presidente de la FIFA, Gianni Infantino, y el de la AFA, Claudio Tapia, aunque sin haber inclinado la balanza. El italiano dijo algo parecido a un formalismo: si los médicos aseguraban que los futbolistas podían jugar, el partido debía comenzar. Mientras que el argentino —a quienes los hinchas de River habían tratado de «bostero» cuando llegó al estadio— prefirió no opinar.

Por los medios y las redes sociales corrían todos los trascendidos posibles, como que Pablo Pérez podría perder el 50% de su visión y debía ser operado en las horas siguientes, mientras Barros Schelotto le avisaba por teléfono al mediocampista que volviera de la clínica porque el partido se jugaría.

Ya de vuelta en el Monumental, Pérez recibió mensajes de Milton Casco e Ignacio Scocco, sus excompañeros en Newell's. El más interesado en que el escándalo pasara pronto era el presidente de la Conmebol, Alejandro Domínguez, que había vendido los derechos televisivos a Europa en una fortuna impensable para el fútbol sudamericano, y volvió a diferir el partido, esta vez hasta las 19. Los médicos de su asociación ofrecieron a los jugadores de Boca que tomaran cortisona para suprimir las dolencias, ya que, por esta vez, no sería incluido como una sustancia dopante. Lógicamente, no aceptaron.

* * * *

Entonces comenzó una deliberación en el plantel visitante. De un lado, Tevez, Benedetto, Gago y Pérez encabezaron la postura de no jugar. Del otro, Ábila, Andrada, Barrios, Izquierdoz y Buffarini plantearon que, transcurrido un par de horas de la agresión, ya podrían salir a la cancha. También había otro grupo, el de Olaza, Nández y Magallán, que se adaptaba a la decisión de la mayoría.

Finalmente, ganaron el debate los jugadores con más ascendencia, que no querían jugar, y Angelici, D'Onofrio y Domínguez debieron reunirse para acordar otra fecha. Entonces firmaron el «pacto de caballeros» para que el partido pasara al día siguiente, el domingo 25, que Angelici pareció bendecir: «Siempre vamos a decir lo mismo, que los partidos los ganamos y los

perdemos dentro de la cancha —dijo el presidente de Boca—. Tengo que agradecer a la Conmebol y a la gente de River, que desde que llegamos al club se han preocupado por nuestros jugadores, han puesto todo a disposición, y esto les escapa porque podría haber pasado a 200 metros de nuestra cancha. El compromiso que asumimos es jugar mañana a las 17 en este estadio».

Parecía un momento de civilización, el concilio sobre la vehemencia, aunque D'Onofrio ya parecía sospechar que el partido no se jugaría: «Le dije a Angelici —contó el presidente de River, en una de las frases más recordadas de la serie—: “Vos tenés allegados en la Ciudad de Buenos Aires que yo no tengo, en la Justicia. Te pido que mañana a las 5 no haya nada raro que permita que no se juegue”. Me dejó tranquilo. No sea cosa que se les ocurra clausurarnos». Pero entonces se terminó de descomponer todo, y no solo porque Domínguez se fue del estadio entre escupitajos de algunos plateístas de River.

Los roles se invirtieron. Si Angelici —un dirigente que quería jugar— había mostrado voluntad de volver al día siguiente, Tevez —un futbolista que preparaba el terreno para no jugar— anticipaba la estrategia legal de Boca: el delantero hizo referencia al gas pimienta de 2015, la serie que la Conmebol no le dejó completar a Boca en la cancha. «¿Por qué no le dan la Copa a River y listo? Si River hace lo que se le canta. Siempre lo hizo. Si fuese Boca, ya estábamos afuera. Yo no estaba en 2015, ¿pero en la Bombonera no fue así? Eliminaron a Boca, ahora estamos pensando en jugar cuando se le ocurra a Conmebol», apostó fuerte a deteriorar todo. También Benedetto seguiría esa línea incendiaria: «Que le den la Copa a River, que tiene tanto peso en la Conmebol y no pasa nada».

Entonces, el partido más argentino del mundo pasó a jugarse en un escritorio.

9

El hartazgo

El domingo 25, bien temprano, volví al Monumental como quien vuelve a la escena del crimen. Un amigo me había comentado que el sábado por la noche, después de la tarde de furia, la oficina de socios les había reimpresso a decenas de abonados las entradas que habían perdido durante el salvajismo. Aunque intuía que sería difícil que mi reclamo prosperara, decidí intentarlo, pero muy pronto entendí que no sería el único: a las 9 de la mañana, cuando llegué a la puerta principal de acceso al club, sobre Figueroa Alcorta, unas 200 personas se agolpaban por el mismo asunto. Nadie gritaba ni mostraba una actitud prepotente, pero ya venía sobrecargado del sábado y, sobre todo, había ido junto con mi hijo, así que enseguida me di vuelta, nos fuimos de un Monumental que todavía olía a pólvora y aprovechamos la espléndida mañana para jugar en una plaza. En realidad, también estaba tranquilo porque el Polaco, un amigo que el sábado había concurrido al estadio y ese domingo debía viajar a Chile por trabajo, se enteró que yo había perdido mi entrada y me ofrecía la suya.

A pesar de la vergüenza que habíamos vivido hacía pocas horas, nunca se me ocurrió dejar de volver al Monumental para el partido de esa tarde. A cada rato chequeaba las novedades para estar al tanto de si se jugaba o no. Debía trabajar en la cobertura pero, en caso contrario, igual habría asistido como hincha: el estímulo no dejaba de ser lo excepcional, la final de la Copa Libertadores contra Boca, el partido de los siglos por todos los siglos. No me resbalaba lo que había ocurrido el día anterior —y que mínimamente había sufrido en carne propia— pero tampoco me sorprendía: sé lo que es el fútbol, sé qué lo integra, sé qué lo rodea. Ser hincha a veces implica hacerse el boludo, perder sensibilidad, desarrollar anticuerpos inmunes a la barbarie, convivir —aunque sea pasivamente— con delincuentes.

Hacía menos de un mes, un hincha de San Martín de Tucumán había muerto molido a patadas por barras de Boca pero, como ocurrió en Formosa, lejos de la gran ciudad, la noticia no indignó a nadie. En realidad, casi que no fue noticia. En 2012, antes de un partido de River contra Boca Unidos, un pibe de 21 años murió apuñalado en el playón interno del Monumental, puertas adentro del club. La enorme mayoría de los hinchas de River —como habrían hecho los del resto de los equipos— miramos a un costado, nos desentendimos, silenciosamente nos preocupaba más que no nos suspendieran la cancha que determinar qué había ocurrido. Hasta recuerdo que había una coartada que hice mía: los dirigentes del club, para evitar la clausura del Monumental,

hablaban de «una pelea por cuestiones personales». Desde ese contacto periódico con el estiércol, creía que lo que había ocurrido el sábado formaba parte del presupuesto de las tribunas, una continuidad de la rutina violenta de nuestros estadios. Claro que lo rechazaba. Pero no me conmovía: los pedrazos y las muertes seguirán golpeándonos.

Sin embargo, a media mañana de ese domingo advertí que el clima de sobrecogedora tensión que habíamos vivido desde el 31 de octubre por la noche, cuando River y Boca se habían clasificado a la final de la Copa, se había pulverizado en algún momento del escándalo. Las imágenes que mostraban a hinchas de River lanzando piedras habían producido un notable abatimiento en mis grupos de whatsapp. Edu, con quien fuimos a ver partidos absolutamente menores, anunció que no iría a la cancha. Lo llamé para tratar de convencerlo, pero era una decisión tomada. «Me robaron las ganas, estoy triste, incluso ya no me importa quién gane», me dijo, y no era el único. Empecé a leer muchísimos mensajes similares. Coco, otro de presencia perfecta, tampoco iría. Esteban lo iba a pensar hasta un par de horas antes del comienzo. «La final de la Copa contra Boca va a ser con 40 000 personas en la cancha», dijo Patricio. Pero el partido ya no se jugaría ese domingo —no alcancé a salir de casa cuando ya se había vuelto a suspender— ni se jugaría nunca en el Monumental, y la indignación del público se multiplicaría cuando, en los días siguientes, la Conmebol sacaría a River de su país.

«Estoy vacío —me dijo el Chino el lunes, ya en Ezeiza, de regreso a Barcelona—. Me vuelvo sabiendo que en mayo tomé una buena decisión, la de irme a Europa, y que River ya no será prioridad. No sé qué pensaré más adelante, aunque hoy no quiero saber nada». Y más me impactó la metamorfosis sombría de Franco, el amigo que en la previa desplegaba ondas de paz y amor cuando todos trasuntábamos histeria: «Siento muy, muy profundamente —me dijo—, que el sábado, en esa Centenario alta a la que entré rociado con gas pimienta por policías, en la que estuve hacinado durante seis horas al sol, fue mi última vez en una cancha como hincha. Eso me robaron. Es indescriptible». También Diego, el hincha que recién ese domingo al mediodía salía de la alcaidía tras haber sido agredido y detenido por nada, les decía a sus amigos que por mucho tiempo no volvería al Monumental.

De tan fascinante, como si solo pudiese explicarse en un pacto con el diablo, la final jamás imaginada parecía cobrarse su parte: les había robado el alma futbolística a miles. De repente el partido más importante había pasado a ser lo menos importante. Entonces recordé el texto que uno de los escritores

más futboleros, Fabián Casas, publicó en *La supremacía Tolstoi*: «¿Existe algo más ingenuo que un hincha de fútbol? La verdad, ser hincha solo por amor a una camiseta es una actitud que ronda con la boludez. Pagás el acceso a la cancha, no ganás dinero ni de casualidad y los que juegan y cobran fortunas son los jugadores. A veces, preso de esa impotencia que surge cuando tu equipo pierde, terminás tomando tranquilizantes para dormir. Y encima no existe —tal vez salvo en la política dura— un ambiente más corrupto que el del fútbol».

* * * *

Tres días después, el miércoles 28 de noviembre, fue noche de semifinales de Copa Argentina contra Gimnasia, en Mar del Plata. Hacia allá fuimos con Beto y Pablo, compañeros de la Centenario alta, y un amigo de ellos, Martín, uno de esos fanáticos que no especulan con la calidad del partido. Tal vez una semi de un torneo local en medio de la final de todos los tiempos sonaba a poca cosa, pero Martín había ido a Santa Fe, en julio, para el debut en la Copa contra Central Norte de Salta, un partido sin partido que ganamos 7-0. Tocaron el timbre de casa a las 11, apuré un sanguchito de milanesa y fuimos hasta el museo del club, desde donde saldría el servicio que Flecha Bus, transportadora oficial de la Copa, vendía para los hinchas de cada equipo. Sin embargo, en la puerta, a unos metros del Monumental, lo que estaba estacionado era un Chevallier.

—Sí, vamos a viajar en este —nos dijo el coordinador del viaje—. Pasa que al dueño le dio miedo de que fuera un Flecha Bus por lo que pasó el otro día y lo cambiamos a un Chevallier, que es de la misma compañía. Y aparte tiene colores rojos y blancos.

Nos reímos por la exageración. Quienes esperábamos en la vereda de Figueroa Alcorta éramos tipos normales a los que no se les pasa por la cabeza tirar una piedra: había muchas chicas, parejas, aventureros solitarios y grupos de amigos. En la puerta del museo todavía colgaban tres *banners* gigantes: dos «Conmebol Libertadores» escoltaban al principal, «La Gran Final 2018». Desde la Centenario alta pendía hacia la calle, agitado por el viento, un par de los tirantes blancos que la subcomisión del hincha había preparado para el recibimiento del equipo el sábado anterior.

Ya en viaje a Mar del Plata, uno de los nuestros nos hacía escuchar a Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota en el segundo piso del Chevallier.

Cuando pasamos el peaje de Dock Sud, al comienzo de la autopista a La Plata, tendría que haber sonado el estribillo de «Vencedores vencidos». Como si se tratara de un «ensayo general para la farsa actual, teatro antidisturbios», 50 policías nos ordenaron bajar, nos cachearon contra el ómnibus y dispusieron que esperáramos una hora y media para seguir viaje. A un par de hinchas le decomisaron dos botellas de fernet, pero éramos un colectivo abstemio, más en comparación con el que habían requisado antes y también esperaba estacionado, delante del nuestro: a un costado de la autopista se acumulaban decenas de cervezas y vinos. En eso llegó un móvil de televisión y al rato nos enteramos de un *graph* que no se correspondía con lo que ocurría: «Hinchas de River detenidos en el peaje de Dock Sud». Todo parecía una gran sobreactuación, como si fuera necesario remarcar que los errores policiales que la ciudad y la nación habían cometido el sábado no ocurrirían en la provincia.

La pasábamos tan bien dentro del colectivo, incluso a pesar de la espera, que uno de los hinchas que vivía en los monoblocs de enfrente llamó a un delivery de la zona y trajeron pizzas y gaseosas: fue ovacionado. Más tarde, mientras la policía nos escoltaba por la ruta 2 en postas que se renovaban cada 50 o 100 kilómetros —atrás venían los de Gimnasia—, con Beto reparamos en la proliferación de personajes secundarios que había generado la final de la Copa: si en un momento había sido el japonés que viajó en vano para la primera final, ahora se hablaba de «la mamá bengala», la madre detenida por haberle colocado fuegos artificiales a su hijo por debajo de la camiseta, y del misterioso video del Beto Márcico elucubrando sobre el fallo de la Conmebol.

Otro insospechado actor de reparto del clásico, MisterChip, el periodista español experto en estadísticas, ya había dejado el país después de su frustrado paso por el Monumental, mientras que un flamante integrante de la lista era el periodista paraguayo que había tildado de «vende humo» al comisario de su país que, entusiasmado por la posibilidad de organizar el operativo policial si el partido se jugaba en Asunción, dijo que sus compatriotas estaban llamados a los grandes eventos, como la guerra de la Triple Alianza.

Para quienes solemos ir al Monumental a todos o casi todos los partidos, compartir la tribuna en estadios del interior con el público que está poco acostumbrado a ver a River en vivo es una gran experiencia. Somos testigos de la genuina alegría de hinchas que festejan un momento que esperan durante

meses. Encima, esa noche no estaba la barra brava en la popular, guardándose de lo que había ocurrido entre el viernes y el sábado. Las tribunas sin banderas en el medio son hermosas y lo serían mucho más si todas fueran así. En la cancha estaba Gimnasia, pero en nuestras gargantas estaba Boca, que desde comienzos de semana jugaba fuerte en Asunción, justamente, para no jugar: al «No tengas miedo, podés jugar» seguía el «Jugalo en River, la puta que lo parió». La semifinal de la Copa Argentina fue como despachar un memorándum: me interesaba (me desesperaba) mucho más que no se lesionara ningún jugador que hiciera peligrar su presencia contra Boca que el resultado. Es raro el fútbol: hice 800 kilómetros para conformarme con eso.

Por supuesto, lamenté la derrota por penales y la primera eliminación en las últimas tres temporadas de la Copa Argentina, pero, pensando a futuro, resultaba más inquietante que el equipo se hubiera mostrado otra vez como un boxeador con mandíbula frágil: de tres ataques, nos habían vuelto a convertir dos goles, como en la Bombonera, y con un Armani terrenal.

En la salida del Mundialista de Mar del Plata, ese embudo por el que miles de personas teníamos que condensarnos por una única puerta de 20 metros de ancho, un hincha sacó patente de guapo: «Si Pratto llega a patear un penal contra Boca así, picándola, lo mato». Me dieron ganas de decirle «hermano, viene de hacerle un gol a Boca en la final de la Libertadores, y en la Bombonera. Si quiere patear un penal con la cabeza está muy bien».

* * * *

—Al final parece que es en Madrid —le dije a Estefi al mediodía siguiente, el jueves 29, algunas horas después de haber regresado de Mar del Plata, cuando ya todas las señales apuntaban a la capital española como sede a la que la Conmebol le vendería la final al mejor postor.

—¿No se te va a ocurrir ir, no? —me respondió con una de esas preguntas que no preguntan.

—¡Ni loco! —le dije, convencido—. Es una vergüenza que la Libertadores se juegue fuera de América. No me voy a prestar a ese circo.

Un poco más tarde hablamos con Pato y coincidimos en que no dejaba de ser un alivio que nuestro temor original —que Boca diera la vuelta olímpica en el Monumental— ya había quedado desactivado. Pero la sensación era fea: en cierta forma, «habíamos ganado», nuestra casa estaba a salvo de una derrota sin retorno, pero también habíamos perdido.

En simultáneo, se nos había despertado una sensación de despojo patriótico, continental, y no me refería —al menos en mi caso— a la pérdida de la localía. En lo personal, entendía que a River le harían pagar al menos parte de los incidentes del sábado, y eso significaba no jugar la revancha en el Monumental o hacerlo a puertas cerradas. Incluso habría entendido si el partido se jugaba en Asunción o Medellín, dos de las posibles sedes latinoamericanas que habían trascendido antes de que la sede viajara primero a Qatar y después a Madrid. Habría estado dispuesto a viajar a Paraguay o a Colombia, pero Europa o Asia era otra cosa. Si el día anterior, en el colectivo hacia Mar del Plata, nos reíamos al hablar de la «Copa Libertadores de Arabia» cuando se mencionaba a Qatar como posible país organizador, ahora decíamos «Copa Libertadores de España», «Copa Colonizadores de América», «Copa Conquistadores de América» o «Copa Libertadores de Iberoamérica».

Entonces los hinchas de River nos hicimos la madre de todas las preguntas, el quid de la cuestión que nos moviliza todos los días, vayamos o no a la cancha: ¿Hasta dónde llega el amor por nuestro equipo? ¿Cuál es el límite del fanatismo, el momento en que simplemente debemos decir no? ¿Debíamos prestarnos a la estafa y viajar a Madrid? ¿O debíamos perdernos el partido de nuestras vidas para decirle basta a la Conmebol?

En algunos casos ni siquiera era una disyuntiva económica: era una pregunta filosófica. Conocía a muchísimos amigos que habían volado a Japón en 2015, un viaje más caro que a España, y que en este caso decían que no se subirían al avión: estaban en desacuerdo con la sede (no por Madrid, sino por Europa) y no querían validar el elitismo que implicaba el cambio de continente. Yo también era uno de ellos. No fue casualidad que los dos clubes, River y Boca, devolvieran casi la mitad de las 5000 entradas que habían recibido para vender en Argentina.

Cuando le dije a Estefi que no pensaba ir a España, lo había dicho en serio, y ella y Félix eran un motivo central. ¿Por qué debería robarles más tiempo a mi mujer y a mi hijo, de todo el que ya les había quitado durante esta serie insostenible, ahora a causa de una decisión ridícula? No, no iría a Madrid. Y ni siquiera era un debate interno. Me mantendría firme.

* * * *

El domingo 2, cuando otra vez jugamos contra Gimnasia, esta vez por la

Superliga, fue una de las noches más disonantes que recuerde de los 40 años que llevo en el Monumental. Más que estar en la antesala del partido de todos los tiempos, muchos hinchas todavía cargaban como una cruz el combo de la última semana, el de la final suspendida más la localía perdida. El estadio, con escaleras sin orín —una forma segura de anticipar que las tribunas no estaban llenas—, se convirtió en un cabildo abierto en medio de un partido intrascendente. Hubo, como en muchas noches en el año, cantos contra Mauricio Macri —y por primera vez contra Patricia Bullrich—. La Conmebol y Boca, como no podía ser de otra manera, también recibieron lo suyo. Un hincha dijo a mi lado una frase memorable: «Le regalaron mi lugar en el Monumental a un abonado del Real Madrid». El «jugalo en River, la puta que lo parió» sonó todo el partido. Las banderas estaban dadas vueltas: «La final se juega acá o en ningún lado», «En River o en nada, el sentimiento no se negocia», «La final es en casa. Métansela en el culo. Conmebol = mercenarios. MMLPQTP» y «¿Boca se puede caer más bajo?».

Además de los culpables externos, en un momento parecía que River jugaba contra River. Muchos socios cultivaban un enojo silencioso contra los dirigentes porque entendían que no habían defendido la localía ante la Conmebol. Lo que no resultó disimulado fue que, por primera vez en mucho tiempo, los hinchas se atrevieron a un señalamiento que no suele hacerse en nuestras tribunas: apuntarle a la barra del propio club, que esa noche había reaparecido en el centro de la Sívori alta, coreando «Ohh, que se vayan todos, que no quede ni uno solo».

En lo particular, y sé que no era el único, me generó una sensación contradictoria. No hace falta que lo aclare de nuevo, que no tengo ningún tipo de empatía con la barra brava, pero al mismo tiempo entendía que no era el día para pelearnos entre nosotros. Es jodido —por lo decepcionante— asumir que Los Borrachos también son nuestros, o que River también son Los Borrachos, pero a la vez resulta una evidencia. Y así como el sábado 24 había interpretado —y lamentado— que el descontrol desatado en las inmediaciones del Monumental formaba parte de la cotidiano, y que lo extraordinario era el partido contra Boca, en este caso pensaba lo mismo. Entendía que mis compañeros de tribuna tenían todo el derecho del mundo a responsabilizar a los violentos de siempre por la localía perdida —hayan tenido que ver, o no, en este caso—, y éticamente estaba con ellos, pero no quería prenderme a una discordancia interna —que tendría mil capítulos más— cuando lo que estaba por ocurrir era un episodio único. Asumo que esta postura no habla bien de

mí, a la vez que tampoco me convierte en un cómplice de la barra, pero en ese momento solo quería que la energía confluyera en una única dirección. Que ninguna rispidez doméstica nos distrajera en el camino al partido que no podíamos perder.

Como diría Gallardo —nuestro gurú— en la conferencia de prensa posterior, cuando le preguntaron cómo hacía para mantener la motivación en medio de tanto caos y respondió «Boca, Boca, Boca», yo también solo quería «ganar la final, ganar la final, ganar la final», en el Monumental o en el Bernabéu.

10

El escritorio

Acaso porque quienes gobiernan el fútbol argentino y sudamericano tienen una muy relativa autoridad moral como para representar los reglamentos, los hinchas argentinos —de cualquier club— no quieren justicia: quieren ser favorecidos. Incluso no se oponen a cierta oscuridad en los tejidos invisibles (una atención con un árbitro, un llamado a un integrante del Tribunal de Disciplina, un regalo a gente influyente en los medios) siempre y cuando sea a favor. Ocurre a mayor escala en la sociedad: nadie se queja de la corrupción cuando favorece, solo se estigmatiza cuando perjudica. Es notable como, entre el sábado 24 de noviembre y el domingo 25, Daniel Angelici pasó de agradecer a la Conmebol y a River, y de mostrarse conciliador a la continuidad del partido al día siguiente —«se ganan y se pierden en la cancha»—, a liderar la postura de descalificar a River en el despacho que fuera, el de la Conmebol o el del TAS. No estaban claras las dosis de justicia legítima y de venganza por el expediente gas pimienta que el reclamo tenía, pero a esa altura ya no importaba: Boca quería ganar de la manera que, según entendía su gente —y su rival rechazaba—, River había ganado en 2015.

Se podrían haber armado dos listas, una con las similitudes —según Boca— y otras con las diferencias —según River— respecto al ataque del Panadero, y las dos —aunque antagónicas— habrían sido convincentes. Pero para tomar distancia de esa lucha de gallos ciegos y ganar perspectiva, cabría preguntarse si lo del sábado 24 hubiese ocurrido en un Peñarol-Independiente o en un Palmeiras-Flamengo —o en cualquier final entre dos equipos que no hubieran estado involucrados en el caso de 2015— ¿alguien habría recordado el antecedente que ahora parecía centralizarlo todo? ¿O solo era un episodio válido para aplicar en el superclásico?, una lógica de cambio de sede de Copa Davis, de un Argentina-Chile en Buenos Aires al que le sigue uno en Santiago, un «si me pasó a mí también te tiene que pasar a vos» acaso inevitable desde que el River-Boca se había rosarinizado en la Libertadores 2015.

Más fácil resulta entender la vuelta de campana de Angelici en menos de veinticuatro horas: al volver desde el Monumental a la concentración, el sábado 24 por la noche, el presidente de Boca se encontró con jugadores, dirigentes e hinchas que lo presionaban para que su club recurriera al escritorio. De la postura similar de la barra brava, que es como el sol —aunque no la veamos, siempre está—, también algunos estaban al tanto. Tevez, Benedetto y Gago fueron, otra vez, como en el vestuario del Monumental, los líderes del «no se juega». Por las dudas, Pablo Pérez debía presentarse en la

clínica a la mañana siguiente para una última revisión. Pero sobre todo Angelici advirtió que su gobernabilidad peligraba cuando el hashtag «#AndateAngelici» fue tendencia el sábado y volvía a serlo el domingo 25 por la mañana. «Parecía que defendía los intereses de D'Onofrio», lo criticaban a sus espaldas, en referencia al «pacto de caballeros» que había convenido con los presidentes de River y la Conmebol.

Angelici pasó a liderar el reclamo del escritorio y al principio debió hacerle frente a su amigo Mauricio Macri, que desde Chapadmalal le pedía que presentara el equipo: el G-20 se acercaba y el presidente había pasado de querer mostrarle dos hinchadas al mundo a rogar para que hubiera dos equipos. Si ese domingo al mediodía Domínguez habló por televisión y dijo que el partido se jugaría por la tarde fue porque acababa de recibir el visto bueno de Macri. Pero la decisión de Angelici estaba tomada y casi en simultáneo, un par de horas antes de lo que debía ser la salida del plantel hacia el Monumental, según el acuerdo del día anterior, el presidente de Boca firmó la primera presentación de su club ante la Conmebol.

«Le entregamos la transcripción exacta de lo que pasó, con los informes médicos y policiales, y toda la reglamentación —dijo el presidente de Boca—. Generalmente cumplo mi palabra, soy de los que piensan que los partidos se ganan y se pierden dentro de la cancha, pero también tengo la responsabilidad de ser el presidente del club. Muchas veces tengo que privarme de lo que pienso y aferrarme a un estatuto».

D'Onofrio respondería antes de que terminara el domingo, día de la segunda —y definitiva— suspensión de la revancha en el Monumental: «A Angelici le quiero preguntar “¿Qué está pasando, que ayer habíamos acordado algo a las 7 de la tarde, y ahora todo se dio vuelta?”. Si le dan los puntos a Boca, sería una de las traiciones más grandes».

Si el duelo del partido de ida había sido el juego de River contra el gol de Boca, y el de la revancha en el Monumental podría haber sido el de Ponzio contra Barrios, ahora el partido que pasaba a jugarse era el del escritorio contra la traición. No dejaba de estar a tono con la evolución del fútbol argentino. En una época, los hinchas festejaban que sus clubes tuvieran a los mejores jugadores. Después, a los barrabravas con más aguante. Ahora, a los dirigentes y abogados con más influencia.

* * * *

D'Onofrio, Angelici y Domínguez volvieron a encontrarse el martes 27 en Asunción. Los clubes, lógicamente, también debían presentar sus abogados, pero uno de los integrantes de la comitiva de Boca llamó la atención en el grupo de River. Era Javier Medín, asesor del riñón macrista —exintegrante del Comité de Regularización de la AFA— y distanciado desde hacía tiempo con Angelici. Sin embargo, había llegado a Asunción por instrucciones presidenciales. «¿Por qué Macri mandaría a uno de los suyos?», se preguntaron en River, sin saber la respuesta, pero mascullando «tenemos la cancha inclinada». En todo caso, alguien recordó que dentro del club sobrevuela la misma respuesta a la pregunta de cuándo podría terminar la influencia del poder alrededor de Boca: «Diciembre de 2019».

Angelici y D'Onofrio casi no cruzaron palabra. Si River y Boca suelen jugar a la vista de multitudes, a esas horas el enfrentamiento —no menos impulsivo— era subterráneo. Los dirigentes más optimistas hablaban de una ruptura de los vínculos entre los dos clubes durante, al menos, los próximos 10 años y los más crispados decían de romper para siempre. En el partido que ya se jugaba con abogados en vez de con futbolistas, el pedido de Boca para que River fuera desafiliado apuntó a la comparación entre el ataque que hirió a Pablo Pérez y otros 10 compañeros con el caso de 2015. En tren de sumar argumentos, calificó a su rival de «reincidente» en conductas antidisciplinarias, como la inclusión de Bruno Zuculini en varios partidos de la Copa (nadie había reparado que debía una sanción), el ingreso de Gallardo en el vestuario del Arena do Grêmio y los dopings de Camilo Mayada y Lucas Martínez Quarta en la edición 2017. El descargo también incluía, en sus 46 fojas, la referencia a un video que se había viralizado (que en verdad era *fake*, como la imagen de la Copa Libertadores yéndose en taxi del Monumental, el domingo), en el que «aficionados de River Plate matan y torturan a un animal y le ponen la camiseta de Boca». Para sumar una estrella, la de la Copa, valía sumar carillas. «No aceptamos jugar ningún partido hasta que el Tribunal se expida. Boca agotará todas las instancias, y si no, después iremos al TAS», dijo Angelici al salir de la Conmebol. «La postura de Boca es intransigente. No acepta jugar el partido en ningún país ni estadio porque considera que River debe ser desafiliado», repitieron sus voceros.

La buena noticia para River era que Domínguez quería jugar el partido: de ninguna manera se perdería el dinero de los derechos televisivos. La buena noticia para Boca era que el presidente de la Conmebol había decidido hacerle perder la localía a River y trasladar la final al exterior.

Silenciosamente, temeroso de que la Conmebol repitiera el fallo del gas pimienta, River primero se conformaba con que el partido se jugara donde fuera: por eso D'Onofrio y Gallardo hablaron el miércoles 28, en Mar del Plata, de «lo jugamos donde sea». Claro que el presidente de River diría mucho más. Por primera vez perdió la compostura ante las cámaras: «Nunca pensé que el sábado a la noche estaban escribiendo para pedir los puntos del partido. Angelici, vení a jugar, me diste tu palabra. Basta de presentar carillas, no inventes más nada. Vengan a la cancha y juéguenlo. Lo pueden ganar, eh, créanme que lo pueden ganar, no somos tan buenos. Hay que jugar y terminar con esta estupidez. ¿Qué es eso de pedir los puntos? ¿Qué son esas pavadas? ¿Qué es eso de ir al TAS?».

* * * *

El fallo de la Unidad Disciplinaria de la Conmebol sería una puesta en escena. Quienes conocen su funcionamiento, sabían que cumpliría el deseo de Domínguez. De sus cinco integrantes, el argentino Diego Pirota (hombre de Boca, acercado por Angelici) no podía votar porque los equipos afectados eran de su país. Para ser impares y que la votación no terminara igualada, el que quedó al margen fue un brasileño, Antonio Meccia, que según Boca avalaba su postura. De los tres abogados que finalmente debían analizar el planteo de desafiliación contra River, el paraguayo Eduardo Gross Brown y la venezolana Amarilis Belisario siempre habían respondido a Domínguez, y este caso no sería la excepción, mientras que el chileno Cristóbal Valdés estaba de vacaciones en Tailandia.

El jueves 29 por la noche, unos minutos después de que la Unidad Disciplinaria no hiciera lugar a la denuncia de Boca —la consideró «un hecho diametralmente distinto al caso del gas pimienta (...), que aconteció a 700 metros del estadio y fue resultado de la negligencia de las fuerzas del orden público»—, Domínguez oficializó lo que ya parecía sentenciado desde el mediodía: que la final se jugaría en Madrid. «La final de todos los tiempos, sacrificada en el altar del fútbol moderno», tituló el periodista Rory Smith en el *New York Times*.

«Esto comenzó con una conversación que tuve con Florentino (Pérez), con quien me une una gran amistad —dijo Domínguez—. Le pregunté si era una idea muy loca, y dos minutos después me dijo que el Bernabéu estaba a disposición», agregó el paraguayo, que enumeró tres motivos por los cuales la

Libertadores —una Copa que rinde homenaje a los líderes independentistas— se definiría por primera vez fuera del continente. «En Madrid —dijo Domínguez— está la mayor comunidad argentina en el exterior, Barajas es el aeropuerto con mayor conectividad con Latinoamérica, y es una ciudad con una gran cultura de fútbol».

Atrás quedaba una ristra de posibles sedes, algunos ofrecimientos políticos con fines propagandísticos, rumores que nacieron y murieron en minutos, y otras ciudades que de verdad estaban interesadas: Mendoza y Córdoba en Argentina, Asunción, Belo Horizonte, Medellín y Miami en el resto de América; Milán, París y Génova en Europa, y Doha y Abu Dabi en el Golfo Pérsico. La capital de Qatar ofrecía mucho dinero pero le jugó en contra que, a la hora de sincerarse, lo que había despertado la atención del mundo y de las empresas televisivas era el River-Boca de las tribunas, no el del campo de juego, y un estadio en Qatar habría resultado un espectáculo frío.

Argentina acababa de perder el partido más importante de su historia ante el silencio del presidente de la AFA, Claudio Tapia. Un integrante de la Comisión Directiva de Boca, Orlando Salvestrini, tuiteó como si el descenso de River no solo le hubiese hecho mal a River: «Conmebol castiga a la Argentina minimizando lo que pasó en RiBer, pero se olvida que en Boca se jugó, con suspensión, lluvia de por medio y no pasó nada raro. Conmebol: no es Argentina toda que no puede organizar partidos, es RiBer». Fanatismos aparte, habían perdido los dos clubes: River por haber sido despojado de su localía, y Boca porque no pudo hacer justicia o tomarse revancha por el expediente del gas pimienta, aunque pasaba a contar con ventaja deportiva, la de haber jugado un partido como local y el otro como neutral.

Lo notable fue cómo River y Boca parecieron darle la razón a Martín Fierro, la mayor obra literaria del género gauchesco, cuyo verso más célebre advierte: «Si entre hermanos se pelean, los devoran los de afuera».

11

Madrid

Cuatro días antes del partido en el Bernabéu, el miércoles 5 de diciembre, miré por primera vez el precio de los pasajes a Madrid. Hasta entonces, cada vez que me preguntaban si pensaba viajar a España —y me lo preguntaban seguido—, decía «No». A lo sumo aclaraba «99 por ciento que no». Ya había pasado una semana de la confirmación de España como sede de la final y mi desinterés inicial no había cambiado. Incluso ya había planeado dónde vería el partido en Buenos Aires: les había ofrecido a mis amigos que vinieran a casa. Aunque no estaba tan enojado como muchos otros hinchas, que habían tenido un quiebre en su relación con la final —y decían que también con el fútbol y con River—, yo coincidía en señalar como una estafa que la Conmebol llevara el partido a Europa y no quería ser partícipe.

No es que sintiera una persecución en contra de River, sino que lo entendía como un fallo estrambótico de un organismo que suele decidir sin un orden ni una lógica entendibles, y que a veces favorece a tu equipo y otras lo perjudica sin basarse en el reglamento sino en sus conveniencias. Y así como habíamos salido indemnes de situaciones muy en el borde, como el doping de dos jugadores en la copa del año pasado, en esta nos habían empujado para el lado de afuera. En definitiva, la duda que nos había surgido a los hinchas de River en aquellos días, la de cuál era el límite del fanatismo, en mi caso tenía una respuesta: no viajaría a Madrid. Aunque me ponía contento por los conocidos que habían decidido volar, asistir en vivo a la final no me generaba ningún pellizco, ninguna curiosidad.

Pero los hinchas somos tipos muy poco fiables. Podemos cambiar en cuestión de segundos, pasar del «Hacelo, Cuevas» al «Cuevitas», el antológico relato de Atilio Costa Febre en el gol del paraguayo a Racing, en 2002. Si nadie se libra de tuits contra tipos a los que hace dos meses queríamos lejos del club y de repente consideramos imprescindibles, ¿por qué yo no iba a modificar mi opinión respecto del viaje? Un buen hincha corre sus propios mojones a cada rato y, como si dijese «bueno, a ver qué onda», el miércoles por la tarde entré a ver precios: primero a Madrid y después a Barcelona, adonde suponía que sería más barato.

A mi interés de hincha se sumaba la posibilidad laboral de esta crónica: a comienzos de noviembre, pocos días después de que River y Boca llegaran a la final, uno de los editores de Planeta, Rodolfo González Arzac, nos llamó a un periodista relacionado con Boca y a mí para ofrecernos escribir —con la velocidad como atributo central— un libro de la final. Por supuesto, solo sería

publicado el del equipo ganador, o sea que, cuatro días antes de la revancha, aquel miércoles 5, no sabía si este relato saldría a la calle o pasaría a ser como el merchandising del «no campeón», las camisetas especiales que el perdedor de la final lleva al estadio y después de la derrota oculta (y a veces quema para no dejar rastro).

El viaje suponía un riesgo pero, en el caso de que me decidiera a enfrentarlo, era mucho mejor si a mi experiencia en la Bombonera y el Monumental le sumaba la del Bernabéu. Me servía además para convencerme que, si encontraba algún pasaje accesible, lo estaría pagando con el dinero que con el colega de Boca habíamos llamado «el seguro del perdedor», el monto fijo que se garantizaba quien perdiera la final. Por otra parte, ya desde hacía un par de días, un amigo y compañero de trabajo, Ezequiel Fernández Moores —que quería viajar para cubrir el partido y prefería hacerlo en compañía— me insistía para que fuéramos juntos. Los primeros precios que encontré me parecieron imposibles, así que creí renunciar a esa levísima esperanza que me había surgido, pero un rato después Estefi me dijo que en un buscador ignoto había encontrado tarifas razonables vía Estados Unidos. «Mañana lo defino», le dije. Y al día siguiente, el jueves 6, tres días antes de la final, decidí que sí.

Tampoco fue tan automático: tenía que pedir autorización en el canal en el que trabajo los fines de semana y necesitaba saber si era posible conseguir entradas. El tiempo apremiaba. De repente estaba obsesionado, como si viajar a Madrid para ver la final hubiera sido un sueño prehistórico en mi vida. Pronto advertí que no era el único que había resucitado desde el desinterés inicial: muchos otros hinchas —entre ellos, algunos conocidos míos— habían puesto sigilosamente en marcha el operativo Madrid en las últimas horas. Podemos esgrimir un montón de razones, y pegarle con el puño a la mesa y decir que no queremos formar parte del circo, y levantar el dedo y anunciar que es hora de parar la pelota, y poner voz grave y señalar que hay intromisiones del negocio que son inaceptables, pero cuando sentimos que no le podemos fallar a nuestro equipo, que tenemos que hacer un último esfuerzo y que River está por encima de cualquier coyuntura, dejamos nuestros principios y allá vamos. Como dice la canción, «no veo la hora que llegue el domingo, dejo todo lo que tengo que hacer y voy a River Plate».

Pregunté por la entrada a diferentes contactos y llegué al indicado. El Chino Tortolini, aquel viejo compañero de la Centenario alta que hacía unos meses se había ido a vivir a Barcelona, y que luego de su regreso frustrado al Monumental para la revancha dejó el país despidiéndose de River por un buen

tiempo en su vida —y no solo por una distancia geográfica—, había cambiado aquel hastío por la excitación de una final que insólitamente se había mudado a pocos kilómetros de su ciudad adoptiva. Por suerte, me dijo que tenía un «fondo norte» de más y le pedí que me lo reservara algunas horas, que estaba tratando de comprar el pasaje. Además, como sería un trayecto con escala en Nueva York, necesitaba una visa de entrada a Estados Unidos. Mi pasaporte español podía servirme para acceder a un permiso relámpago que se llama ESTA, que se tramita *online* y suele ser aprobado entre las cuatro y las setenta y dos horas siguientes al pedido. Fue lo primero que pagué, 15 dólares, a las 4 de la tarde de ese jueves. Pero la autorización tardaba en llegar y me impacienté: los pasajes que había visto estaban subiendo de precio. Y tampoco me quedaba mucho tiempo: tenía que viajar al día siguiente.

Recién a las 00.30 de la mañana del viernes 7, y después de varios intercambios de emails con una oficina de migraciones de Estados Unidos, me llegó el correo que confirmaba que mi visa había sido aceptada. Faltaba una última traba: le tuve que pedir prestada la tarjeta de crédito a mi hermano, Ezequiel, porque la mía rebotaba una y otra vez, y finalmente a las 2 de la madrugada compré el pasaje. Viajaría a Madrid esa misma noche, a las 23, menos de cuarenta y ocho horas antes del partido, y estaría de regreso en Buenos Aires el miércoles 12 a las 6 de la mañana. Con una mochila de mano, para no perder tiempo en los aeropuertos, sería suficiente.

—Bien, Andrés, festejo tu irracionalidad, el hincha es irracional —me diría por la mañana Tomás, compañero de trabajo, gallina.

* * * *

¿Qué nos lleva a dar la vuelta al mundo? Una visita a familiares en el exilio, las huellas de algún amor, una opción superadora en temas de salud, el llamado del trabajo, curiosidad cultural y seguir a nuestro equipo de fútbol, que es un poco de todo eso —una comunidad, un amor, menos la posibilidad de ganar plata y mejorar la salud—. Caminar por la manga de un avión cuando estás yendo a ver a River es una forma de sentirnos jugadores en el túnel al entrar a la cancha: uno de los pibes que iba delante de mí cantaba al ritmo de Gilda: «Vamo, campeón, vamo a ganar, donde jugués vamo a estar».

En el Boeing 777 éramos unos diez hinchas de River y otros diez de Boca. Me tocó sentarme al lado de Carlos, abogado, bufanda azul y amarilla enrollada al cuello. La falta de empatía por nuestros equipos de fútbol la

reemplazamos por el superclásico de los aviones: putear la estrechez del espacio entre asiento y asiento. «Hermano, qué martirio esto, mirá cómo tengo las piernas», coincidimos a la mañana siguiente, la del sábado, cuando estábamos por aterrizar en Nueva York. Nos esperaba un largo día, y después de pasar por Migraciones hicimos causa común con Ramiro, también de Boca, y Miguel, de River. Los cuatro viajábamos en solitario, dando la vuelta al mundo por un pedrazo, y teníamos más de 10 horas de espera: ellos irían directo a Madrid pero los horarios de salida eran parecidos al de mi vuelo a Barcelona, así que en vez de quedarnos en el aeropuerto nos fuimos a conocer la ciudad.

La pasamos muy bien: podríamos ser magníficos compañeros de vacaciones. Cada uno con sus colores, recorrimos el Central Park, vimos a los niños estadounidenses patinar sobre hielo mientras de fondo sonaban canciones navideñas, comimos un hot dog al lado de una imagen conmemorativa de John Lennon, nos divertimos con los objetos bizarros con la imagen del presidente de Estados Unidos que se vendían en la Torre Trump, nos sacamos una foto en la Quinta Avenida con una señora que sostenía un cartel escrito a mano que decía «Trump miente siete veces por día» y respondimos con diplomacia cada vez que los latinos reconocían nuestros buzos y nos preguntaban qué equipo ganaría la final, si River o Boca: «Bueno, depende de quién responda». Hasta Miguel, el otro gallina del grupo, se rio de nuestra experiencia en la B cuando bajábamos por una escalera mecánica y dijo: «Che, ahora no digan que ya sabemos descender». Carlos y Ramiro también se rieron pero, casi en la sublimación de lo cortés, dijeron algo así como «No, no, acá estamos en otra».

Acostumbrado a mensajearme decenas de veces al día con hinchas de River —una supuesta forma de desconectarme, que también me lleva al estrés—, esa pequeña convivencia con gente de Boca representaba un oasis. Era, además, una inyección de salud física y mental: me reducía la ansiedad de pensar en el partido y me obligaba a posicionarme desde el otro lado, un ejercicio infrecuente. Pero, claro, no hablábamos de fútbol. Toda esa armonía amagó terminarse cuando una chica de Bilbao, de regreso al aeropuerto, nos preguntó en el subte: «¿Ustedes están yendo a Madrid por un partido de fútbol de dos equipos argentinos?». No podía entenderlo y tuvimos que explicarle lo que había ocurrido. «Ah, pero entonces Boca tiene ventaja deportiva», dijo, y Carlos y Ramiro se sintieron interpelados, y empezaron a explicar que en verdad había un antecedente de 2015, que bla bla bla. Por suerte ya

llegábamos al aeropuerto y nos despedimos con un abrazo, no deseándonos suerte, pero sí buen viaje.

* * * *

Llegué a Barcelona a las 7 de la mañana del domingo 9 de diciembre, el día del partido, 13 horas y media antes del inicio programado para las 20.30 locales. El viernes, en mi último día en Buenos Aires, había intentado comprar un pasaje en tren hacia Madrid, pero ya estaban agotados. Como en ómnibus estaría muy justo de tiempo, tuve que pagar otro avión, solo de ida, para hacer el último trayecto de mi viaje hacia Madrid. Salía a las 12 y en mi nueva espera en el aeropuerto me crucé con más hinchas de River y de Boca, que aparecían como hormigas.

Lo que en Argentina posiblemente hubiese generado miradas torvas, de desconfianza, aquí era naturalidad, como de compañeros de playa nudista que no se interpelan con la vista. Nadie se escudriñaba. Lo curioso, o no tanto, es que éramos las mismas personas, o al menos muchos veníamos desde Buenos Aires y el resto del país. El fútbol es un hábitat en el que los hinchas nos comportamos diferente si estamos solos o en grupo: tendemos a imitar el entorno, a reforzar nuestro colectivo. Estoy seguro de que a Firpo, el socio que tiró una de las piedras que en definitiva nos habían llevado hasta España, no se le hubiera ocurrido lanzarla en este contexto. Los hinchas de River y de Boca que íbamos hacia Madrid, y los que ya estaban allí desde hacía un par de días, teníamos en común mucho más de lo que creemos, por más que cantemos «mirá qué distintos somos». La guerra figurada comenzaría más adelante, durante la llegada al Bernabéu, donde ya sí regurgitaría de las piedras el clima de final de todos los tiempos, pero mientras tanto generábamos vínculos de solidaridad, como los tres pibes de Boca que habían alquilado un auto para ir a Madrid y me ofrecieron viajar con ellos.

Fue sintomático cómo, después de haber permanecido dos horas sin hablar con nadie de Boca, al volver a mi cotidianeidad de leer en el teléfono una voz de River detrás de otra, volví a enredarme, a enfilarme en mi causa única, a convencerme de que somos tan diferentes que contra estos bosteros no podíamos perder. El mundo, en especial el virtual, se convertiría en un lugar muy hostil para el equipo al que le fuera mal en Madrid.

Ya cerca de subir al avión, llegó un mensaje de La Treze que hablaba de un sentimiento al que nos veníamos refiriendo hacía rato, el de un triunfo

perpetuo que terminaría de reubicar las cosas después de un tiempo, en especial en la primera década de este siglo, muy favorable a Boca. Demian escribió: «Desde Argentina-Inglaterra en 1986 que un partido no podía generar tanta justicia» y justo en eso apareció un hincha de River con una gorra decorada con una foto de ese partido, «el partido», el puño de Maradona ganándole en el salto a la mano de Peter Shilton, el 22 de junio de 1986, la fecha que nosotros aspirábamos convertir en nuestro 9 de diciembre de 2018.

* * * *

Al fin en Madrid, a las 13.30, siete horas antes del partido. Había arreglado dejar la mochila en la casa de Nacho y Laura, amigos argentinos que viven en Lavapiés, una especie de San Telmo de Madrid, pero me perdí en una bifurcación. De nuevo hinchas desconocidos de Boca, formoseños, salieron a mi rescate y en la calle me prestaron su teléfono con chip local para pedirle a Nacho que me buscara. Si el infierno es con hinchas de Boca, que sea con los que me crucé en este viaje. En su casa, además, estaba Vanessa, madrileña, compañera suya de trabajo y ese día también de estadio, que se reía de todo, tal vez inquieta por la experiencia a la que estaba a punto de zambullirse: «Desde que mis amigos saben que voy al estadio, lo único que me dicen es que tenga cuidado».

Cervezas, tortillas, papas fritas de paquete con gusto a huevo frito y caminata de diez minutos hasta la Plaza Mayor, donde iba a encontrarme con el Chino para pagarle los 125 euros de la entrada. Lo abracé, le agradecí y junto a él estaba Poko, colega y gallina, otro de los muchos hinchas que habían viajado en un impulso de último momento, como si olfateáramos que algo muy grande estaba a punto de ocurrir, y no queríamos perdérselo. Me alegró verlo y cuando le pregunté qué «fondo» tenía, como les dicen en España a las cabeceras, me sentí un ridículo, pero en verdad todo era una gran anomalía.

Quienes teníamos los tickets que se habían vendido en Europa sentíamos que, después del partido, nos faltaría un fetiche, el recuerdo de la entrada física, de las pocas cosas que me gusta conservar: en casa guardo, entre papelitos viejos y tarjetas actuales, unas 100 entradas, entre ellas la de mi primer Boca-River en la Bombonera, de 1991. Para ingresar al Bernabéu teníamos que bajar una aplicación y descargar un archivo que, ya en los molinetes del estadio, debíamos colocar sobre un lector de pantalla. El mío, que guardaré hasta que cambie de teléfono, decía «Segundo anfiteatro, fondo

norte, puerta 17, vomitorio 305-n, sector 413, fila 5, asiento 7».

Por supuesto, también parte del público era diferente al que estábamos acostumbrados. «Es el Lollapalooza del fútbol, hasta hay un DJ», me había advertido el Chino más temprano, cuando se había juntado con amigos en el Fan Fest de River, y yo estaba a punto de subir al avión en Barcelona. En la Plaza Mayor había gente de River que cantaba «Olé olé olé olé olé olé, cada día te quiero más» en lugar de nuestro estribillo habitual desde hace treinta años, «jugando bien o jugando mal». También vi a una señora que, en el entusiasmo, cometió la herejía de comenzar a gritar «Dale, campeón, dale, campeón» para un video que le filmaban sus familiares. Por supuesto, no la conocía, y tal vez estuve algo brusco, pero la encaré y le dije: «Señora, cómo va a cantar eso antes del partido, no sea mufa». Creo que seis horas después terminamos ganando 3 a 1 gracias también a mi oportuna intervención.

* * * *

Tomamos el subte en Sol, hicimos combinación en Plaza de España y bajamos en Cuzco, el lugar de concentración de los hinchas de River, 500 metros al norte del estadio, mientras los de Boca se agrupaban en Nuevos Ministerios, medio kilómetro al sur del Bernabéu. Una de las avenidas más señoriales de la capital española, el Paseo de la Castellana, estaba cortada al tránsito. Viví en Madrid un par de años, hace más de una década, y en mi súbito regreso a la ciudad me parecía alucinante que miles de hinchas de River estuviésemos ahí, como dueños (o inquilinos) de los seis carriles centrales y los cuatro laterales del Paseo, ondeando banderas como si procesáramos hacia el Monumental por Figueroa Alcorta. Un medidor de energía positiva habría registrado máximos históricos. De aquel enojo intrínseco que había atravesado el Monumental en el último partido no quedaban secuelas. Quienes vamos seguido a la cancha y quienes volvían a ver a River después de mucho tiempo, quienes veníamos de Argentina y quienes habían viajado desde Miami, Londres o el lugar que fuera, quienes queremos a River como una parte de nuestras vidas y quienes no sabían las canciones, todos conformábamos la hermandad roja y blanca que asistiría al partido que alumbraría una nueva historia. Y todos, a la vez, sabíamos que era injusto que quienes estábamos ahí fuésemos una minoría de mayor poder adquisitivo, aunque también es cierto que el fútbol en general en los últimos años se recicló en un espectáculo para privilegiados, independientemente de la mudanza de la final a Madrid. River y Boca son uno

de los pocos refugios emotivos de los sectores más castigados de la sociedad, especialmente en tiempos de crisis, pero asistir a los estadios ya no implican 90 minutos de igualdad social: las entradas se venden en cuentagotas y una parte importante de argentinos no pueden pagar la cuota social todos los meses.

El cuadro en el Paseo de la Castellana se completaba sin los barras, ni siquiera los de segunda o tercera línea. La exposición de Rafael Di Zeo a mediados de la semana anterior, escoltando el micro de Boca rumbo al aeropuerto, más la temprana deportación de quien pretende quitarle el poder de la hinchada de Boca, Maximiliano Mazzaro, al menos sirvió para eso: miraríamos el partido quienes realmente queríamos mirarlo (y podíamos pagarlo). Para los barras, subirse al paraavalancha es apenas una actividad más de un combo laboral que se alimenta en la semana con sus actividades políticas y que no pensaban poner en riesgo por lo que menos les interesa de su trabajo, los 90 minutos del partido. Lo curioso, al menos para quienes lo vimos jugar, era que el Loco Carlos Enrique estaba al frente de la coordinación entre las policías argentinas y españolas. «Esa bandera que dice River con b no entra a la cancha», les había dicho a las autoridades locales en el punto de reunión de los hinchas de Boca. «¿Lo podés creer?, encima fue un español el que la escribió. Qué boludo», ceceó el Loco.

Me quedé con Nacho y Nicolás, un amigo suyo, de River —muy de River, a tal punto que iba gritando «Somos River, carajo»—, otro de los que habían viajado desde Buenos Aires. Aparecían amigos de amigos. Aparecían padres de compañeritos de jardín de Félix, tipos a los que alguna vez saludé sin saber de qué hablar: River une. Y aparecían cervezas. Los bares de la zona, con sus televisores sintonizando el transpirado triunfo del Real Madrid en su visita al Huesca, estaban colapsados, pero a 150 metros del Paseo de la Castellana encontramos mejores ofertas que en Argentina. En un minimercado de una esquina a la que debería volver algún día de mi vejez y recordar «aquí fui feliz» —y estaba por serlo todavía más—, entre Panamá y Flemming, vendían dos cervezas por un euro. De alguna manera, había que combatir la insoportable pesadez de lo que estaba por ocurrir. Si las charlas entre amigos en medio de la serie habían derivado más de una vez en cómo conseguir ansiolíticos —y en algún momento yo tuve que recurrir a media pastilla—, un par de Mahou nos valdrían de una mínima inconsciencia para aguantar 90 minutos de plomo. El fútbol es un problema ficticio al que nos encanta entregarnos.

Pero queríamos entrar rápido al Bernabéu —especialmente yo, que venía de quedar afuera en el Monumental— y enfilamos otra vez hacia el Paseo de la Castellana. Nacho —imparcial, de Racing, pero tan futbolero que también había comprado su entrada— se fue para una de las tribunas laterales. Los diques de contención para la gente de River tuvieron alguna zozobra (los caballos intimidan en cualquier lugar del mundo), pero todo es más fácil cuando policías e hinchas queremos portarnos bien. Coloqué mi teléfono sobre el lector de pantalla, crucé el molinete y apenas ingresé al Bernabéu detecté que decenas de banderas grandes, las habituales que cuelgan en todas las canchas, se apilaban a un costado. También las sombrillas rojas y blancas (y las azules y amarillas del otro lado) habían sido retenidas. Las autoridades de seguridad les decían a sus dueños que no se preocuparan, que al final del partido se las devolverían —y así ocurriría—.

Quienes ocupaban los sectores superiores, los hinchas que habían comprado las entradas en Argentina, debían subir por escaleras mecánicas hasta la quinta y sexta bandeja. A quienes estábamos en el sector intermedio (el tercer y cuarto nivel) nos bastaba con trepar diez escalones para llegar a nuestra tribuna y descubrir, allá abajo, varios metros por debajo de la altura de la calle, un campo de juego pintado como si fuese un cuadro de los museos del Prado o el Reina Sofía. A la salida del baño, donde los policías nos volvían a cachear, me encontré otra vez con el Chino, su novia Nieves y Poko. Ya no nos separaríamos hasta después del partido. Y juntos veríamos la final de nuestras vidas.

* * * *

Recuadro del diario *La Vanguardia*, de Barcelona, publicado esa mañana del 9 de diciembre. Debajo del título «El Boca gana la guerra psicológica al River Plate», sigue un texto informativo e interpretativo: «El Boca Juniors ha ganado claramente la guerra psicológica de los días previos a la final de Madrid. Tras el 2-2 de la ida en la Bombonera, Boca fue al Monumental de Núñez como va al matadero. El equipo xeneize sufrió el apedreamiento del autobús y varios de sus jugadores terminaron en el hospital. Se negó a volver a jugar en el estadio de su rival y, aunque apeló sin éxito para que le dieran la victoria sin tener que disputar la vuelta, desde que llegó a Madrid el Boca se ha comportado sintiéndose el favorito. Guillermo Barros Schelotto abrió el primer entrenamiento para mostrar que no tenía nada que ocultar y cinco de sus

jugadores dieron la cara ante la prensa. El River ha mostrado su lado más opaco, como sumido en la clandestinidad. Los hinchas del Boca han mandado estos días en Madrid. Se ven ganadores».

Uno de los jugadores de Boca que había intercambiado sonrisas con la prensa internacional fue Tevez. Le preguntaron si de verdad cambiaría, como había dicho en Buenos Aires, los 26 títulos de su extraordinaria carrera (que incluyen una Copa Intercontinental, una Libertadores, una Sudamericana, cuatro campeonatos locales y una Copa Argentina con Boca) por «esta Copa». «Sí, los cambiaría», respondió.

* * * *

Ante un estadio al 75% de su capacidad (62 282 espectadores sobre 81 044 posibles, visualmente parejas las hinchadas de River y Boca, la neutralidad total), la voz del estadio del Real Madrid, llamado *speaker* en España, intentó hacer las cosas a su manera en la final de la Copa Libertadores de América. Las formaciones fueron difíciles de interpretar para el público argentino: se anunciaron en número ascendente. Número 1... Franco Armani, 2 Jonatan Maidana, 10 Gonzalo Martínez, 15 Exequiel Palacios, 20 Milton Casco, 22 Javier Pinola, 23 Leonardo Ponzio, 24 Enzo Pérez, 26 Ignacio Fernández, 27 Lucas Pratto y 29 Gonzalo Montiel. Fue descorazonador enterarnos de que Scocco no estaría en el banco de suplentes, pero no nos impidió cumplir nuestra cuota de homofobia futbolística cuando la multitud se aprovechó de otro de los modismos del *speaker*, que hacía un silencio después del nombre de cada jugador para que el público, de acuerdo a la tradición española, se sumara a viva voz para pronunciar el apellido. Cuando llegó el turno del 5 de Boca y la voz del estadio anunció «Fernando», la gente de River se anticipó y gritó «puuuto» justo antes de que agregara «Gago». En eso llegaron a nuestro lado, detrás del arco del fondo norte, un grupo del Rayo Vallecano, nuestro club hermanado de Madrid, mientras los chicos y chicas de las filiales Madrid, Barcelona, Málaga y Valencia se hacían los dueños de la tribuna y comenzaban a hacer sonar los cinco bombos que habían ingresado. No pararían durante los 120 minutos de un partido que, si volviera a arrancar 0 a 0, no me animaría a volver a verlo.

* * * *

El comienzo fue como la final de Roland Garros 2004 entre Guillermo Coria y Gastón Gaudio: un drama argentino. Tensionados porque no importaba quién ganaba sino quién perdía, los futbolistas erraban por metros pases de centímetros. También influía el césped, corto y húmedo, sobre el que los equipos debían jugar a una velocidad a la que no estaban acostumbrados. «River y Boca jugaron a ver quién era más hombre —escribió Ezequiel Fernández Moores en *La Nación*—. No fue la final del mundo, sino nuestra final del mundo. Argentinidad al palo. Una primitiva lucha cuerpo a cuerpo que ni el glamour del Santiago Bernabéu pudo disimular. Como en el boxeo, el fútbol argentino prohíbe desde hace tiempo el verbo “jugar”. Adoptó el dolor como paso necesario para reconocer que “las experiencias más profundas de nuestra vida —como escribió alguna vez Joyce Carol Oates sobre el boxeo— son acontecimientos físicos”».

José Sámano, de *El País*, coincidió con ese show antropológico del inicio: «Es tal el depósito sentimental de unos y otros, hay tanto en juego en la grada, en los despachos y en las barras que para el césped apenas dejan nada. Sobre el pasto immaculado de la Monumental Bombonera del Bernabéu, River y Boca se propusieron jugar a no jugar. Mucho pico y pala, los chicos suda que suda como una regadera y un catálogo de cargas, nudos yudocas, cates, atropellos, atascos. Un pique (rivalidad) colosal tajantemente prohibido para monaguillos. Y una sufridora: la pelota. Eso sí, emotividad no faltó en un pulso bravo y bravo, solo sedado con buenos goles».

El primero de esos buenos goles, a los 43 minutos, fue de Boca. Pase principesco de un vasallo, Nahitan Nández, y definición a la carrera de un Darío Benedetto en hiperproductividad goleadora, con cinco festejos consecutivos entre cuatro partidos de semifinales y finales. En la cancha, desde la tribuna del otro lado, no vimos su celebración sacándole la lengua a Montiel, y aunque tal vez se trataba de una morisqueta premeditada —para su tribuna o para los fotógrafos— que imprevistamente terminó recibiendo el pibe de River tras el choque, fue el enésimo gesto discordante de un futbolista que alternó una serie fabulosa en lo deportivo y desencajada en el resto. Todo el respeto futbolístico que Benedetto sumaba en un lado lo perdía en el otro. «Andá a laburar, dale. Mañana tenés que laburar», le había dicho a un hincha de River, en el Monumental, durante la final estropeada. «Bienvenido sea, porque es un líder histórico de la barra», respondió en España cuando le preguntaron por el posible viaje de Di Zeo. Sus familiares también lo exponían a cada rato: su esposa vistió de fantasma a su hijo Felipe, de

3 años, para el partido en la Bombonera, y su hermano retuiteó la cargada de una página partidaria que les pedía a los hinchas de River, cuando el piloto les dijera que se prepararan para el descenso en Madrid, que «no le peguen a las azafatas y no tiren piedras, que es un procedimiento habitual y no está vinculado con el 2011».

Es imposible imaginar a un declarante como Benedetto —y está lejos de ser una valoración futbolística— en un plantel dirigido por Gallardo, lo que no habla tanto del delantero de Boca como del técnico de River: el Muñeco y sus guardianes en el campo de juego, Maidana y Ponzio, son los líderes de un equipo al que no se le recuerdan declaraciones irrespetuosas hacia el rival —y esa diferencia, aun con sus momentos de cabreo, también sería aplicable a las dirigencias de los dos clubes durante la interminable serie—. A esa unidad de grupo también debería aferrarse River para dar vuelta una serie que, por tercera vez, le quedaba cuesta arriba.

* * * *

El entretiempo, el único momento de la noche en que nos sentamos, fue desolador: si lo hubiese podido pasar en posición fetal, acurrucado, lo habría hecho. «¿Cómo vamos a hacer un gol si no pateamos al arco?», le dije a Poko, en la única reflexión que alcancé a balbucear durante 15 minutos. Nico, otro colega y amigo que miraba el partido desde la bandeja superior, me diría más tarde que en ese momento recordó una estadística devastadora que yo le había comentado en los días previos: que desde 1987, hace 31 años, no le remontábamos un partido a Boca, desde un 0-2 que transformamos en 3-2 en el Monumental. Él todavía no había nacido.

Había otro motivo para resignarse a lo peor y era una estadística que el biógrafo de Gallardo, Diego Borinsky, había tuiteado en medio de las finales, y que suponía una especie de garantía de triunfo para quien convirtiera el primer gol. En los 15 superclásicos que se habían jugado desde la asunción de Gallardo, y sin contar los 4 que terminaron 0-0, el equipo que anotó primero se había quedado con el triunfo 9 de 11 veces —y las otras 2 habían terminado en empate, el 1-1 de 2014 y el 2-2 de la ida en la Bombonera—.

¿Qué motivo había para creer, si además Boca había jugado mejor que River en el primer tiempo? ¿Y si al final no se trataba de justicia poética sino de puro excremento futbolístico? ¿Y si todo, hasta los triunfos de 2014, 2015 y la Supercopa en marzo pasado, se había tratado de una broma macabra? ¿Y si

nuestro destino estaba definitivamente marcado y quedábamos condenados a cumplir el mito de Sísifo, el hombre que sube una roca por una cuesta empinada hasta que, a punto de alcanzar la cima, el propio peso de la roca lo hace caer, y así empieza a subir de nuevo, una y otra vez?

Sin embargo, aunque costara, aunque la final del mundo parecía haberse convertido en nuestro fin del mundo, había que aferrarse a los mismos argumentos por los cuales habíamos llegado hasta el Bernabéu, incluso con 2 goles de desventaja faltando 10 minutos en Brasil: al espíritu competitivo de este equipo y a un último milagro de Gallardo. Porque así como un periodista de *El Gráfico* escribió en la década del 30 «Creo en Dios y en Bernabé Ferreyra», en referencia a nuestro primer gran ídolo popular, yo no creeré en Dios pero sí creo en Marcelo Gallardo.

* * * *

A los 12 minutos del segundo tiempo, con River obligado a escalar el Everest en sandalias, salió Leo Ponzio. Algunos cambios definen a los técnicos y sus equipos. El capitán, el hombre que llegó al club en la B, a quien le sangró el culo del estrés contra Boca Unidos, el que puso buena cara cuando ni siquiera era suplente —de tan marginado dio la vuelta olímpica de 2014 en jeans—, el líder de las series contra Boca y el que literalmente había puesto la cara en el gas pimienta, salió sin aspavientos, listo para dejarle su lugar a Juanfer Quintero. El colombiano es una especie de sexto hombre del básquet, como Manu Ginóbili en San Antonio Spurs, o de titular en el banco de suplentes. Lo que ocurrió entonces fue que, como diría Jorge Valdano en una entrevista al día siguiente en *Olé*, «ingresó a la cancha un jugador capaz de eliminar a otro, un gambeteador, y le abrió al partido un panorama totalmente nuevo. Cada vez que tocaba la pelota, el partido se clarificaba».

River comenzó a hacerse dueño. La épica entró a formar parte del espectáculo. En espacios muy reducidos, Nacho Fernández, el Pity Martínez y Palacios nunca dejaron de pedir la pelota. Enzo Pérez, el hombre con mayor precisión de pases en la Copa (88,5% de efectividad), se convirtió en el comandante del mediocampo. River recuperó el dominio psicológico que había llevado a ganarle a Boca en los últimos años, en la Bombonera, en el Monumental, en Mendoza y, en cuestión de minutos, en Madrid. El gol que faltaba llegó cuando Nacho, tan diferente al resto que es el único jugador con brackets del fútbol argentino, mandó un centro atrás que abrió las aguas del

mar Rojo: Pratto, la compra más barata de la historia de River, agigantó su leyenda y marcó el 1-1.

La mística no es de los clubes, es de los equipos. Del Estudiantes del 60, del Independiente del 70, del Boca de Bianchi y, por si alguien lo dudaba hasta el 9 de diciembre de 2018, de este River de Gallardo.

* * * *

Como en un *flashback*, guardo algunas imágenes dispersas del alargue, ya todos al borde del agotamiento, los jugadores, nosotros, los 40 días que llevaban las finales y hasta el 2018. Leonardo Jara ingresó por Sebastián Villa, después de la expulsión de Barrios, y le hizo un gesto disimulado al delantero colombiano para que saliera caminando, y entendí que Boca apostaba a los penales. De repente nos dio calor y no entendíamos si ya estábamos alucinando, pero habían encendido la calefacción desde el techo de las tribunas. El ingreso de un pibe de 18 años que hasta hacía un mes no conocíamos, Julián Álvarez, lo convirtió en el segundo delantero del plantel tras las ausencias forzadas de Rafael Santos Borré, Ignacio Scocco y Rodrigo Mora, en contraste con los consagrados Mauro Zárate y Edwin Cardona, que no sumaron ni un minuto de juego.

En el entretiempo del suplementario, cuando los equipos cambiaban de lado, pensé en ir a caminar por los anillos internos del estadio, pero algo — posiblemente estar al borde del desfallecimiento, más que la valentía— me hizo quedar. Y de repente vi que allá al fondo, en línea recta pero a más de 100 metros, Juanfer recibía la pelota de Camilo Mayada, el mejor suplente del mundo.

Por supuesto, no lo recordé en ese momento, sino después, pero una noche de febrero de 2018, en un partido contra Olimpo en el Monumental, al que recién pude llegar en el segundo tiempo, pero no dejé de ir, el colombiano debutó y ensayó un par de fantasías en mitad de cancha que nos hicieron reír y preguntarnos, con Eduardo y Coco en la Centenario: «¿Y este de dónde salió?». Edu dijo entonces que Quintero terminaría como Cristian Fabbiani o como ídolo, no porque el colombiano aparentara vender lo que no era, sino porque intuía que su paso por River no tendría grises. Y sería cierto, absolutamente: primero el amigo de Maluma (porque entonces esa era la referencia, más allá de que nos enterábamos en cuentagotas que había jugado en el Porto y había sido convocado por José Pekerman para el Mundial 2014),

y más tarde el Nalgón, estaba camino a ser leyenda en serio: los hijos de nuestros hijos les hablarán a sus hijos de él.

El caos que había comenzado en Lidoro Quinteros comenzó a cerrarse cuando Juanfer Quintero sacó un latigazo que, visto desde el otro arco, tardamos un par de segundos en certificar que había sido gol. A la distancia, primero no quedó claro si la pelota había pegado en el travesaño o en la parte superior de la red, pero sí vimos enseguida que rebotaba contra el fondo del arco y que volvía para el medio, y que Andrada no había llegado, y que el árbitro señalaba la mitad de cancha, y que algunos de los nuestros comenzaban a perseguir al goleador y que los defensores de River, a los que teníamos en primer plano, se desplomaban en el piso, y entonces sí se liberó en el fondo norte una catarsis que, de solo recordarla cuando termino de escribir esta crónica urgente, 12 días después del partido, me vuelve a doblar los tobillos.

Como señalé al principio, no soy de llorar por River. Solo me había pasado una vez, cuando estábamos a punto de salir campeones del torneo Final 2014, en los últimos minutos del 5-0 a Quilmes, y comenzábamos a purgar nuestros pecados recientes. Multiplicado por mil, por un millón, por mil millones, los últimos minutos en Madrid también fueron eso, una purificación. Era volver al lugar que, qué carajo, no tendríamos que haber perdido nunca, pero al que las arbitrariedades del fútbol —lo más justo y lo más injusto al mismo tiempo— nos habían enviado. Era también la reivindicación para una generación de pibes, los que tienen 20 y 30, que crecieron pensando que perder con Boca era lo habitual. Y no, qué va a ser lo habitual, si los que tenemos 40 les cantábamos hijos nuestros y el cumpleaños feliz cada vez que sumaban un año sin salir campeón, y fueron 11 entre 1981 y 1992. Era también terminar de confirmar el cambio de paradigma, que ahora River le gana de guapo o con fútbol, según haga falta, en la Bombonera, en Mendoza, en la Copa y también en Europa. Y que ganar «a lo Boca» en verdad es «ganar a lo River»: remontamos tres veces un resultado adverso, y sin haber jugado como local en ninguno de los partidos. Como había pasado en la serie con Grêmio, recién nos pusimos en ventaja sobre el final. De los 210 minutos contra Boca, habíamos estado empatando 157 y perdiendo 41. Recién pasamos a ganar en los últimos 12.

Entró Tevez, también Zuculini, Andrada se fue de centrodelantero, Barros Schelotto golpeó el piso, Matías Biscay no perdió la calma y Angelici habrá pensado en el TAS, pero era como si yo ya no estuviese ahí, en la cancha, sino en algún otro lado. Después me enteraría de que también mis amigos en

Buenos Aires, entre ellos Esteban, presentes en el Museo del club, dejaron de ver los últimos minutos para empezar a dar vueltas.

Gago salió lesionado, el remate de Jara pegó en el palo (algún hincha de River debería entrar en algún partido de Champions, como un espontáneo, para besar ese lugar del arco), nadie marcó a Andrada en el córner, Armani mostró su puño de acero, Juanfer erró el taco, Lucas Olaza quedó pagando y el Loco Martínez comenzó una carrera en la que, como él mismo reconoció, perdería la conciencia, pero no solo él, sino también todos nosotros. De algún modo, todos empezamos a correr en el Bernabéu y nunca dejaremos de hacerlo.

* * * *

Uno de los amigos de amigos que había encontrado en la calle antes del partido, Mariano, volvió a aparecer en medio de los festejos. «¡No veía a River desde que ascendimos contra Almirante Brown! ¡Imaginate lo que es esto para mí!», me dijo, en un paréntesis que suele ocurrirles a los argentinos que viven en Madrid y el resto de Europa, que regresan al país para las fiestas de diciembre y no coinciden con ninguna presentación de River. Pero su historia también representaba la maravillosa metamorfosis a la que asistimos —algunos en la cancha y otros por televisión, en Argentina o a la distancia— en poco más de seis años, entre junio de 2012 y diciembre de 2018. A fines de 2011 había publicado un libro, *Ser de River en las buenas y en las malas. Agonía, descenso y resurrección desde la tribuna*, que intentaba poner en palabras el sentimiento de acritud y orgullo que nos cubría a millones.

Eran tiempos difíciles: en un momento de nuestro pasaje por la B hasta los simbolismos más parvos se nos reían como hienas. Un sábado perdimos contra Boca Unidos y al día siguiente Boca salió campeón. El primer gol de ellos contra Banfield ocurrió cuando yo pasaba frente al televisor de una de las confiterías del Aeropuerto de Buenos Aires. Acabábamos de aterrizar con Estefi después de un fin de semana en Cataratas y, como todos los días de una época en la que había que reforzar la guardia gallina, yo vestía un buzo de River. Un hincha de Boca que sacó la vista del monitor para festejar el gol se topó con mi escudo rojo y blanco y me direccionó el grito. La única vez que había estado cerca de pelearme había sido en el colegio —con un hincha de Boca, sí—, pero ese día en el Aeroparque volví a tener ganas. Detuve mi marcha, volví sobre mis pasos y le dije: «¿Qué te pasa?». Estaba dispuesto a

más. No es que estuviera seguro de mi fortaleza, pero sí de salvaguardar a un River que no podía defenderse solo, hasta que Estefi me dijo: «Vamos, vamos», y los amigos del hincha de Boca ayudaron a desactivar la situación.

A esos meses de estadios de tribunas bajas y rivales de nombres que nuestras novias no conocían («Suerte con Aldo Bonzi», me dijo Estefi cuando salía para Mar del Plata), siguió una lenta pero segura reconstrucción, que comenzó a cimentarse, primero, con las elecciones de 2013 y, después, con el ciclo de Gallardo, el mejor arquitecto futbolístico que tuvimos, no digo en nuestra historia (porque La Máquina produjo una revolución mundial en el juego durante la década del 40), pero seguro en los últimos 70 años. «Corran la estatua de Angelito», pensé en un momento de los festejos en Madrid, cuando la organización no dejaba arrimarse al Muñeco al centro de la cancha y lo mantenía a un costado, como si todavía tuviese que cumplir la sanción, y todos pensábamos en los festejos que se desataban en Argentina.

Como me dicen amigos que no son de River —ni tampoco de Boca—, nuestros últimos años son objetivamente un gran momento para ser gallina, y no se refieren solo a los resultados. En más de un punto, haber mordido el polvo nos hizo bien: las derrotas humanizan. Es posible que en los 90, cuando salíamos campeones con la facilidad de un chasquido de dedos —tanto triunfo seguido estupidiza—, nos hayamos privado de algo sano: perder. Ahora que reconfiguramos el valor de los triunfos y tomamos un impulso que nos hizo hacer cumbre en la estratosfera del fútbol de clubes, es difícil prever qué sigue. Tal vez nuestro próximo desafío sea que el 9 de diciembre de 2018, una fecha eterna, no sea a la vez una fecha que nos inmovilice en el pasado. Por lo pronto, en un festejo que no fue captado por la televisión, parte del grupo que nos quedamos en el Bernabéu hasta el final empezamos a cantar «Yo sooooy de la B, yo sooooy de la B», una forma de decir «Sí, nos fuimos a la B, y qué, si también ganamos el partido de los tiempos». Estar orgulloso de las cicatrices propias también es salir campeón.

Enseguida la policía nos rodeó y nos pidió que dejáramos el estadio: ya no quedaba nadie. Madrid y el mundo eran demasiado grandes para seguir festejando allá afuera.

* * * *

«El partido de los siglos por los siglos, que casi dura un siglo, coronó de forma monumental a River —publicaría *El País*, uno de los cuatro diarios

españoles que compraría al día siguiente en Madrid y llevaría de recuerdo a Argentina esa misma noche, primero en colectivo hasta Barcelona, y después en avión vía Miami—. Gloria infinita para los millonarios tras una noche apoteósica en Madrid, a 10 000 kilómetros de su hogar. Un desgarró histórico para Boca, para el que tardará en amanecer al menos hasta otra hipotética final de la Copa Libertadores que lo cruce con el irreconciliable vecino. Una rivalidad semejante, tan tremendista desde el paleolítico del fútbol, no deja consuelo a la vista, por más que Boca sume seis Libertadores por cuatro de River. Como era de esperar con una trama que comenzó hace casi un mes, la Copa no tuvo destinatario hasta la prórroga. Todo un *thriller* a lo argentino que, al menos antes y durante el *match*, acabó en concordia. Ojalá quede acuñado el Tratado de Madrid».

* * * *

Cuando volví a Buenos Aires el miércoles 12, Estefi me dijo que el día de la final había prendido una vela para que mi viejo, por quien soy hinchado de River, y que murió en 2012, nos diera fuerzas desde el lugar que estuviese. Mi viejo, grande él, volvió a hacerlo. Sé de amigos, como Guido, que festejaron abrazados a sus hijos durante largos minutos un triunfo que pasará de generación en generación. Así como mi viejo me hablaba del Charro Moreno, Amadeo, Labruna, los hermanos Onega y Pinino Más, dentro de algunos años yo le hablaré a Félix —que a fines de marzo cumple tres años— de Maidana, Ponzio, Pinola, Funes Mori, Enzo Pérez, Scocco, Pratto, Mora, Barovero, Mercado, Vangioni, Armani, Carlos Sánchez, Pisculichy y el resto de los héroes del ciclo Gallardo.

Sé que el viaje a Madrid, tan irracional en cierto punto —y el colofón de una serie que empecé aborreciendo, me hizo perder salud y nunca dejaré de festejar—, terminó siendo de los mejores regalos que me hice en la vida. Ya quiero que Félix crezca para contárselo todo.

Imágenes



Una imagen que vale como símbolo de la desventaja deportiva que River afrontaría en las finales. Después de jugar el primer partido en la Bombonera, sólo con público local, le seguiría la revancha en la neutralidad de Madrid, y con ambas hinchadas. El abrazo de los jugadores representa, también, el spot que el club había lanzado antes de la serie: «Juntos somos más grandes».



Acorde al acontecimiento, la Subcomisión del Hincha había preparado un recibimiento único para la final en el Monumental, con cientos de tiras y miles de globos, pero el cotillón quedó a medio desplegar. 66.000 personas permanecieron cinco horas —muchos deshidratados e insolados— a la espera de lo que ya nunca ocurriría: la final como locales.



Cada hincha tiene su gol favorito o más festejado, y no siempre se basa en el valor deportivo. Algunos recordarán uno que gritaron abrazados a sus padres. Otros, uno de la época en la que comenzaban a ir a la cancha. Pero lo que está claro es que todos recordarán la experiencia personal de cómo vieron y vivieron el zurdazo a la eternidad de Juanfer Quintero, aquí rodeado por el arquero, cuatro defensores y una decena de hinchas de Boca, ya resignados.



River dio un gran salto a inicios de los 30, cuando pagó una fortuna por dos delanteros extraordinarios, Carlos Peucelle y Bernabé Ferreyra. En enero de 2018, River volvió a romper el mercado con la compra más cara, la de Lucas Pratto; aunque esta vez los hinchas se harían la pregunta inversa menos de un año después: si no había sido la compra más barata —o el dinero mejor invertido—. Dos de las tres remontadas contra Boca fueron con sus goles. Aquí, el festejo para el 1-1 en la ida, mientras Montiel y el Pity Martínez se suman a un grito inaudible en una Bombonera en shock.



La postal que pasará de generación en generación. El Pity Martínez y el ángel guardián de su corrida, Javier Pinola, ya empiezan a gritar el 3-1. Los hinchas de Boca y Carlos Izquierdoz le agregan morbo a la imagen. La carrera contra el arco vacío fue el gol menos determinante de la final pero se convirtió en el icono del triunfo más grande de todos los tiempos, y además fue un premio para el jugador más determinante contra Boca en estos años: el Pity ya había festejado en la final de Mendoza y un par de veces en la Bombonera.



Aunque estuvo muy bien representado por Matías Biscay y Hernán Buján, Marcelo Gallardo recién pudo ingresar al campo de juego para el festejo en el Bernabéu. El entrenador —que es más que un entrenador— se abrazó primero con Gonzalo Montiel y enseguida con Franco Armani, el arquero que ya entró en la lista selecta de la historia en su puesto: Amadeo Carrizo, el Pato Fillol, Nery Pumpido, Germán Burgos y Marcelo Barovero, éstos tres últimos campeones en las Copas 1986, 1996 y 2015.



¿Qué mayor demostración de equipo, de verdadero grupo, que una Copa Libertadores levantada entre dos jugadores y un técnico? Si ya Marcelo Barovero y Fernando Cavenaghi habían alzado la de 2015, para recibir la de 2018 el capitán Leo Ponzio convocó a Jonatan Maidana y a Marcelo Gallardo. Los líderes del campo de juego, los hombres que se bancaron las malas y abrieron el camino a las mejores, junto al estratega que cambió la historia internacional de River.



«No puedo más, no hay nada más que esto, no hay nada más que esto», le acababa de decir Marcelo Gallardo a uno de los integrantes de su cuerpo técnico. Enseguida llegó la foto grupal del equipo con la Copa, como si fuera el recuerdo de un viaje de egresados o de una reunión familiar. Es posible imaginarlos en una cena dentro de 30 años, ya veteranos, recordando su hazaña en Madrid.



Cada Libertadores que ganó River tiene su valor singular. La de 1986, por haber sido la que puso fin a la maldición de las finales perdidas en 1966 y 1976. La de 1996 porque reunió a una constelación de figuras, con Francescoli y Ortega como líderes (incluso Gallardo aportando desde el banco), y Ramón Díaz como técnico. La de 2015 todavía está fresca, y fue el regreso de River a la cumbre continental. Y la de 2018, ¿qué más hace falta explicar? Contra Boca, sin la localía y remontando tres desventajas en la serie. El festejo fue bien europeo, con la Copa contra un arco, en el estadio del club que ganó más Champions.

Grupo  Planeta

¡Seguinos!



¿Te gustó este libro? Te recomendamos...

